

Entre trabajo, pólvora y sangre: los sectores populares y la institución militar en 1819

Trabajo de Grado

Presentado como requisito para optar por el título de Historiador

Presentado por: Tomás Perea Tobón

Dirigido por: José Alejandro Cifuentes

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Historia
Bogotá, febrero de 2020

RECTOR DE LA PONTIFICA UNIVERSIDAD JAVERIANA

Jorge Humberto Peláez Piedrahita

DECANO ACADÉMICO

Germán Mejía Pavony

DIRECTORA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA

Juana María Marín Leóz

DIRECTORA DE LA CARRERA DE HISTORIA

Silvia Cogollos Amaya

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

José Alejandro Cifuentes

Índice General

Agradecimientos	iii
Introducción	1
1. Movilidad humana y configuración	11
1.1. <i>La deserción, una categoría polisémica</i>	12
1.1.1. Información y movilidad	13
1.1.2. Deserción relativa y absoluta.....	17
1.1.3. Movilización contingente de recursos	22
1.2. <i>Presidio y reincorporación</i>	27
1.2.1. Dinámicas del comportamiento y respuestas al presidio	28
1.2.2. Flujo informacional en la guerra	31
1.2.3. Fondo común, materialidad y experiencia.....	34
2. El encuentro con las lógicas institucionales	40
2.1. <i>Los rangos de ingreso: un laboratorio por contraste</i>	42
2.2. <i>Formando a los novatos</i>	47
2.3. <i>Lo popular: el ascenso y sus dinámicas</i>	52
2.3.1. Dinámicas generales de los ascensos.....	52
2.3.2. Tendencia y ascensos de los sectores populares	54
2.3.3. Color de piel	57
2.3.4. Lectoescritura	59
3. Trabajo militar, talleres en guerra y combatientes artesanos	63
3.1. <i>Los quehaceres diarios y la división del trabajo militar</i>	64
3.2. <i>Talleres en combate, producción sin tregua</i>	70
3.2.1. Las lanzas	71
3.2.2. Herraduras y caballerías	73
3.2.3. Funciones múltiples de los caballos	75
3.2.4. Los armeros	77
3.3. <i>Combatientes artesanos, artesanos combatientes</i>	81
3.3.1. Una dualidad más allá de la Independencia.....	87
4. Respirando Patria, exhalando sangre	91
4.1. <i>Las lógicas de un ejército, las ideas de una lucha</i>	93
4.2. <i>La fuerza de la fratria, antesala de la patria</i>	97
Conclusiones generales	106
Anexo	108
Bibliografía	109

Abreviaciones

ADL: Archivo digital del Libertador

BHA: Boletín de Historia y Antigüedades

AGN: Archivo General de la Nación

- **SR:** Sección República
 - **AC:** Fondo Asuntos Criminales
 - **DM:** Fondo Documentos Militares
 - **HDS:** Fondo Hojas de Servicio
 - **SGM:** Secretaría de Guerra y Marina
- **AA-II:** Archivo Anexo-II

BLAA: Biblioteca Luis Ángel Arango

- **ACM:** Archiva Casa de la Moneda

BNC: Biblioteca Nacional de Colombia

SYE: Andrés Montaña, *Santander y los ejércitos patriotas 1819*, en 2 volúmenes, (Bogotá: Biblioteca Presidencia de la República; administración Virgilio Barco, 1989)

LBB: Juan Friede, *La batalla de Boyacá -7 de agosto de 1819- a través de los archivos españoles*, (Bogotá: Banco de la República, 1969)

DSC: Horacio Rodríguez Plata y Alberto Lee López, (comps.), *Documentos sobre la campaña libertadora de 1819*, en 3 volúmenes, (Bogotá: Editorial Andes, 1970)

DDG: Daniel Florencio O’Leary, *Memorias del General O’Leary. Documentos*, XVI, (Caracas: Imprenta de la «Gaceta Oficial», 1881)

CSB: Germán Arciniegas, *Cartas Santander-Bolívar*, I, (Bogotá: Casa de la Moneda, 1990).

Agradecimientos

Quiero empezar por agradecer y dedicar este trabajo a mi familia: sin ellos no hubiera sido posible. A mi padre por sus consejos, anotaciones e incondicional apoyo. A mi madre por haberme guiado, escuchado y acompañado en todo el proceso. A mi hermano por su infinita paciencia con mis dudas, vueltas y confusiones. También a Laura Dueñas por ayudarme a encontrar sentido.

Alejandro Cifuentes fue un director impecable, siempre estuvo dispuesto a discutir, ampliar, corregir y lidiar con mi terquedad desmedida. Lucas González fue determinante en la investigación. Sus ideas y el tiempo que ha dedicado a pensar la historia desde abajo influenciaron cada una de las páginas. Agradezco a Nem por las incontables horas dándole vueltas al problema del pasado. Diego Monroy y Gabriel Ferro también hicieron posible este trabajo al ayudarme con las tareas de sistematización y digitalización de fuentes.

En mi proceso formativo le agradezco a Juan Carlos Eastman por enamorarme de la historia y siempre impulsarme a seguir mi fuerza interna. A Juana Marín por su paciencia y acompañamiento. A Aristides Ramos por su seminario de historia de la Independencia y su amabilidad con todas mis dudas. A Juan Carlos Mosquera por su generosidad y agradable disposición frente al debate. A Dolly Palacios y Rafael Hurtado por su guía con las redes y las matrices.

Quiero agradecer al Instituto Colombiano de Antropología e Historia por su apoyo y financiación. Los estímulos que generosamente otorgaron me permitieron adquirir los libros necesarios y pasar el tiempo requerido en los archivos. Al Museo de la Quinta de Bolívar le agradezco también el acompañamiento, especialmente a Iván Sierra, quien me dio el espacio para investigar libremente y me impulsó a profundizar el saber histórico de la soldadesca. En el Archivo General de la Nación deseo agradecerle a Mauricio Tovar y a Rovir Gómez. Al primero por permitirme revisar los documentos originales y al segundo por su increíble amabilidad y disposición.

Introducción

En nuestra memoria colectiva la Independencia tiene un lugar fundacional. Nuestros territorios llevan el nombre de grandes generales y por todas partes se recuerda a un puñado de individuos notables. Mucho se ha dicho al respecto, pero reinaría el silencio si se preguntase el nombre de un soldado o un tamborilero de aquellas épocas. A pesar de ser central en nuestra identidad, más de un tema permanece todavía explorado con poco detalle. Además, el objetivo de construir un mito unificador ha llevado, precisamente, a mitificar los acontecimientos, procesos y personas que estuvieron allí. En estas páginas exploraremos la guerra en el intento de desmontar su heroísmo y darle rostro. No hay nada heroico en la muerte, pero estas personas del pasado merecen nuestro respeto.

La narración de la Independencia encontró su primer hito en los escritos de José Manuel Restrepo. Como testigo, participante e historiador organizó los límites interpretativos que fueron repetidos y fortalecidos con las narrativas patrióticas y tradicionales. Su influencia en las generaciones posteriores es innegable, al punto que Germán Colmenares calificó sus anotaciones de “prisión historiográfica”¹. Años más tarde, Alfonso Múnera se propuso desmitificar sus rígidas concepciones. Cuestionó la unidad política de la Nueva Granada de 1810, la idea de unas élites criollas con un proyecto nacional y propuso que los sectores del bajo pueblo «tuvieron una participación decisiva, con sus propios proyectos e intereses, desde los orígenes de la revolución de independencia»². En lo último buscamos profundizar.

Realizada por historiadores no profesionales, la historia tradicional nutrió y afianzó una visión elitaria de las gestas de Independencia. Militares, políticos y simple aficionados insistieron en las hazañas de Bolívar, Santander y Nariño. Dieron particular énfasis a sus “memorables” logros en los campos de batalla o en las salas del senado³. La profesionalización de la disciplina histórica se enfrentó con este simplismo patriótico y logró complejizarlo. En un escenario de héroes y grandes proezas, incluyeron la vida política, constitucional y social de estos procesos fundacionales.

Para la década del noventa, François-Xavier Guerra construyó un paradigma que incluyó en el horizonte analítico los acontecimientos de 1808 y el *vacatio regis* derivado de la crisis monárquica⁴. Diferentes han sido sus seguidores, los cuales ampliaron el estudio desde la tradición constitucional, la visualización de antecedentes coloniales o el análisis de escenarios específicos⁵. Algunos críticos han tachado estas ideas de eurocéntricas, especulativas y sobre todo de continuar mostrando a los sectores

¹ Germán Colmenares, «La “Historia de la Revolución”, por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica», en *La Independencia. Ensayos de historia social* (Bogotá: Instituto colombiano de Cultura, 1986), 7-23.

² Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*, (Bogotá: El Áncora Editores, 1998), 19.

³ Camilo Riaño, *La Campaña Libertadora de 1819* (Bogotá: Academia colombiana de Historia, 1969); Camilo Riaño, *Historia Militar. Vol. I* (Bogotá: Ediciones Lerner LTDA., 1971); Camilo Riaño, *Análisis histórico-militar del combate del Pantano de Vargas* (Tunja: Departamento de extensión cultural de Boyacá, 1969); Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria. Octava Edición* (Bogotá: Talleres Editoriales de la Librería Voluntad, 1967); Alberto Lozano Cleves, *Campaña de 1819*, (Bogotá: Academia colombiana de Historia, 1977); Academia Nacional de Historia [comp.]. *La Campaña Libertadora de 1819*, en 2 volúmenes (Caracas: Publicaciones de la Academia Nacional de la Historia, 1970).

⁴ François-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencias. ensayos sobre las revoluciones hispánicas* (Madrid: Ediciones Encuentro, S. A., 2009).

⁵ Antonio Annino, *Silencios y disputas en la historia de Hispanoamérica* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia; Taurus, 2014); Jaime E. Rodríguez, *La independencia de la América española* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1998); Isidro Vanegas, *La revolución neogranadina* (Bogotá: Ediciones Plural, 2013).

populares como apéndice espasmódico de los proyectos elitarios¹. Sobre esto último, Reyes Cárdenas sugirió que en esta corriente apelan «a la actuación de las elites como eje de la interpretación de los hechos»².

Contrario a los avances de François Guerra, los sectores populares empezaron a hacer parte de la matriz analítica. Su inclusión en las preocupaciones historiadoras generó llamados tempranos a profundizar el estudio de «la presencia del pueblo en la revolución de Independencia»³. Unos años antes, Juan Friede participó de las efemérides sesquicentenarias con un artículo que proclamaba la pertinencia de los sectores populares y enfatizaba su importancia en el desenlace de los acontecimientos⁴.

Los frutos de estas preocupaciones fueron madurando. Historiadoras e historiadores ampliaron la cartografía histórica por fuera de los héroes tradicionales. Margarita Garrido rescató la compleja cultura política de los espacios locales durante finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, con lo cual pudimos apreciar la agencia social de las comunidades y su interacción multitudinaria con las autoridades locales⁵. Alfonso Múnera fue pionero en la indagación de lo social en la Independencia. Sin la presencia popular los hechos de Cartagena permanecían incompletos. Con hachas y machetes, fueron ellos los que forzaron a las élites a ir más allá de sus propios objetivos⁶. Con diferentes horizontes de sentido, las castas y los indígenas hicieron parte de los escenarios políticos de principios de siglo, unos del lado republicano y otros del realista⁷. La discusión sobre la igualdad racial atravesó su interpretación de la república. Su lenguaje político y su praxis social fue determinante en los procesos de ruptura con la monarquía hispánica⁸. En últimas, estos avances historiográficos permiten decir que su vida política fue activa y constante durante la ruptura con la monarquía.

Entonces, la profesionalización de la historia trajo consigo un nutrido campo de análisis. No obstante, el estudio del ejército fue sólo tangencialmente trabajado por estas nuevas interpretaciones. Si son pocos los trabajos que han dedicado su atención a esta institución, más escasos todavía son los que la han mirado desde lo popular. De forma muy temprana, Bushnell dedicó algunas páginas a analizar el ejército en los primeros años de la llamada Gran Colombia. Con comentarios tangenciales y poca información empírica

¹ Medófilo Medina, “En el Bicentenario: consideraciones en torno al paradigma de François-Xavier Guerra sobre las ‘revoluciones hispánicas’”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 37, núm. 1 (2010): 149-188, 181.

² Catalina Reyes Cárdenas, “Balance y perspectivas de la historiografía sobre Independencia en Colombia”, *Historia y Espacio* 5, núm. 33 (septiembre de 2012): 15-40, 23. También puede verse: Boris Caballero-Escorcia, y Miguel A. Urrego-Ardila, «Aporte al estudio de la participación popular en la Independencia. Una revisión historiográfica», *Ciencias sociales y Humanidades* 4, n.º 2 (2017): 99-110.

³ Javier Ocampo López, «El proceso político, militar y social de la Independencia», en *Nueva Historia de Colombia*, II, (Bogotá: Planeta colombiana editorial, 1989), 9-64, 24.

⁴ Juan Friede, «El Ejército Popular, Vencedor en Boyacá», *Revista de la Universidad Nacional*, n.º 4 (1969): 99-105.

⁵ Margarita Garrido, *Reclamos y Representaciones: Variaciones sobre política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815*, (Bogotá: Banco de la República, 1993).

⁶ Múnera, *El fracaso de la nación*, 187. Parece que en Bogotá sucedió otro tanto, donde también fueron los plebeyos los que llevaron a las élites más allá de sus propios objetivos; Jairo Gutiérrez Ramos, «Actores subalternos: grupos étnicos y populares en la Independencia de la Nueva Granada», *Anuario Historia Regional y de las fronteras* XI (2006): 205-215.

⁷ Brian R. Hamnett, «Popular Insurrection and Royalist Reaction: Colombian Regions, 1810-1823», en *Reform and Insurrection in Bourbon New Granada and Peru*, (Louisiana: Louisiana State University Press, 1991), 292-326; Aline Helg, *Liberty & Equality in Caribbean Colombia, 1770-1835* (Londres: The University of North Carolina Press, 2004); Steinar A. Sæther, *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850* (Bogotá: Instituto colombiano de Antropología e Historia, 2005); Jairo Gutiérrez Ramos, *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824)* (Bogotá: Instituto colombiano de Antropología e Historia, 2007).

⁸ Marixa Lasso, *Mitos de armonía racial. Raza y republicanismo durante la era de la revolución, Colombia 1795-1831* (Bogotá: Ediciones Uniandes, 2013).

construyó mitos y espacios comunes de interpretación¹. Su narración fortaleció la creencia de que los analfabetos podían llegar a coroneles o que la institución, sin matices, fue un espacio de promoción social². En su visión se da prioridad a las políticas de estado y las pugnas entre militares de rangos elevados con las autoridades civiles. Entretanto, los sectores populares quedan desdibujados en la antesala de la narrativa.

Cinco décadas después se publicó el trabajo de Clément Thibaud, el cual se convirtió en un hito ineludible en el estudio social del ejército. Thibaud propuso que la dialéctica de la guerra pasó por etapas diferenciable y sucesivas. Los campos nacionales enfrentados se fueron fraguando en el proceso, lo que concluyó con la Independencia definitiva del proyecto republicano. El desenlace de los acontecimientos le permitió construir una narrativa que apreció las fases de la guerra y el papel de la vida castrense en este proceso³. No obstante, los sectores populares allí no merecen mayor atención. Las élites, sus proclamas y vidas son priorizadas en el análisis, lo que dejó por fuera los razonamientos, comportamientos y la determinante participación del bajo pueblo en la construcción de la institución militar.

Por su parte, Roger Pita se acercó a un tema que poca atención ha recibido. Especialmente en los últimos años de la guerra, el reclutamiento de esclavos hizo parte de los mecanismos para aumentar los efectivos⁴. Sin embargo, su trabajo dedicó poca atención a los esclavos en sí. Su exposición está organizada sobre los debates y normas que generaron las autoridades militares o los altos mandos del Estado. Con contadas excepciones, omitió la vida de los esclavos y se concentró en lo dicho por Bolívar, Santander y otros al respecto.

Junto a lo poco que ha adelantado la historiografía profesional, la historia del ejército ha recaído sobre los hombros de los militares. “Prisioneros” de Restrepo, su narración se concentra en las batallas, los grandes hombres, las estrategias y la reconstrucción lineal de los acontecimientos bélicos⁵. La tropa y los sectores populares son referenciados como cifras numéricas o desde lugares comunes sin profundidad⁶. Priorizan los debates de la comandancia, la experiencia de los “próceres” y la genialidad en las tácticas de combate. Su interpretación respecto al ejército, siendo la más prolífica, ignora por completo la vida diaria de los soldados, músicos, cabos, artesanos y sargentos que estuvieron presentes en los procesos político-militares de la Independencia.

El ejército, entonces, ha sido una institución trabajada de forma limitada. Sobre el siglo XIX, no obstante, existen trabajos que se han adentrado en su estudio social y popular. Por su enfoque y valioso aporte archivístico, debemos mencionar el trabajo de Juan Carlos Mosquera, quien avanzó los estudios

¹ David Bushnell, *El régimen de Santander en la Gran Colombia* (Bogotá: Facultad de Sociología, Universidad Nacional, 1966), especialmente capítulos XVI y XVII.

² Guillén continúa esta visión y cita a Bushnell para hacerlo; Fernando Guillén Martínez, *El poder político en Colombia*, (Bogotá: Planeta colombiana editorial, 1996).

³ Clément Thibaud, *República en Armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela* (Bogotá: Editorial Planeta colombiana S.A., 2003).

⁴ Roger Pita Pico, *El reclutamiento de negros esclavos durante las guerras de Independencia de Colombia 1810-1825*. (Bogotá: Academia colombiana de Historia, 2012).

⁵ Pueden verse los ya citados trabajos de Camilo Riaño o de Lozano Cleves, a los cuales se les puede agregar algunos más: Roberto Ibáñez Sánchez, *Campaña Libertadora de la Nueva Granada de 1819. Narración y análisis histórico militar a la luz de los documentos patriotas y españoles* (Tunja: Academia Boyacense de Historia, 2009); Álvaro Valencia Tovar, *Historia de las Fuerzas Armadas de Colombia* (Bogotá: Cordillera Editores, 1993).

⁶ Riaño, *La campaña libertadora...*, 115.

sociales del ejército al explorar el diálogo individuo-institución¹. A pesar de no estar enfocado en la Independencia, su mirada visibiliza elementos de la relación del bajo pueblo con el ejército, razón por la que más adelante dialogaremos con sus conclusiones y propuestas. A su vez, aunque trate también un período posterior, no podemos omitir el trabajo de Hermes Tovar sobre los soldados de la Guerra de los Mil Días. Con pluma fluida, Tovar logró recoger la vida plebeya en el enrolamiento, el malestar de las familias y datos diversos sobre sus perfiles, miedos o sensaciones a la hora de ir a las matanzas².

A nivel internacional lo popular en el ejército ha recibido mayor atención. El trabajo de Gabriel Di Meglio y Alejandro Rabinovich han mostrado su diario vivir, la construcción de vínculos militares, el papel de su lugar social y las prácticas que configuraron su participación castrense³. Sus trabajos han ayudado a la consolidación de hipótesis y miradas sobre el espacio de estudio que nos proponemos abordar. También ha sido determinante el trabajo de otros historiadores para casos diversos, los cuales han inspirado y completado este estudio⁴. Estas miradas de otros territorios ayudan a profundizar y completar el análisis ausente en la historiografía nacional.

Al ser pocos los trabajos profesionales en Colombia sobre este tema, los lugares comunes se han profundizado y afianzado. Generalmente a los sectores populares se les retrata como actores pasivos y se tiende a sólo registrar su enrolamiento forzado. En su historia económica, Kalmanovitz pasa por la Independencia para mencionar únicamente la conscripción forzada⁵. Guillén Martínez también repitió esta mirada simple y general en su estudio del siglo XIX⁶. Para los ejércitos, la reproducción de estos lugares comunes ha fortalecido un retrato de lo popular como instrumento mudo de la élite criolla.

Esta investigación intenta rellenar estos huecos de nuestro saber histórico. Nuestra pregunta busca esclarecer si efectivamente los sectores populares fueron sujetos pasivos de los ejércitos, víctimas de la necesidad de efectivos y carne de cañón exánime. La investigación, por el contrario, desmiente estos trazos lineales del relato y rompe el umbral de pasividad en el que se les ha encerrado. Los contornos huidizos de sus vidas sentaron las lógicas sobre las que se desarrolló la consolidación de los ejércitos, fue en su praxis social que se sentaron las dinámicas diversas que abrieron espacio a la configuración institucional y a los triunfos bélicos. Por supuesto, en las vanguardias existieron quienes sólo sirvieron para saciar el hambre de la artillería, como los que en amarras terminaron forzados de soldados. Sin embargo, su lugar en el tejido social no se redujo a ello, con pulso propio dieron puntadas autónomas. En estas páginas mostraremos que la participación plebeya fue determinante en el mantenimiento, formalización, consolidación y fortalecimiento de la institución castrense que triunfó contra la corona española hace más de doscientos años.

¹ Juan Carlos Mosquera Riveros, *Manuel Sechagua y otros o del diálogo individuo-institución*, (Cali, Bucaramanga, Bogotá: Fundación para la Investigación y la Cultura, 2014).

² Hermes Tovar Pinzón, "Tras las huellas del soldado Pablo", en *Memoria de un país en guerra. Los Mil Días 1899-1902*, (Bogotá: Editorial Planeta colombiana S.A., 2001), 143-172.

³ Gabriel Di Meglio, «Soldados de la Revolución. Las tropas Porteñas en la guerra de Independencia (1810-1820)»; *Anuario IEHS 18* (2003): 39-65; Gabriel Di Meglio, *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el Rosismo* (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2006); Alejandro M. Rabinovich, *Ser soldado en las guerras de Independencia* (Buenos Aires: Suramericana, 2013).

⁴ Ray Raphael, *A people's history of the American Revolution: how common people shaped the fight for independence* (Nueva York: The New Press, 2001); Sabina Loriga, *Soldats. Un laboratoire disciplinaire: L'armée piémontaise au XVIII siècle* (París: Éditions Mentha, 1991).

⁵ Salomón Kalmanovitz, *Economía y Nación. Una breve historia de Colombia* (Bogotá: Editorial Norma, 2003), 109.

⁶ Guillén, *El poder político en Colombia*, 244-258.

No nos interesa medir los presupuestos dedicados a la guerra o las dinámicas de centralización que vivió el órgano militar. Más bien, invertimos la búsqueda y partimos del entramado de las personas, sus caminos y razonamientos frente la convulsión bélica; nos interesa la gente como trama de esa historia. Lo haremos con base en la relación individuo-institución o, para ser precisos, las relaciones divergentes entre los sectores populares y la institución castrense de la Independencia. Tomamos este modelo que han trabajado distintas historiadoras, cuya premisa es que «individuos e instituciones están hechos de la misma materia»: gente¹.

Explorar sus vidas contribuye a devolverle la historicidad propia a esta institución decimonónica, la cual ha sido desdibujada por los militares que legitiman su ejército moderno a partir de la Independencia². Por retomar la expresión de Revel, queremos hacer una historia institucional a “ras de suelo”, lo que matiza la poco creíble coherencia con la que se ha narrado estas gestas “heroicas”. Después de la muerte de los héroes, algunos historiadores no abandonamos a las personas, sino que focalizamos nuestra mirada en los seres comunes; personas corrientes de experiencias extraordinarias³.

Para poder explorar en detalle sus vidas, relaciones, comportamientos y participaciones se ha tomado la mal llamada campaña libertadora como espacio de observación. Se dice mal llamada porque así no fue conocida en su época. Este nombre se volvió familiar en la historiografía patriótica que la exaltó como hito fundacional de la actual Colombia. En reclamos, representaciones y memoriales, el nombre más común fue campaña de la Nueva Granada de 1819 (entre otros⁴). No sólo es un intento de desprenderse del patriotismo, sino que el uso contextual del término es pertinente desde el proceso experiencial de los implicados. Al observar sus vivencias e itinerarios, esta campaña fue uno de las muchas marchas, batallas y triunfos que alcanzaron: fue un hito más dentro de vidas atravesadas por años de combates.

Aprovechando las efemérides bicentenarias, tomaremos como espacio analítico esta campaña de 1819, este ejército en formación y la gente involucrada en su proceso configuracional. Al trabajar en torno a la relación individuo-institución no cubrimos linealmente la campaña, como tampoco resaltamos sus hitos y “memorables” batallas. Muchos son los libros que han reconstruido esta narración. Para las personas interesadas, recientemente salieron algunas publicaciones que permiten una lectura agradable⁵. Lo que haremos aquí, más bien, consiste en reparar en las otras historias envueltas en aquel tejido.

Para los lectores y lectoras no familiarizados con sus hechos más relevantes, sólo se recuerda que los ejércitos vivieron un golpe devastador con la Reconquista (1815-1816). Después de durar varios años replegados en los Llanos, en junio de 1819 se emprendió la marcha sobre la Nueva Granada⁶. En esta travesía se pasó por las cumbres de Pisba y en julio se empezaron operaciones en la entonces Provincia de

¹ Simona Cerruti, «Proceso y experiencia: individuos, grupos e identidades en Turín, en el siglo XVII», en *Juegos de escalas. Experiencias de Microanálisis*, (San Martín: UNSAM EDITA de Universidad Nacional de General San Martín, 2015), 219.

² Pablo Andrés Nieto Ortiz, «¿Subordinación o Autonomía? el Ejército colombiano, su relación política con el gobierno civil y configuración en la violencia, 1953-1965» (Tesis de Maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2010), 17.

³ Cerruti, “Proceso y experiencia: individuos”, 266.

⁴ También se le conoció como campaña del Reino, de Cundinamarca, de Boyacá e incluso de Casanare. En ninguna de las fuentes propias de la época se localizó el nombre de “campaña libertadora”. Aunque de lo que sí hablaron fue de ejército libertador, pero este no fue sólo el de 1819, sino que fue el término general para los ejércitos republicanos.

⁵ Daniel Gutiérrez Ardila, *1819*, (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2019); Isidro Vanegas, *Las batallas de Boyacá. Hombres, mujeres, experiencias* (Tunja: Ediciones Plural, 2019).

⁶ Para una comprensión general de estos acontecimientos puede verse: Rodrigo de J. García Estrada y Juan Felipe Córdoba-Restrepo, eds., *1816: El terror y la sangre sublime* (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2016).

Tunja. El 7 de agosto se triunfó en el Puente de Boyacá y la campaña terminó el 12 de agosto cuando el grueso del ejército alcanzó su objetivo: tomar la capital, Bogotá¹.

En medio de lo que será en todo momento nuestra tríada analítica (campaña, institución, gente), buscamos emular una de las corrientes que ha combatido, fuente en mano, el desolador panorama en que la posmodernidad ha hundido el saber histórico. Persiguiendo lo que Barrera denomina microanálisis radical², rastreamos personas que ayuden a reconstruir la configuración social de esos ejércitos y la praxis popular en su interior. Estamos tras la pista de la experiencia colectiva, pero los itinerarios individuales visibilizan más de un mecanismo y dinámica del funcionamiento grupal³.

Al seguir un paradigma de indicios, empleamos un lenguaje experimental y cargado de incertidumbre⁴. Por la escasez de fuentes y testimonios, estas páginas están llenas de quizás, tal vez, de pronto y posibles. La formación del ejército no fue una necesidad histórica, afirmación nacida sólo de las miradas retrospectivas, sino que fue una opción entre una miríada de alternativas. Los caminos de los participantes no estuvieron dados. En medio de la incertidumbre y la preferencia, los actores sociales escogieron y actuaron de formas imprevisibles⁵. Por ello, Gribaudi ha propuesto la idea de campo de posibilidades, dentro del cual los sujetos históricos tomaron decisiones que dieron forma al devenir de la praxis humana⁶. El ejército y la Independencia no existieron como contexto externo a sus participantes, sino que en los mecanismos humanos se generaron pautas que lo formaron y deformaron, que, en últimas, lo configuraron.⁷

Como menciona Barrera, «podría decirse que [el microanálisis radical] analiza grandes cosas siguiendo recorridos pequeños (debe decirse, minuciosa y constructivamente) y no necesariamente que analiza pequeñas cosas»⁸. Por ello, reducir la escala de observación a la campaña de la Nueva Granada no sólo representa acotar espacio temporalmente la búsqueda, sino explorar con minucia las relaciones y encuentros recíprocos de un conjunto de implicados. Frente al multiverso de lo posible, la idea de representatividad se abandona en pro de la comprensión de la praxis y la experiencia, un poco guiados por el caso que exploró Ginzburg⁹. Qué tan representativas son sus vidas no es una preocupación presente, sino la escucha atenta y respetuosa de sus vidas. Además, el intento por establecer lo representativo tiende a estar asociado con modelos analíticos y demostraciones macrohistóricas, más que con poder establecer la normalidad de un pasado de causalidad abierta¹⁰.

¹ Profundizando el “bolivarocentrismo”, generalmente se toma el 10 de agosto como fin de la campaña, puesto que este es el día en que Bolívar entra triunfal a la capital. Contra esta visión se propone el 12 porque en esa fecha fue cuando el grueso del ejército concluyó su travesía desde los Llanos.

² Darío G. Barrera, «Después de la Microhistoria. Escalas de observación y principios de análisis: de la microhistoria al microanálisis radical», en *Ensayos sobre microhistoria* (México: Jitanjáfora, 2002), 7-38.

³ Maurizio Gribaudi, “Escala, Pertinencia, Configuración”, en *Juegos de escalas. Experiencias de microanálisis*, (San Martín: UNSAM EDITA de Universidad Nacional de General San Martín, 2015), 135-166, 136.

⁴ Carlo Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. (Barcelona: Editorial Gedisa S.A., 2008), 185-240.

⁵ Tomamos esta premisa del trabajo de Giovanni Levi, quien trabaja con el mismo supuesto: los caminos de las personas son imprevisibles y presentan una constante inestabilidad en los procesos de preferencia; Giovanni Levi, *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII* (Madrid: Editorial Nerea, 1990).

⁶ Gribaudi, «Escala, Pertinencia, Configuración», 143.

⁷ Jacques Revel, «Microanálisis y construcción de lo real» en *Juegos de Escala. Experiencias de microanálisis* (San Martín: UNSAM EDITA de Universidad Nacional de General San Martín, 2015), 19-44, 29-30.

⁸ Barrera, «Después de la microhistoria...» 36.

⁹ Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, (Barcelona: Atajos, 1999).

¹⁰ Gribaudi, «Escala, Pertinencia, Configuración», 143.

Las herramientas del microanálisis radical son el apoyo de método de la investigación. Pero lo que pretendemos contar no sólo incluye lo popular, busca construir una historia desde abajo hacia arriba¹. El aporte de los historiadores marxistas británicos es indudable, especialmente nos inspiramos en la propuesta de la historia desde abajo y en la defensa de la agencia humana de E.P. Thompson². Nos interesa encontrar la relación recíproca entre las élites y los sectores populares. Como también estudiar los mecanismos de privilegio de los sectores dominantes, lo que arroja pistas sobre la vida plebeya.

Este ejército fue de las pocas instituciones que concentró personas nacidas en cuna de oro y mimbre, como también sujetos de las procedencias más distantes, incluyendo incluso grupos considerables de extranjeros y mujeres³. Esta confluencia humana, por supuesto marcada por relaciones verticales, permitió también encuentros horizontales y relaciones sociales complejas. Esta convergencia no la asociamos a la idea de multitud, al menos en los términos que la definió Rudé⁴. Esta institución fue jerárquica, autoritaria y, al menos en concepción, ordenada; aunque en la praxis social encontramos un organismo discontinuo y en pugna permanente entre la disgregación y la agregación. Si bien no existió un marco universalmente compartido que orientó la práctica social (Modernidad, República, Independencia) ni el ejército fue en todos los casos la matriz de identificación colectiva; las dinámicas de integración y disgregación que dieron forma a la institución pasaron por la tensión entre autoridades y comportamientos.

En medio del intento de construir una exposición desde abajo hacia arriba, debemos confesar nuestro deseo, tanto político como historiográfico, de darle rostro y mayor énfasis a los de abajo. Este grupo no se encuentra siempre unificado, coherente o continuo, pero lo conceptualizamos bajo el sencillo genérico de la actividad laboral. Damos prioridad a los sectores sociales que vivieron de su trabajo en el proceso de desmoronamiento paulatino y violento del poderío imperial de los españoles. Consideramos que no sólo existió la subalternidad marcada por el color de piel, aunque sin duda es un factor involucrado en la configuración. Nos interesa, más bien, comprender la participación de los sectores productivos y trabajadores en la vida castrense. Por ello, de ahora en adelante definimos sectores populares bajo el genérico de la actividad laboral, dentro de la cual la única constante es su lugar productivo, sin que ello implique ninguna coherencia discursiva interna o participación homogénea.

Estamos tras la pista del herrero de las artillerías, el zapatero desertor, el armero sargento, los trabajadores de los talleres militares, el recluta talabartero, el cabo de labores campestres o el artesano combatiente. Su color de piel es un dato que no desechamos, pero por el mestizaje y el peso demográfico de los blancos pobres y trabajadores, nos aproximamos desde una perspectiva socioeconómica. De forma

¹ Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio* (Zaragoza: Prensas universitarias de Zaragoza, 1989), 208-209.

² Rescatamos particularmente las ideas de E. P. Thompson, «La Economía “Moral” de la Multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en *Costumbres en común* (Barcelona: Editorial Crítica, 1995), 213-293; E.P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, en 2 volúmenes (Barcelona: Editorial Crítica S.A., 1989).

³ El tema de los extranjeros no se trabajará en este estudio. Para ello véase: Matthew Brown, *Aventureros, mercenarios y legiones extranjeras en la Independencia de la Gran Colombia* (Medellín: La Carreta Editores, UPTC, 2010). A su vez, nos enfocaremos en la participación masculina de los populares. No se debe pensar que lo femenino no estuvo presente, simplemente fue la ruta que las fuentes marcaron. Digamos de paso que su participación fue determinante y, por suerte, existen varios estudios que visibilizan su participación. Entre varios posibles, véase: Evelyn Cherpak, «Las mujeres en la Independencia. Sus acciones y sus contribuciones», en *Las mujeres en la historia de Colombia*, I (Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1995); Yurly A. Arias Barrera, «Una mirada historiográfica a las mujeres tunjanas en el período de la Independencia, 1810-1819», *Historia y Sociedad*, n.º 28 (2014): 143-165.

⁴ George Rudé, *La multitud en la historia. Los disturbios en Francia e Inglaterra, 1730-1848* (Ciudad de México: Siglo XXI editores, 1998).

indiferenciada usamos bajo pueblo, sectores populares, plebeyos o plebe para denominarlos, muy cercano a como pudo nombrárseles en la época, por lo que en algunas fuentes hallamos populacho o plebe para describirlos¹.

El uso de las categorías requiere su propio comentario. Su valor de interpretación se creó en la interacción específica entre los participantes. Intentamos devolver el uso contextual de los términos a las relaciones sociales que los cargaron de sentido. Aunque lo analizaremos con detalle más adelante, el mejor ejemplo que tenemos es la deserción. Al partir de la categoría socioprofesional, los historiadores sólo han podido apreciar el abandono total de las armas, pero su uso contextual expresa una pugna compleja entre regulaciones de las autoridades y libertad de movilidad humana; lo cual no siempre implicó el distanciamiento frente al servicio o el desdén por la causa republicana. El trabajo con las categorías está en sintonía con el resto de nuestra búsqueda, es en los itinerarios individuales y en las relaciones recíprocas donde ampliamos la comprensión contextual de las palabras.

Persiguiendo las vidas de estos plebeyos buscamos rescatarlos «de la enorme prepotencia de la posteridad. (...) Es posible que sus conspiraciones insurreccionales fueran temerarias. Pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y, si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas»². En estas palabras conectamos la historia del pueblo con nuestra indagación y con el microanálisis radical. Como anotó Samuel, «la historia popular representa siempre un intento de ensanchar la base de la historia, de aumentar su materia de estudio, de utilizar nuevas materias primas y ofrecer nuevos mapas de conocimiento»³.

Aunque en concepción es válido, ampliar la cartografía histórica desde lo popular no es tarea sencilla. Las fuentes son escurridizas y difíciles de hallar. Si bien el rastreo documental se ancló en 1819, la tormenta de lo heurístico nos hizo naufragar en años cercanos. En principio, se rastreó a todo individuo que manifestó estar en la campaña estudiada. Con una lista de nombres, gracias a la base prosopográfica de Cayo Leónidas Peñuela, Thibaud y Riaño⁴ —junto a lo obtenido en el archivo—, se contrastó y localizó sus expedientes de reclamos por haberes militares⁵.

Este acercamiento permitió obtener una lista de 112 participantes de la campaña, dentro de los cuales hay oficiales, suboficiales, sargentos, cabos, músicos y soldados⁶. Como nuestra intención es inductiva y no estadística, este campo humano construye una visión de ciertos rasgos, como su edad, procedencia, ritmos de ascenso, rangos iniciales de servicio, batallas combatidas y más datos propios de la trayectoria militar. Para la tarea de recuperar rostros estas fuentes son nuestro pilar. Algunas veces, a pesar de

¹ Daniel Florencio O'Leary, *Memorias del General Daniel Florencio O'Leary. Narración*, I, (Caracas: Imprenta Nacional, 1952), 585. En el trabajo de Colmenares se puede apreciar la recolección de estos términos en los trabajos de José Manuel Restrepo; Colmenares, «La historia de la revolución...», 18-20.

² Thompson, *La formación de la clase obrera...*, XVII.

³ Raphael Samuel, «Historia popular, historia del pueblo». En *Historia popular y teoría socialista*, (Barcelona: Editorial Crítica, 1984), 17

⁴ Cayo Leónidas Peñuela, *Álbum de Boyacá*, II (Tunja: Imprenta Departamental, 1970); Clément Thibaud, «Guerre et Revolution. Les armes Bolivariennes dans la guerre d'Independence. Colombie-Venezuela, 1810-1821. Volume II: Annexes documentaires» (Tesis Doctoral, Université de Paris I Pantheon-Sorbonne, 2001); Riaño, *La Campaña Libertadora de 1819*, 121-128.

⁵ La primera lista salió de las Hojas de Servicio del Archivo General de la Nación, mientras que la contrastación se realizó con los acervos ubicados en el Archivo Casa-Moneda de la Biblioteca Luis Ángel Arango.

⁶ Revisar Anexo, Expedientes de la Investigación.

perseguir a una persona, sólo fue posible encontrar pocos resquicios difuminados de su vida. Pero, por suerte, en otros casos se localizan robustos expedientes, dentro de los cuales puede haber memoriales, reclamos, cartas, inventarios, listas de pagos, representaciones, partes militares y otros documentos útiles para la indagación.

Esta fuente es privilegiada para conocer los itinerarios individuales, aunque no sucede lo mismo para poder reconstruir la configuración de la institución, las dinámicas diarias del ejército o la campaña. Por ello, se hizo uso de una fuente que requiere ciertos comentarios. En el intento borbónico por organizar las colonias y sus ejércitos, en 1768 Carlos III organizó tres volúmenes de Ordenanzas militares. La distancia temporal entre nuestro espacio de estudio y estas leyes es considerable, pero las Ordenanzas son una fuente predilecta para reconstruir diferentes aspectos de la cotidianidad castrense, los quehaceres militares y algunas dinámicas de la institución.

Sabemos que durante la colonia uno de los ejes de gobernabilidad se trazó sobre el adagio de “se obedece, pero no se cumple”, lo que presenta matices frente al uso acrítico de estas Ordenanzas Reales¹. Además, la necesidad cambiante y dramática de los ejércitos no siempre permitió adherirse a formalidades protocolarias. No obstante, en los ejércitos se solía citarlas para dirimir problemas de organización o de carácter judicial. Incluso en la época republicana se continuó empleándolas para organizar los ejércitos². En este sentido, con prevención y cierta carga de escepticismo, las Ordenanzas se usan como una guía que permite establecer indicios y prácticas contingentes de los ejércitos independentistas.

Para la campaña, las fuentes usadas no tienen nada de novedoso, aunque intentamos darles la vuelta y someterlas a nuevos interrogantes. El trabajo de la artesanía historiadora ha facilitado miles de documentos editados en diferentes compilados. Los diarios de campaña, las cartas, los partes de batalla, la prensa, los inventarios, ciertas representaciones, órdenes militares, estados de fuerza y demás, se encuentran con facilidad en diversos volúmenes que organizan el estudio de la campaña de 1819.

Igual fue necesario profundizar con documentos del Fondo de Secretaría de Guerra y Marina (AGN) y, sobre todo, con algunos expedientes del Fondo de Asuntos Criminales. Para 1819 no quedó ningún documento de procesos contra desertores, por lo que se recurrió a años cercanos para barruntar pistas sobre la racionalidad popular; en estas fuentes quedan sugerencias a su argumentación gracias a los interrogatorios que debieron responder.

Finalmente, para poder saber más sobre la soldadesca existe un documento que se realizó en el momento del reclutamiento, en teoría, de cada soldado. Si se hubiera cumplido esta obligación, los archivos deberían estar repletos de filiaciones. Podríamos saber mucho de los oficios, fenotipos y características físicas de los reclutas. Sin embargo, escasean y su localización fue un reto complejo. En el intento de reunirlos se logró una base de casi mil filiaciones de todo el siglo XIX, aunque con un peso considerable de la época de la Independencia. Estos documentos facilitan la reconstrucción de los reclutas en su primer momento del enrolamiento³.

Con estas fuentes consultadas, el trabajo se organizó sobre cuatro grandes preguntas. En la primera parte buscaremos comprender las dinámicas de agregación y disgregación que hemos mencionado. Focalizamos el análisis en dos formas opuestas de movilidad: la desertión y la reincorporación. En la

¹ Annino, *Silencios y disputas...*, 52.

² Sala de Negocios Generales del Consejo de Estado, *Codificación Nacional de todas las leyes de Colombia desde el año 1821*, VII, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1926). (De ahora en adelante sólo citado como *Codificación Nacional*).

³ Revisar Anexo, Base de filiaciones.

segunda parte, presentamos el encuentro de lo popular con la institución, lo que está atravesado por la comprensión de los mecanismos de ingreso, la obligatoriedad de la formación y las posibilidades de ascenso. En la tercera indagamos el lugar del trabajo militar, los quehaceres diarios y el mundo del trabajo en estos ejércitos de régimen productivo preindustrial y precapitalista. Por último, indagamos cómo los conceptos de la Independencia (libertad, patria, República) fueron significados desde abajo en el proceso experiencial y relacional de la guerra.

1. Movilidad humana y configuración

En ríos y planicies, montañas y ciudades, hace más de doscientos años empezó un proceso que terminó suprimiendo la monarquía que dominó estas tierras. En los campos de batalla cayeron cientos de personas que permanecen anónimas. Sus vidas, nombres, procedencias y porqués quedaron enterrados junto a sus cuerpos en los múltiples tiroteos y cañonazos que retumbaron en los suelos que los vieron nacer. La guerra cruenta, la sangre vertida, el dolor repartido son elementos que ni la buena imaginación alcanza a rescatar. Una guerra con saldos humanos que las fuentes no ayudan a recuperar.

Queremos saber más de la experiencia de sus participantes, sus emociones y sensaciones en cada encuentro bélico; el desgarrador peso de la pérdida, el mudo descaro del olvido. En cada paso curioso está el muro insondable de la documentación. Escasa, expresivamente desconsiderada con nuestro deseo de conocimiento. Un poco, no obstante, ha sido posible reconstruir con papeles viejos y enmohecidos. No tanto como quisiéramos, quizás, pero lo suficiente para comprender mejor esa institución que organizó la guerra y, a la postre, triunfo en ella.

No pensemos las victorias como necesidad histórica o incuestionable respuesta del destino. El ejército se enfrentó a retos múltiples y a caminos desconocidos. En medio de la incertidumbre vital, las personas dieron sus vidas y tomaron decisiones que posibilitaron su consolidación institucional. En esta primera parte nos concentraremos en entender cómo se movilizó la gente y cómo sus comportamientos generaron dinámicas que integraron y desintegraron la institución. La consolidación de los ejércitos no fue, únicamente, el mérito de tal o cual comandante. Los itinerarios de los participantes presentan un panorama más complejo y dinámico de formación.

Organizamos la búsqueda desde dos elementos interconectados. Para empezar, nos acercamos a la argumentación del bajo pueblo frente a la deserción. Sus razonamientos van más allá de la apatía o el desinterés. En su relación con esta institución incapaz de garantizar la subsistencia, huir de las filas castrenses también se presentó como defensa de la necesidad vital. Después, rescatamos de las fuentes un comportamiento en extremo pertinente: la reincorporación. Hubo individuos que entre varias posibilidades decidieron retornar a los ejércitos después de caer prisioneros.

En estos laboratorios, la movilidad humana es la constante de estudio. Reducidos y aumentados por estas prácticas, la composición humana se vio acompañada por un movimiento contingente de recursos. Pudieron llegar armas, medicinas, bagajes y hasta informaciones secretas; como también pudieron perderse uniformes, sables y bayonetas. La disponibilidad de bienes para la guerra es una pregunta complementaria que acompaña estas páginas.

1.1. La deserción, una categoría polisémica

Como categoría historiográfica, la deserción es un comportamiento que no requiere mayores rodeos: significó el abandono apático del servicio en el ejército. Thibaud afirmó que esta práctica puede ser concebida, sin ninguna duda, como una muestra de desdén popular hacia la República¹. Mosquera, por su parte, consideró que para los sectores populares la República era etérea y una referencia lejana, lo que derivó en una adhesión al terruño y una extrañeza a los valores republicanos². Aunque estas ideas son plausibles, la rigidez con la que se concibe limita su capacidad de comprensión. En vez de partir de la práctica para construir la categoría, estas aproximaciones realizan la ruta inversa. Es decir, restringen el campo de posibilidades analíticas a lo que a primera vista es la deserción: el abandono. Sin embargo, al explorar las acciones contextuales, lo imprevisible de los itinerarios individuales, los contornos de la deserción se desdibujan y se matizan sus definiciones unidireccionales.

Más allá de la categoría historiográfica, la ramificación compleja que abre un estudio detallado nos lleva a cuestionar —quizás sea más preciso: ampliar— las dinámicas detrás de aquellos que fueron calificados con este rótulo “criminal”. El ejército de la Independencia fue una institución improvisada y construida sobre la marcha. La movilidad permanente del organigrama debe distanciarnos de miradas de orden incuestionable. Los generales, coroneles y comandantes hicieron un esfuerzo por castigar con ejemplaridad y por perseguir a aquellos que contribuyeron a la desintegración del fondo común y redujeron la disponibilidad de combatientes. En sus intentos reguladores restringieron la movilidad por el territorio y demarcaron límites para el transitar de las personas. Límites, en todo caso, que no siempre fueron respetados; pero su irrespeto no implicó siempre apatía.

Ciertamente, hubo quienes abandonaron de plano las filas castrenses, pero una vez lo analizamos desde la perspectiva popular, su accionar va más allá del desdén. Por el contrario, pudo representar una relación compleja que los sectores trabajadores establecieron con esta institución incapaz de pagar sueldos y cumplir con sus obligaciones de dotación. Responder por la familia y la vida propia era una actividad que no se podía posponer mientras el ejército solucionaba sus incontables carencias. Al respecto son elocuentes los reclamos judiciales. En ellos se hace explícita la relación entre incapacidad institucional y necesidad vital de subsistencia. Si se olvida que el bajo pueblo sobrevive de su propio trabajo, la comprensión queda a medias.

De cualquier forma, la deserción implicó un reto para la institución. En algunos casos, los desertores no sólo redujeron los efectivos disponibles, sino que también huyeron con objetos diversos del fondo común. En los procesos de consolidación, estos comportamientos contribuyeron a la paulatina expedición de leyes y prácticas que buscaron su contención. Por contradicción, el desafío fue una de las dinámicas de desintegración que los comandantes debieron enfrentar y superar para organizar los desenlaces bélicos.

Nuestra búsqueda estará dividida en tres momentos. Primero, exploramos la relación que tuvo la información y la incorporación de las leyes militares con la deserción. Mucho se ha dicho de los reclutas que huyeron y abandonaron las marchas en puntos diversos del conflicto, pero poco se ha explorado cómo el proceso de formación pudo influir en ello. Segundo, veremos que no todas las deserciones pueden ser comprendidas desde el abandono total de la vida militar, sino que se presentaron diversos casos de lo que aquí denominamos “deserciones relativas”. Además, escuchamos a los desertores que argumentaron la

¹ Thibaud, *República en armas...*, 516.

² Mosquera, *Manuel Sechagua y otros...*, 63.

defensa de su subsistencia vital como razón de su distanciamiento. Tercero, hacemos una aproximación a referencias fragmentarias en la relación de esta práctica con el movimiento de recursos, con lo que buscamos elucidar el impacto de esta práctica en la disponibilidad de bienes para la guerra.

1.1.1. Información y movilidad

Formarse como soldado no sólo implicó los saberes técnicos sobre las marchas, los giros y los tecnicismos del arma. Conllevó también incorporar códigos de honor y elementos inmateriales de la vida castrense. Al relacionar el aprendizaje de códigos legales con la desertión encontramos un espacio renovado de estudio. Al ingresar a las filas del ejército se debió aprender las penas por desertión, incorporar las restricciones de movilidad territorial y los mecanismos permitidos para transitar en los espacios controlados. En diversas fuentes se señaló que la mayor desertión se dio entre los reclutas recién incorporados. Si bien hubo más factores, como la crudeza de la vida militar o el intransigente régimen disciplinario, la información estuvo presente en la configuración.

Empecemos por explorar la experiencia de Gabriel Torres, un recluta forzado y condenado por desertión a un recargo de 6 años en su servicio¹. Era un zapatero nacido en Fontibón de «color blanco, pelo y cejas negro, ojos verdes, nariz y boca regular, barba cerrada, con la quijada de abajo partida y una cicatriz en la nariz»².

A José María Inciarte, uno de los testigos de su juicio, se le cuestionó si al acusado se le habían leído las leyes penales sobre desertión, a lo cual contestó que «no sabe si le habrán leído las leyes penales, pero que deber saberlas por haber sido soldado veterano». Cuando se realizó el mismo cuestionamiento a Torres, él respondió «que no se [le] han leído las ordenanzas [por lo] que no sabe la pena que tiene el que deserta en tiempos de guerra por no haber sido jamás soldado veterano»³. No nos interesa saber quién tiene razón, sino resaltar que los dos testimonios establecen la relación entre conocimiento de las leyes penales y el hecho de ser veterano⁴.

En el momento inicial de reclutamiento se informaba al novato de las leyes vigentes. El resultado documental fue la filiación, en la cual se describía físicamente al recluta y se concluía con la siguiente advertencia: «se le leyeron las penas que previene la Ordenanza»⁵. Antonio Dueñas, un labrador de Somondoco juzgado por desertor en 1822, dice que «se le han leído las leyes penales no solamente cuando se filió sino cuando pasó revista de comisario»⁶. La recluta, por tanto, contó con dos momentos para

¹ A Torres se le condenó a servir 6 años en la brigada de artillería; AGN, SR, AC, L12, f. 810v.

² AGN, SR, AC, L12, f. 795r.

³ AGN, SR, AC, L12, ff. 797v y 798v, respectivamente.

⁴ El término de “veterano” presenta su propia semántica histórica. En el apartado de *Artesanos combatientes, combatientes artesanos* expondremos todas las evidencias para sustentar que se trató de una manera específica de prestar el servicio y no un calificativo del tiempo que se llevaba sirviendo. Por ahora dejar la duda razonable de si aquí se está haciendo uso del término como sinónimo de experiencia o como una forma de relación con las cargas de trabajo militar. En ambos casos, no obstante, se está indicando que, ya sea por falta de experiencia o falta de una relación permanente con el servicio, se desconocen las leyes que regularon la desertión.

⁵ AGN, AA-II, SGM, caja 1, carpeta 3, f. 2r. En la mayoría de las desertiones completas se encuentra esta advertencia final, la cual es seguida por las firmas de los encargados y del reclutado. En las Ordenanzas reales se estableció que: «asegurado el oficial reclutante de que el reclutado tiene todas las calidades, que, para legitimar su admisión son necesarias, le instruirá de las penas de la desertión (...) [y] midiéndole, y examinándoles sus señales, extenderá su filiación en estos términos, variando la explicación según corresponda, por la diferencia de edad, señales, y estatura»; *Ordenanzas*, I, 24.

⁶ AGN, SR, AC, L96, f. 575v.

informarse de las implicaciones de abandonar el ejército. Tanto en la filiación como en la revisión, los comandantes aclararon las consecuencias por desertar.

En medio de las agitaciones de la guerra en el Llano, resulta que la recluta no fue filiada. Parece ser que, entre 1817 y 1819 «no hubo orden de filiar»¹. Al no construir este espacio informativo, las autoridades militares no sólo quedaron sin las características físicas de su recluta para la persecución, sino que también privaron a los novatos de uno de los espacios para informarse de las leyes penales. No poseemos datos para decir de forma terminante que la recluta estuviera desinformada de las penas de deserción, como tampoco para saber cómo se presentó la revisión del comisario en estos años.

Empero, algunos indicios sugieren que un escenario posible de esta práctica se presentó por el desconocimiento de las leyes y las penas prescritas en las Ordenanzas. El caso del angosturenses José Díaz, sastre de oficio, es ilustrativo en este punto. En 1818 argumentó encontrarse preso

por haberse quedado en su casa cuando su batallón pasó el río: que conociendo al siguiente día que hacía mal en quedarse, mandó á su madre [Feliciana Rivas] hablase con el capitán graduado de teniente coronel Rafael Rodríguez para que lo pasase, a cuyo tiempo [su madre] se encontró con el capitán José Guerrero y diciéndole a lo que iba le contestó éste que no diera paso ninguno, que dejase al confesante [Díaz] escondido, que después él lo sacaría y no le sucedería nada².

Díaz agregó que «haberse quedado en su casa no fue con ánimo de desertarse»³ y cuando envió a su madre a que intercediera por él, el capitán Guerrero lo alistó en su compañía y le dio papeles para certificar este traslado⁴. Efectivamente, el consejo que lo juzgó decidió que «resulta por el proceso el no ser desertor, sino el haber cometido una falta militar»⁵. Sin ánimo de desertarse, Díaz permaneció en casa de su madre y cuando deseó corregir su error, un capitán intervino y lo reclutó en su propio pelotón. Por desconocimiento, tanto Díaz como el capitán pagaron esta falta al régimen disciplinario. Díaz fue llevado a prisión y tuvo un recargo en su servicio militar. Al «capitán José Guerrero **en consideración á no estar bien impuesto en las ordenanzas militares, por el poco servicio que lleva**, [se le condena] sufra solamente 15 días de arresto en su casa»⁶. Notemos la relación explícita que se hace en la condena de Guerrero, quien por llevar poco en el servicio no está familiarizado con las leyes militares, lo que es una pista que fortalece la relación entre formación y desconocimiento de los códigos militares.

En la misma dirección, la experiencia de Antonio Rodríguez y Ventura Figue evidencian que el factor informacional no sólo se relaciona con el desconocimiento de las penas, sino también con las dinámicas cotidianas de la institución. En la década del veinte, Rodríguez se halló en el hospital del pueblo de Trapiche por su estado frágil de salud y

habiéndose reestablecido algo de su enfermedad, tuvo a bien venirse al pueblo de San Sebastián a casa de un hombre llamado Pedro Mamian á recuperar del todo su salud, a quien le trabajó unos días donde se reunió con Ventura Figue á los dos meses de haberse venido del Trapiche el declarante [Antonio Rodríguez], viniéndose sin licencia por ignorar a quien debía pedírsela⁷.

¹ BLAA, ACM, Db6367, caja 105, Doc. 13, f. 2. También puede verse BLAA, ACM, Db6367, caja 105, Doc. 42, f. 7.

² AGN, SR, AC, L76, f. 114v.

³ AGN, SR, AC, L76, f. 119v.

⁴ AGN, SR, AC, L76, f. 115r.

⁵ AGN, SR, AC, L76, f..

⁶ AGN, SR, AC, L76, ff. 124v y 122v, respectivamente. Aquí aparece un indicio importante que trataremos más adelante, altos rangos no son sinónimos de experiencia militar. Alguien con un rango medio-alto de capitán pudo perfectamente llevar poco en el servicio y desconocer las leyes. (La negrilla es nuestra).

⁷ AGN, SR, AC, L84, f. 4r.

Fique, encontrándose en una situación similar, se movilizó hacia San Sebastián «sin licencia ni pasaporte por ignorar a quien se la pediría»¹. En la época de la Independencia, el pasaporte era un documento que otorgaron los comandantes para permitir la movilidad, en el cual se estipulaba la ruta establecida, los víveres necesarios y las personas beneficiarias. Juzgados como desertores, Rodríguez y Fique afianzan la idea de que hemos venido trabajando. Ellos desconocieron a quién debieron pedirle la licencia y el pasaporte y, todo parece indicar, sin la intención “maliciosa” de desertar, incurrieron en la falta de movilizarse libremente por el territorio.

El desacato frente a las regulaciones sobre el desplazamiento implicó la asociación y condena por deserción. Esta restricción es uno de los usos contextuales del término en la época. Como comandante supremo, en marzo de 1819 Santander dictaminó que «todo individuo desde la clase de sargento inclusive abajo que en marcha, formación o campamento, se separase de su línea hasta fuera del tiro de fusil, será considerado y juzgado como desertor»². Un día después de la batalla de Paya agregó que «nadie podrá separarse del pueblo sin permiso del señor general; el soldado que lo haga sin él será mortificado con cincuenta palos»³. Salir del perímetro dictaminado era sinónimo de deserción. Esto le sucedió a José Ygancio González en 1821, quien sufrió un juicio porque abandonó «los límites que para consumir este delito debían haber prescrito los bandos»⁴.

Merodear por el territorio no era una alternativa. Junto a los límites de movilidad, la ausencia del mencionado pasaporte era razón suficiente para portar este título “criminal”. En Casanare en 1819, Santander prescribió que «cualquiera que marche sin pliegos o pasaporte mío los aprehendan pues son desertores»; «sin mi pasaporte, es desertor» agregó meses después⁵. Ya desde enero de 1819 se había impuesto una restricción según la cual «ningún oficial ni soldado podrá transitar de un cantón a otro de un pueblo sin mi pasaporte. Los comandantes de cuerpos, de cantones y el comandante general de caballería podrán dar pasaportes para solo un día de distancia, cuando yo [Santander] no esté presente»⁶.

El pasaporte fue estricto en sus rutas y su incumplimiento también implicó la misma condena. Miguel Díaz contó un pasaporte para llegar a Mérida y fue juzgado porque terminó arribando a Bogotá. Sin embargo, él indicó que cambió de ruta por «hallarse enfermo y malo de un brazo, [por lo que] no le era fácil seguir a su destino»⁷. Su testimonio es explícito. Si bien incumplió las regulaciones de movilidad y las estipulaciones del pasaporte, Miguel Díaz no está desertando del servicio, sino que se dirigió a Bogotá por cuestiones de salud.

El caso de Francisco Perdomo nos ayuda a detallar el estudio, puesto que lo podemos ubicar como subteniente dentro de los ejércitos de 1819⁸. Contamos con la suerte de que fue acusado y juzgado como desertor en 1818, precisamente por el hecho de movilizarse “sin permiso”. Después de haber sido herido

¹ AGN, SR, AC, L84, f. 3r.

² José Roberto Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña, Libro de Órdenes y Reglamentos Militares, 1818-1834*, (Bogotá: Casa de la Moneda, 1988), 51-52.

³ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 59.

⁴ AGN, SR, AC, L32, f. 489v.

⁵ SYE, II, Doc. 292, Santander al comandante Ortega, sin fecha; SYE, II, Doc. 365, Santander a Bustos, 13 de marzo 1819, 127.

⁶ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 19.

⁷ AGN, SR, AC, L95, f. 678r.

⁸ En la división de vanguardia Perdomo era de la primera compañía del batallón de Cazadores constantes y todavía tenía el rango de subteniente 1°; Riaño, *La campaña libertadora...*, 122. El 21 de agosto, como resultado de la campaña fue ascendido a teniente; SYE, II, Doc. 433, Nómina de promociones..., 252.

en la batalla de Ortiz (may-1818) pasó a recuperarse a San Fernando de Apuré. Entretanto, salió hacia la ciudad de Angostura junto a la compañía de un tal López quien, dice Perdomo,

me facilitó venir montado hasta el lugar llamado Mataganda a donde me separé de su compañía. Yo me hallaba desnudo, descalzo aún herido y privado de toda clase de auxilios: habiéndome facilitado con que ganar 10 pesos por medio de mi oficio: los gané y tuve con que habilitarme para conducirme a esta ciudad. **Cuando llegué me presenté inmediatamente y fui empleado en el servicio**¹.

No se trató, en todos los casos, del abandono apático de las armas y las causas del ejército. Primero, el factor de la información estuvo presente cuando se realizaron acciones que se desconocían como “criminales”. Una de ellas, incumplir las restricciones territoriales. Al dirigirse sin permiso a Angostura, Perdomo no abandonó el ejército. De hecho, se canceló su proceso por deserción y un año después estuvo presente en la campaña de 1819². Aunque en el uso contextual del término, Perdomo hizo parte de los que incumplieron las regulaciones de los comandantes y, por ende, de los desertores del ejército.

No es una sorpresa que la mayoría de los desertores nacieran de las filas de reclutas, y esto sin duda no sólo se debe a los procesos formativos. En octubre de 1819, Bolívar dijo «que casi toda la recluta de Tunja ha desertado, y así es indispensable, que vengan por pequeñas partidas, dos mil reclutas más, pero bien armados y custodiados para que llegue siquiera la cuarta parte a Venezuela»³. El cálculo aproximado es alarmante, sólo un cuarto de la recluta podía terminar arribando al destino al que era remitida.

Mientras marchó hacia el sur en 1820, Vawell comentó que «durante el viaje, varios reclutas lograron desertar a través de la maleza que bordeaba el sendero por donde íbamos (...) Hubo entonces que poner a unos cuantos veteranos por compañía, con los fusiles cargados para vigilar a los reclutas, con orden de hacer fuego sobre el primero que se atreviese a salir de filas»⁴. José María Caballero, por su parte, hizo un recuento de unos reclutas movilizados en 1815, proceso en el que se desertaron varios, «los unos por el mal tratamiento que les han dado, y el otro porque van forzados»⁵.

Cuando a la recluta se le encerró, vigiló y amarró se debe a su posible comportamiento de respuesta: abandonar el ejército. La consolidación de los ejércitos en Casanare tuvo que enfrentarse al golpe de esta acción. Sucedió, por ejemplo, que «mucha parte de la gente que había reclutado el capitán Vegal ha desertado, y es necesario aprehenderlos con la mayor exactitud y actividad»⁶. Pensar que su explicación deriva únicamente del desconocimiento de las regulaciones es, a todas luces, falso. Pero los testimonios de algunos desertores permiten incluir este factor dentro del encuentro de lo popular con las autoridades del ejército. En el intento de frenar la desintegración de sus tropas, los unos ordenaron restricciones de movimiento y crearon herramientas para el desplazamiento legal (pasaporte); mientras que los otros, privados de algunos espacios informativos, pudieron perfectamente incumplir estas prescripciones sin “ánimos” de deserción.

El que incumplió el pasaporte, se distanció del perímetro o desconoció las leyes fue tachado con este rótulo, pero los caminos de estos individuos no necesariamente están hablando del abandono de la carrera de las armas. Más bien, la construcción de esta categoría, a ras de piso, implica la dinámica restrictiva de

¹ AGN, SR, AC, L76, f. 102r-v. (La negrilla es nuestra).

² AGN, SR, AC, L76, f. 107r.

³ ADL, Doc. 3875, Bolívar al Gobernador Militar de la Provincia de Tunja, 19 de octubre 1819.

⁴ Vawell, *Memorias de un oficial...*, 218.

⁵ Caballero, *Diario*, 141.

⁶ DSC, I, Doc. 136, Santander a Cantor, 13 de enero 1819, 254.

las autoridades frente a la movilidad y el precario funcionamiento de los espacios formativos: una pugna entre itinerarios individuales e intenciones reguladoras de los jefes militares.

1.1.2. Deserción relativa y absoluta

El concepto de deserción expresa el incumplimiento de las órdenes, restricciones y leyes que fueron proclamando los comandantes en su intento regulador. En otras palabras, cualquiera que desobedeciera un bando pudo cargar este título. Con base en su forma de ser empleado podemos construir dos grados diferenciados de incumplimiento: la deserción relativa y la deserción absoluta.

Al grado de deserción relativa ya lo hemos mencionado. El mejor caso que podemos recordar es el de Francisco Perdomo. Fue tachado como desertor por movilizarse sin pasaporte hacia Angostura. A pesar de incumplir estas restricciones, cuando arribó a su destino se presentó al servicio, se canceló su condena y, de hecho, marchó a la campaña de 1819. Frente a una orden específica o camino particular, grupos enteros del ejército decidieron abandonar la marcha o la campaña, pero no por ello el ejército o la causa.

Durante la campaña de 1819 son varias las evidencias al respecto. En mayo de 1819, los planes para la campaña de la Nueva Granada se trazaron entre un grupo de comandantes. En esta memorada reunión, uno de los asistentes decidió no participar de la marcha. «Todos aprobaron el proyecto y nadie más que Iribarren, único que pocos días después trató de frustrarlo, induciendo a la deserción al cuerpo que él mandaba»¹. Notemos que esta deserción es una respuesta frente al plan, no frente al servicio mismo. Por razones que desconocemos, Iribarren se encontró reacio a cruzar los Andes y tomarse Bogotá, aunque años después continuó con el rango de coronel y para 1825 se encontró desempeñándose como gobernador de Mariquita².

De forma similar, los retos materiales de las travesías provocaron que cuerpos enteros abandonaran la campaña. Sabemos de un coronel y su compañía que retrocedieron al enfrentar el crudo paso de los Andes. Al empezar a pasar de la planicie de los llanos a las cumbres,

los caminos continuaban subiendo y se hacían pedregosos, todos los caballos que eran originarios de las llanuras empezaron a resistirse o a cojear, porque no estaban habituados a marchar por terreno duro, y nunca habían subido ni bajado por lugares más escarpados que las orillas de los ríos donde solían beber. Esta fue la causa de la deserción de un cuerpo entero de llaneros que mandaba el coronel Carvajal³.

Los testimonios no sólo desmienten la idea de que la deserción fuera un rechazo al servicio en sí, sino que también contradicen que esta fuera una práctica exclusiva de los rangos bajos⁴. Las autoridades del ejército de 1819 necesitaron de todo combatiente disponible para poder invadir la Nueva Granada, pero hubo cuerpos enteros que desobedecieron las órdenes centrales y se movilaron a voluntad. Su calificación como desertores deriva de la pugna entre regulaciones y movilidad. Empero, su deserción es clara frente al camino, más no frente al servicio militar; de ahí que la denominemos relativa.

Facilitada por la geografía, el extremo grado de movilidad humana de un organigrama dinámico generó un enfrentamiento permanente del Estado Mayor con aquellos que desobedecieron órdenes específicas. Como los casos anteriores, hubo otros que se negaron a cruzar a las zonas frías de la Provincia de Tunja. Momentos antes de emprender la campaña, cuando fue conocido «el destino de la expedición,

¹ O'Leary, *Memorias del General...*, I, 547.

² Bushnell, *El régimen de Santander...*, 286.

³ Vawell, *Memorias de un oficial...*, 149.

⁴ Mosquera, *Manuel Sechagua y otros...*, 97.

bastantes llaneros se declararon contrarios y se desertaron por no subir las montañas», o emprendieron la marcha y a los pocos días de ascender por las cumbres andinas retornaron al Llano¹.

No conocemos la vida de ninguno de estos desertores, incluso sus nombres quedarán como incógnitas en los anales de la historia. A pesar de no poseer datos, es posible que una vez incumplieron una regulación u orden concreta continuaran sirviendo en las filas del ejército, como hizo Francisco Perdomo. Además, en la deserción relativa incluimos lo visto en el acápite anterior. La desinformación y el desconocimiento de las leyes penales pudieron generar distanciamientos, aunque la intención no fuera concluir el enrolamiento. Recordemos a José Díaz, quien no tuvo intención de desertar. Prefirió quedarse donde su madre e influenciado por Guerrero intentó cambiar de compañía. O Miguel Díaz, a quien le quedó más fácil llegar a Bogotá que seguir lo estipulado en su pasaporte.

Para la institución en formación, sobrepasada por el desobedecimiento de marchas y travesías, el reto no fue tan complejo en el caso de la deserción relativa. Esta irreverencia frente a las órdenes redujo los efectivos, aunque su retorno en otros puntos de la guerra alimentó los ejércitos para otras campañas. No fueron personas que abdicaron de la guerra, sino que desconocieron la jerarquía y verticalidad del régimen disciplinario.

En el caso de la deserción absoluta encontramos una realidad diferente. El no retorno al ejército significó un obstáculo complejo para los comandantes. Su recluta se dispersaba y con ello el proyecto de construir un ejército se desvanecía como agua entre los dedos. La preocupación de Santander era tal que desde enero de 1819 advirtió que si la recluta continuaba desertando no era posible tener ejército². Un mes antes de emprender la marcha sobre la Nueva Granada, Carlos Soublette le escribió con preocupación a Bolívar. Había capturado seis desertores, pero sugería evaluar la pena que se aplicaba. No consideró, insistió en su carta, que fuera necesario condenarlos a todos a muerte. Al seguir ese camino «nos veríamos en el caso de matar un número crecido de hombres que con fuertes castigos pueden contenerse y servir». Para los capturados propuso jugar sus vidas en un sorteo y «que de los tres de cada batallón muera uno, y los otros dos sufran carreras de baquetas por 200 hombres»³.

La pena de muerte era una de las posibilidades. Entre muchos anónimos, ese fue el destino de Apolinar Loreto, un soldado de la primera compañía del batallón de Cazadores de Honor condenado en 1817 a sufrir «la pena de ser pasado por las armas»⁴. Como lo manifestó Soublette, dar muerte a todo desertor era contraproducente, frente a lo cual usaron el castigo ejemplarizante como alternativa. Frente a unos desertores Santander argumentó que «estos malvados se han mandado buscar para hacer un ejemplar severo»⁵.

Los palazos colectivos hicieron parte de los castigos, junto a lo cual se agregó la ampliación del tiempo en el servicio y la prisión⁶. Atrapado en su primer intento de deserción, Antonio Dueñas fue

¹ Restrepo, *Historia de la Revolución...*, II, 528-529.

² DSC, I, Doc. 136, Santander a Javier Alfonso, 13 de enero 1819, 254.

³ DDG, XVI, Doc. 660, Soublette a Bolívar, 6 de mayo 1819, 351-352.

⁴ AGN, SR, AC, L76, f. 110r.

⁵ SYE, II, Doc. 270, Santander a Sasmajous, 29 de enero 1819, 48.

⁶ Este tipo de castigos no sólo se empleaban para reprimir a los desertores, también usó frente al abigeato y es posible que para otras faltas. Para el robo de ganado, «a cualquier individuo que se justificase haber robado una bestia sea con el motivo que fuese, si es oficial quedará degradado del empleo, y si es soldado por la primera vez que lo haga será castigado con doscientos palos, y después si se repite con pena de muerte»; Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 19.

castigado «con 50 palos y sufrió 1 mes 22 días de prisión»¹. Desconocemos las dinámicas específicas de los palazos y cuándo se aplicó cada castigo. En todo caso, hubo individuos que reincidieron varias veces en la desertión y no pareciera que hubieran sufrido la pena de muerte. Los castigos fueron parte de las herramientas que utilizó la institución para frenar la dinámica desintegradora de la desertión.

Estas medidas, empero, no siempre tuvieron el efecto deseado. Hallamos un proceso contra José Ygnacio González, juzgado cuatro veces consecutivas como desertor. Para 1821 se encontró preso en el calabozo y «este delito lo ha cometido 4 veces, la primera del Batallón Cazadores, la segunda del de Girardot, la tercera del Departamento de esta Provincia [Antioquia] y la cuarta del sitio de Cartagena»². Cuando le interrogaron por sus razones, contestó que «no le maltrataban de palabra ni obra los oficiales, sargentos y cabos, [y] que no le han faltado con el vestuario ni ración»³. Su expediente no nos permite saber con exactitud las razones de su desertión reiterada. Su testimonio parece indicar que, sin explicaciones claras, simplemente no deseó estar en el ejército.

Como González, encontramos una explicación parecida en el expediente de Antonio Dueñas. Después de sufrir 50 palazos y casi dos meses de prisión, reincidió en el delito. Cuando se le interrogó sobre el motivo, dijo que «la primera [no tuvo] ninguno, y la segunda por que le faltaba la ropa para la revista»⁴. Los castigos frente a las desertiones no siempre evitaron que los individuos abandonaran la carrera de las armas. Tal vez razones vergonzosas como el miedo, el rechazo al régimen disciplinar, la cobardía o la pereza, entre otros, pudieron no ser explicitadas en estos interrogatorios y por ello se indicó que para desertar no hubo razón “alguna”.

Estos valores abstractos hicieron parte de la vida castrense y es una posibilidad que los interrogados no los comentaron por vergüenza, aunque esto es simplemente una suposición. Sin embargo, en los razonamientos de la segunda desertión de Dueñas encontramos una pista clave para analizar la desertión desde abajo. La primera vez dijo irse sin razón específica; mientras la segunda se debió al incumplimiento de las obligaciones de dotación. En medio de la necesidad de vivir de su propio trabajo, los trabajadores se toparon con una institución incapaz de garantizar medios de subsistencia viables, tanto para el enrolado como para sus familiares.

Esta argumentación puede ser encontrada en las palabras de los abogados defensores y en los testimonios de los acusados. Arisclo Torres, el abogado defensor del zapatero Gabriel Torres, manifestó de forma contundente que la desertión se debió a que su defendido

estuvo diez días sin ración, y no pudiendo soportar los rigores del hambre, en circunstancias que su amada esposa, y tiernos hijos gemían acosados de la miseria; se vio compelido á desertar para no ser triste víctima de la desesperación, y no ver su amada familia á los bordes del sepulcro. La naturaleza, las obligaciones de padre y esposo, y el temor de morir, sin tener un pan con que alimentarse, todo, todo conspiró á aquel hecho (...) la conservación de la propia vida tiene grande imperio en el corazón humano⁵.

Con ese final poético, el abogado logró una máxima que debe ser tenida en cuenta. La conservación de la propia vida pesa en el corazón con gestos imperiales. En las fuentes aparece en reiteradas ocasiones la relación entre pago de sueldos y desertión. Es importante recordar que estamos hablando de sectores

¹ AGN, SR, AC, L96, f. 587v.

² AGN, SR, AC, L32, f. 478v y 479r.

³ AGN, SR, AC, L32, f. 483r.

⁴ AGN, SR, AC, L96, f. 575v.

⁵ AGN, SR, AC, L12, f. 808v.

sociales que viven de su propio trabajo, aunque sabemos también de mujeres que en el vacío laboral respondieron por sus familias¹. A pesar de ello, la falta de pagos pudo ser un motivante para la desertión. En 1820, mientras José María Cansino organizaba las tropas del Chocó, indicó que se debía distribuir sueldos a los oficiales, sargentos, cabos y soldados, pero frente a la recluta, aclaró que «se les ha socorrido igualmente á razón de 2 pesos, para que ocurran á ciertas necesidades de hábito, y **evitar, que la miseria les haga odioso el servicio, y favorezca la desertión**»².

Si bien se remuneró de alguna forma en 1820, para la campaña de la Nueva Granada la historia fue otra. Joaquín Guarín, uno de los capellanes, se quejó por la falta de sueldo completo en 1819. Recurrió a varios testigos que confirmaran su reclamo. Uno de ellos fue José María Gaitán, quien afirmó que «en aquella época el ejército no recibía sino pequeños suplementos» a lo que el coronel Mackintosh agregó que «en esta campaña no se nos dio sueldo alguno»³.

Un músico de vientos en Casanare, Gavino Gutiérrez, indicó que desde febrero de 1818 estuvo «á ración y sin sueldo»⁴. Hubo en momentos, no obstante, pagos. En el mes de mayo «las tropas han recibido un socorro en dinero»⁵. De estas referencias heterogéneas la conclusión más cabal es hablar de una institución precaria y en formación. El cumplimiento del pago y racionamiento era un esfuerzo contingente. En momentos encontramos como Santander «está proporcionando modo de darle un socorro en dinero, y ha mandado hacer exquisitas diligencias para tener vestuario»⁶, mientras que en otras hallamos la tajante queja de Guarín o las palabras de Gutiérrez. La permanencia en el ejército estaba acompañada de decenas de eventualidades, durante las cuales el vestuario o pago no eran garantías estables.

Como sucedió con Gabriel Torres, las familias y los reclutas de los sectores populares no pudieron posponer su necesidad de subsistencia mientras se solucionaban las innumerables carencias institucionales. En noviembre de 1819 se levantó un reclamo colectivo a Santander. Su argumentación también relacionó la necesidad vital con el pago de sueldos:

los sargentos, cabos y tambores veteranos del regimiento de infantería de Milicias Defensores de la Patria hacen presente a Vuestra Excelencia con el más sumiso respeto y con licencia de sus jefes: que por la orden de Vuestra Excelencia del 12 del corriente han quedado excluidos del goce de raciones y reducidos solamente los sargento 1º veteranos a dos reales diarios, los cabos y tambores a un real, de modo que los cabos veteranos tienen menos que los voluntarios acuartelados que gozan en el día de real y medio, estas clases veteranas señor excelentísimo están acuarteladas siempre, de modo que **no tienen tiempo de trabajar en sus oficios para proporcionarse algún alivio**⁷.

La necesidad del pago no era exclusiva de la recluta, también los veteranos y bajos oficiales se quejaron de la carencia de medios para subsistir. El reconocimiento del ejército como una institución precaria e incapaz de pagar lo “suficiente”, o en lo absoluto, no escapaba a otros individuos de la época. A Martín Fernández se le intentó reclutar como aprendiz de herrería para que se integrara a las fábricas de

¹ Martha Lux, “Las mujeres neogranadinas en el proceso de pacificación de 1816”, en *1816: el terror y la sangre sublime*, (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2016), 179-194.

² AGN, SR, HDS, L11, f. 985r-v. (La negrilla es nuestra).

³ AGN, SR, HDS, L22, f. 688v. y 693r; respectivamente.

⁴ BLAA, ACM, Db0431, f. 4r.

⁵ DDG, XVI, Doc. 686, Diario del ejército de operaciones de Casanare, abril 1819, 380.

⁶ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 48.

⁷ AGN, SR, SGM, L1, f. 253r. (La negrilla es nuestra).

producción militar. Como artesano que velaba por sus hermanas y hermanos argumentó que la paga del ejército no era suficiente para mantener a su “numerosísima familia”:

mi padre se ofreció voluntariamente á seguir en la expedición de Popayán para servir en calidad de armero y también en la de soldado. Pero él suplicó y se le prometió que yo no sería ocupado en ningún servicio, que se me dejaría libre para cuidar a mi familia. Ésta es numerosísima. Mis hermanas, mis hermanos pequeños no tienen otra cosa de que poderse sostener que de lo poco que yo gano con mi trabajo. Ocupado en la artillería mi familia y yo vamos a perecer de miseria. Lo poco que el estado ha de pagarme de ninguna [manera] puede suministrar para pagar la casa en que vivimos, la tienda de herrería que no puedo dejar y tan crecida familia¹.

El pago de su casa, su tienda y la vida de su familia no pueden ser atendidas con una paga que los hubiera dejado “pereciendo de miseria”. Aunque no sea parte de los desertores, Martín Fernández expresó con claridad la preocupación por su familia y la incapacidad del ejército por mantenerla. Antonio Flores, un soldado de los Cazadores de Vanguardia, también manifestó que era su deber mantener a su familia y para ello solicitó poder retirarse del ejército. En sus palabras, Flores comentó

que por cuando hallarme en la última indigencia de las malas de que me hallo adolecido y llevando presente la benignidad de Usted [Santander] y la generosa oferta que se nos hizo que tomando el Reino se nos daría nuestra licencia y observando que todos los que vinimos del Llanos todos los más han fallecido y hallándome cada día más agravado de mis males y considerando mi mujer e hijos desamparados y sin refugio alguno y no teniendo yo de mi parte otro consuelo ni refugio sino la esperanza en el benéfico corazón de Usted de que atienda a esta súplica y me mire con caridad de concederme mi licencia absoluta librándome mi pasaporte para seguir a mi destino a recoger y amparar a mi desamparada familia².

Flores no era desertor, pero en su súplica resaltan dos elementos interconectados. A pesar de haber participado en la campaña de 1819, en su estadía en Bogotá se encontró en la indigencia, indicio claro sobre el pago de sueldos a los rangos más bajos³. Además, antes de solicitar la remuneración por sus servicios, pidió que se le permitiera retirarse para poder atender a su familia.

Gabriel Torres defendió su desertión priorizando también la subsistencia de su familia. Como «en cinco meses de servicio no le dieron más que 6 pesos de prest, que los 4 se los hizo entregar el señor Coronel González [para una representación en su defensa] (...) que por este motivo y por estar su familia pereciendo de hambre fue que se desertó (...) antes de nochebuena». Torres continuó y dijo que «su desertión la causó por ir [a] asistir a su mujer que estaba gravemente enferma»⁴. Por más de cinco meses, este zapatero no pudo remunerarse de su oficio artesanal ni enviar dinero a casa. Cuando se enteró de los padecimientos de su familia y la enfermedad de su esposa, la decisión que tomó fue huir de esta institución precaria que no garantizó su subsistencia.

En el expediente de Ventura Fique, quien desertó junto con Antonio Mesa, Tadeo Rodríguez, un indígena de alias “Conejo”, José María Rojas, José Antonio González y Miguel Perdomo, explicó su desertión también en términos de carencia material. En 1822 dijo «que la causa de su desertión fue la suma necesidad que pasaba, pues cada 24 horas esto se les daba un rancho muy escaso»⁵.

¹ AGN, SR, SGM, L1, f. 188r-v.

² AGN, SR, SGM, L1, f. 189r.

³ Allí incluimos a los soldados, músicos, reclutas, cabos y sargentos. Además, diferenciamos los bajos rangos en este punto porque para ese momento las familias de los altos oficiales sí fueron remuneradas; DSC, II, Doc. 449, Bolívar al Mayor Ascanio, 28 de agosto 1819, 165.

⁴ AGN, SR, AC, L12, f. 799r-v. Los cuatro pesos que le dio al coronel González fueron para una representación inútil para salir del presidio al que se le había condenado. Véase: AGN, SR, AC, L12, f. 800r.

⁵ AGN, SR, AC, L52, f. 981v.

Si bien se sostiene que la explicación previa es congruente, también se localizaron algunas fuentes que señalan otras soluciones posibles al problema de la deserción absoluta. Primero, rescatando la hipótesis de Mosquera, la pertenencia al terruño y distanciamiento de la causa republicana generó que el enrolamiento al ejército pudiera ser una actividad extraña e indeseable. En las instrucciones de Santander se indicó que hubo personas que sólo desearon vivir calmosos en sus terruños. Al capitán Gómez se le ordenó que «no amadrinará usted esos malvados, que no quieren si no que otros peleen, y ellos vivir tranquilos en sus ranchos»¹.

Como sugirió Mosquera, esta pista puede conducirnos a pensar que las causas de la “República” y la “Independencia” fueron una referencia exógena en la vida de algunos grupos de la plebe. Por lo que se prefirió retornar a casa y permanecer en la patria chica del terruño. Hubo también, sin duda, los que no desearon combatir sino trabajar. Varios habitantes «quieren trabajar sus rozas y conucos sin guerra y sin sobresaltos»². La coincidencia entre querer trabajar los cultivos sin vinculación a las gestas militares sugiere una cercanía con lo expuesto arriba: el trabajo para el bajo pueblo es garantía de vida. Sin embargo, también expresa que la apatía y la pertenencia a los espacios vitales fue mayor que la adhesión a la lucha contra la monarquía hispánica.

Empero, otros testimonios complejizan lo precedente. La deserción también pudo relacionarse con las tácticas guerrilleras de los ejércitos en los Llanos³. La prensa anotó que «en general los soldados reclutas creen que solo son llamados a pelear, y viendo que el enemigo se presenta y que no se pelea, prefieren muchos volverse a sus casas»⁴. La fuente nos hace pensar que la recluta esperó sólo combatir al enrolarse. Pero sus expectativas se vieron frustradas por la guerra de baja intensidad.

Las razones seguramente podrían ampliarse y complejizarse. Lo que podemos decir aquí es que la deserción no encuentra explicación de forma unidireccional. Una mirada de factores, razonamientos y configuraciones aportan en su entendimiento. No hubo solamente desertores absolutos, los relativos presentan el uso contextual del término en la época. La subsistencia no sólo es una manifestación de desdén por la causa del ejército. Por el contrario, expresa la precariedad de la institución en formación, donde los plebeyos no contaron con medios suficientes de subsistencia. En este sentido, la deserción debe dejar de ser percibida sólo como el abandono de las armas, para ser mirada como una tensión entre el proceso formativo de la institución y los itinerarios de sus participantes.

1.1.3. Movilización contingente de recursos

El comportamiento de la deserción no sólo implicó el movimiento de personas. En el caso de la deserción absoluta, el esfuerzo formativo fue malgastado. El tiempo invertido en el entrenamiento se desperdició en reclutas que no estuvieron presentes en las horas decisivas de los combates. Al irse no sólo cargaban consigo el esfuerzo de su formación, también pudieron llevarse vestimentas, armamento o diferentes elementos para la guerra. La respuesta de las autoridades fue decidida: vigilaron, castigaron y reforzaron su andamiaje legal. Por ello, dedicaremos estas páginas a comprender cómo fue afectado el fondo común y cómo las autoridades buscaron contener su desintegración.

¹ SYE, II, Doc. 257, Santander al comandante Javier Alonso, 24 de enero 1819, 38.

² *Correo del Orinoco*, núm. 25, 3 de abril 1819, 100.

³ Eduardo Pérez O., *Guerra irregular en la Independencia, 1810-1830* (Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1982).

⁴ *Correo del Orinoco*, núm. 25, 3 de abril 1819, 100.

Las descripciones sobre la situación material del ejército son sugerentes. Era una institución que padecía «la escasez de toda clase de elementos indispensables para la guerra»¹. Como dijeron otros, era un «Ejército [que] carecía de elementos militares: siempre ha estado desarmado: siempre le han faltado municiones: siempre ha estado mal equipado»². Hemos afirmado repetidas veces que esta institución fue precaria porque estaba en formación. En parte, la afirmación deriva de estos testimonios “dramáticos” que insisten en su carencia. La disponibilidad de materiales debe ser abordada con cuidado. En esta guerra todo estuvo en permanente transformación. Una victoria, por ejemplo, pudo robustecer el fondo común; o una buena disponibilidad de materiales fortaleció los talleres militares de producción. A pesar de lo cambiante, el Cuadro 1 da una idea de la situación para junio de 1819.

Cuadro 1:
Relación entre cuerpos y disponibilidad de elementos de guerra

Producto	Zapadores (36*)		Cazadores (451)		1° de Línea (453)		Carabineros (42)		Caballería (1082)	
	Con**	Sin	Con	Sin	Con	Sin	Con	Sin	Con	Sin
Fusiles	32	4	383	68	386	67	—	42	95	987
Carabinas	—	36	—	451	—	453	23	19	30	1052
Bayonetas	—	36	329	122	386	67	—	42	—	1082
Lanzas	—	36	—	451	—	453	—	42	645	437
Cartucheras	—	36	304	147	363	90	—	42	—	1082
Portafusiles	—	36	304	147	—	453	—	42	—	1082
Canana	4	32	—	451	—	453	—	42	95	987
Machetes	8	28	—	451	—	453	—	42	—	1082
Hachas	5	31	—	451	—	453	—	42	—	1082
Barras	2	34	—	451	—	453	—	42	—	1082
Azadones	7	29	—	451	—	453	—	42	—	1082
Palas	2	34	—	451	—	453	—	42	—	1082

Fuente: DSC, II, Estado genera que manifiesta la fuerza..., 96.

*El número entre paréntesis es la cantidad de efectivos con los que contó cada cuerpo militar, donde se incluye a los que tuvieron licencia temporal, los comisionados y los que se encontraron en el hospital.

** Con y Sin se refieren a la disponibilidad, según cada renglón de productos, que tuvo cada cuerpo militar.

A pesar de lo cambiante que pudo ser, para la campaña la carencia es sugerente. La caballería contó con 1082 efectivos, de los cuales 125 tuvieron armas de fuego y 645 lanzas. En cálculos hipotéticos, significa que 312 personas quedaron sin ningún arma para el combate. Además, ninguno contó con la cartuchera, que era el bolso para guardar los cartuchos y, al morderlos, poder abrir fuego³. La situación de la infantería tampoco era mucho mejor. En el cuerpo de Zapadores 4 personas no tenían ningún armamento, en el batallón 1° de Cazadores (creyendo que la bayoneta por sí sola no es un arma) se quedaron sin con que pelear 68 personas, en el batallón 1° de Línea fueron 67 y en los Carabineros 19. Sólo los Zapadores tuvieron otro tipo de utilillajes para combatir (cananas, machetes, haches, etc.).

En términos de armas encontramos una falencia considerable. Si profundizamos más la mirada, aquellos armados tampoco contaron con una excesiva disponibilidad de munición.

¹ AGN, SR, HDS, L11, f. 786r.

² *Correo del Orinoco*, núm. 19, 20 de febrero 1819, 76.

³ *Ordenanzas*, II, 84.

Cuadro 2:
Relación entre las armas, las piedras y los cartuchos

Cuerpo	Armas de fuego	Piedras		Cartuchos	
		General	C/U*	General	C/U*
Cazadores	383	728	1,9	8964	23
1° de Línea	386	765	2	9781	25
Caballería	125	180	1,4	3000	24
TOTAL	949	1673	—	21745	—

Fuente: DSC, II, Estado genera que manifiesta la fuerza..., 96.

*C/U: disponibilidad por cada soldado.

Si bien una parte de la tropa contó con armas de fuego, el cuadro 2 indica que sólo pudieron reponer la piedra entre una o dos veces. Su falla reiterativa los dejó sin esta pieza clave que encendía el cebo y la pólvora. Además, contaron con 23 o 25 tiros, lo que redujo la utilidad de las armas de fuego en batallas sostenidas.

Aunque no poseamos datos similares para el avituallamiento o la vestimenta, no es desacertado suponer que la escasez fuera similar. El 3 de julio de 1819, las autoridades militares estipularon que «todos los víveres se respetarán en inteligencia de que es de nuestra obligación procurar vestuario y subsistencia a la tropa. Solo lo que se toma en campo de batalla después de concluida una acción es del soldado. **Todo lo demás es del fondo común del ejército para mantenerlo**»¹.

Aquí aparece un concepto que hemos mencionado pero que aquí podemos definir con certeza. El fondo común del ejército es la totalidad de bienes disponibles para la guerra. Los bagajes, uniformes, avituallamientos, armamentos, etc. hicieron parte de dicho fondo. Si tomamos como base los datos del Cuadro 1 podemos evaluar el impacto material de la deserción absoluta en la consolidación institucional. Los desertores cargaron consigo elementos del fondo común. Los datos para medir su magnitud no son directos, por lo que nos toca construir una aproximación a través del estudio del batallón 1° de Húsares, entre 1820 y 1823.

En 1820, un labrador trigueño de Bosa —Cipriano Vergura Silva— parece que se enroló de forma voluntaria. A pesar de ello, por razones desconocidas, desertó tres veces. En junio de 1822 desertó, en julio regresó, en diciembre desertó y enero de 1823 se presentó para desertar una vez más en agosto. En la última abandonó el ejército con su uniforme². Aunque no podamos comprobar si en las primeras deserciones también cargó objetos del fondo común, en la última sabemos que se llevó el vestuario.

Guillermo Cantón Piñalosa, otro labrador de Bosa, incurrió también en repetidas deserciones a pesar de que se dice que se presentó como voluntario. Enrolado en julio de 1821, en agosto desertó, volvió en noviembre y diez días después se fue una vez más. Regresó al servicio en marzo del siguiente año y desertó nuevamente en agosto con el uniforme puesto³. En ambos casos, la última deserción fue absoluta y redujo el fondo común del ejército en dos uniformes.

Al contemplar los pocos datos de este batallón de Húsares, encontramos que en los años señalados se perdieron más de 20 prendas de vestuario y uniforme⁴. Esto, como dato absoluto, es poco. Pero debemos

¹ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 61. (La negrilla es nuestra)

² AGN, AA-II, SGM, Caja1, Carpeta 3, f. 43r-v.

³ AGN, AA-II, SGM, Caja1, Carpeta 3, f. 47r-v.

⁴ AGN, AA-II, SGM, Caja1, Carpeta 3, ff. 22-55.

considerar la precaria situación material del ejército y que las pocas fuentes sólo nos muestran una tendencia general. Además, en medio de la reincidencia en el crimen de la desertión, no sabemos si cada vez cargaron bagajes, avituallamiento o vestuarios en las sucesivas deserciones relativas.

Manuel Baracaldo Galeano era un talabartero moreno de Zipaquirá que al irse no sólo se llevó ropa, sino que en su huida también cargó otros elementos de guerra. A pesar de presentarse de forma voluntaria, en 1822 desertó de la guardia de palacio llevándose el sable y el uniforme, fue aprehendido agosto y desertó una vez más en abril junto con sus prendas de vestuario¹. Antonio Dueñas, un desertor anterior, en una de sus tres deserciones se llevó la bayoneta² y Félix Rangel Suárez, un labrador de Casanare, en su segunda desertión se llevó el sable y el uniforme³. El fondo común del ejército, en proceso permanente de construcción y deconstrucción, tuvo que enfrentar la práctica de la desertión para mantener algún nivel de estabilidad material.

Para 1819 los datos señalan que de 254 bajas, 2 fueron individuos ejecutados, 8 muertos en el hospital y el resto desertores⁴. Cuántos de ellos cargaron consigo bagajes, alimentos o armamentos es una incógnita. Pero el entonces vicepresidente Santander decidió expedir un reglamento para conservar los ejércitos⁵. El apoyo a estos “criminales” sería castigado y las autoridades locales debían, después de 24 horas, ser notificadas sobre las características del individuo en cuestión y recibir informes sobre el armamento y el vestuario que pudo cargar.

En caso de que llevase parte del fondo común, el reglamento estableció que el pueblo del cual era oriundo debía pagar 16 pesos por el vestuario y 20 por el armamento. En caso de que lo hubiese vendido, se debía localizar al comprador, castigarlo y «de sus bienes se deducirá la cantidad de 30 pesos por el armamento, y 20 por el vestuario»⁶. Esta regulación legal expresa una necesidad patente del ejército por prevenir que su fondo común se desmorone y malgaste. Recuperar el valor de las dotaciones entregadas fue una prioridad de esta reglamentación, pero Santander va más allá y nos deja conocer otro elemento de la relación entre desertión y materialidad.

En caso de que este desertor no sea localizado en el plazo de dos días, las autoridades competentes estaban obligadas a reemplazar cada desertor con

dos hombres por cada uno de los desertores, y éstos serán dos hermanos o parientes más cercanos, siendo útiles para el servicio, y no siéndolo o no habiéndolos, se enviarán dos mozos del mismo pueblo (...) y los padres del desertor contribuirán con media paga a los que hayan reemplazado a éste, hasta tanto que aparezca, o den noticia del lugar donde se halle»⁷.

Al menos en esta estipulación legal, las familias de los desertores respondían con media paga hasta que su pariente volviera al ejército. Ellos fueron obligados a remunerar a los reemplazos y, tal vez, esto forzó el retorno de los casos expuestos del batallón de Húsares. Sin embargo, desconocemos las dinámicas

¹ AGN, AA-II, SGM, Caja1, Carpeta 3, f. 50r-v.

² AGN, SR, AC, L96, f. 567v.

³ AGN, AA-II, SGM, Caja1, Carpeta 3, f. 55r-v

⁴ DSC, II, Estado genera que manifiesta la fuerza..., 96.

⁵ Si bien es posible que alimentara esta ley de su propia experiencia como comandante en los Llanos, también sus regulaciones tomaron ideas de los reglamentos de los ejércitos pacificadores, puesto que en más de un punto coinciden; Pita, *El reclutamiento de negros esclavos...*, 226-230.

⁶ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 87-89.

⁷ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 87-88.

de funcionamiento de estos cobros. Frente a nuestra indagación, resaltamos los mecanismos legales que se emplearon para garantizar la estabilidad de efectivos y la preservación del fondo común.

Cada desertor debió ser cubierto por dos nuevos reclutas, los cuales en preferencia pertenecieron a la familia o al pueblo del que procedía. Este mecanismo evidencia cómo el fondo común no era el único afectado por este comportamiento, sino que la reducción de efectivos también tuvo que ser regulada. No sólo se perdió un uniforme, una bayoneta o un sable, el individuo que se iba —en el que se invirtió el tiempo y los recursos de formación— era otro “activo” que la institución tuvo la obligación de reponer, perseguir y, en caso de que se obtuviera un reemplazo, volver a entrenar.

Con estas consideraciones en mente, la movilidad humana de la deserción afectó la realidad institucional y material del ejército. A pesar de la escasez de datos para 1819, en testimonios cercanos localizamos explicaciones que ayudan a completar el problema. Al irse, el desertor privó al ejército de un combatiente y desestabilizó el fondo común en medio de una carencia generalizada. Tan dramática fue esta práctica que las autoridades expidieron leyes y decretos en su intento regulador. La misma tensión que hemos analizado se ve aquí con claridad. Por un lado, los altos oficiales y autoridades políticas intentan controlar, regular, frenar y estabilizar la situación institucional; por el otro, la agencia humana y la movilidad establecieron una dinámica compleja de desintegración. El aporte en los procesos de consolidación, en este caso, se presentó de forma negativa. Por contradicción, la agencia popular obligó a este ejército en formación a sistematizar sus prácticas de persecución, castigo y contención.

1.2. Presidio y reincorporación

Los ejércitos de la Independencia no contaron con organigramas homogéneos, cerrados y rígidos. La movilidad fue permanente y variopinta. El movimiento de las personas, los esfuerzos de las autoridades, la fragilidad organizativa y la contingencia material atravesaron la vida institucional. Ya exploramos una dinámica de desintegración. Ahora nos concentraremos en su antónimo: la reincorporación. En los procesos de formación institucional las personas no sólo huyeron, también retornaron después de azarosas condiciones de desplazamiento y prisión. El regreso no fue una obligatoriedad histórica, fue una elección dentro de un campo de posibilidades abierto.

El escenario de 1819 ofrece un espacio privilegiado de análisis. Los devastadores resultados de la Reconquista fortalecieron una práctica común en la época: los prisioneros eran indultados para engrosar las filas del ejército captor. No siempre sucedió de este modo. Después del combate de Gámeza, el coronel Barreiro escribió que «se cogen muchísimos prisioneros, pero a todos los hago matar al momento para comprometer más el soldado»¹. Se presentó, algunos cayeron presos y fueron condenados a muerte, aunque otros contaron con mejor suerte.

En 1822, José Ramón Calderón estuvo en las prisiones realistas entre marzo y julio. Dos oficiales fueron hechos prisioneros también y ejecutados, mientras que él fue puesto «en un calabozo ó capilla donde había un cadáver de un sargento colombiano que el día anterior habían inmolado (...) el coronel Joaquín Obertos pedía con empeño mi persona para hacerla víctima (...) la noche que me hicieron prisionero uno de los oficiales de las tropas enemigas [ilegible] me martilló en dos ocasiones un trabuco que afortunadamente no dio candela». Dos meses se mantuvo cautivo, hasta que «fue destinado a las armas de último soldado, me pusieron un cabo y dos soldados para que me custodiasen y anduviesen pie con pie a mí (sic.)»². A la postre, Calderón terminó engrosando las filas del ejército captor.

Esta práctica era realizada por ambos bandos en contienda. En un informe presentado al comandante Barreiro se reportó el testimonio de Pedro Vázquez, un ibaguereño iletrado. En el informe dijo que «le cogieron prisionero los enemigos el día 17 de febrero del presente año [1819] en las mangas *Marrazeñas*, del otro lado de Arauca, yendo a buscar leñas con otros compañeros para asar la carne (...) le tuvieron más de un mes amenazándole de quitarle la vida, y por último le destinaron al escuadrón de carabineros»³.

Las referencias a cómo se reclutaba prisioneros inundan la documentación. Una vez el humo se disipó y el triunfo era claro, «para aumentar el ejército de pronto, [Bolívar] incorporó a él los soldados americanos prisioneros en Boyacá, porque se podía tener confianza en ellos al entrar en las filas independientes, se incorporó igualmente a los españoles»⁴. A finales de agosto, estos prisioneros de guerra «han representado algunos á Su Excelencia [Bolívar] solicitando servicio en el Ejército de la República, y alegando mérito por haber favorecido á varios desgraciados Patriotas, que pudieron haber perecido sin su favor (...) [Bolívar] les ha concedido servicio en sus mismas clases como agregados á los cuerpos del ejército»⁵.

¹ LBB, Doc. 33, Barreiro a Sámano, 12 de julio 1819, 74.

² AGN, SR, HDS, L9, f. 740r-v.

³ Montaña, *Santander y los ejércitos.....*, II, Doc. 403, José Bausá a Barreiro, 26 de junio 1819, 203-204.

⁴ O'Leary, *Memorias del General...*, I, 582.

⁵ *Correo del Orinoco*, núm. 44, 20 de noviembre 1819, 180.

Incluso los prisioneros levantaron representaciones para ser aceptados en el ejército captor. En otras palabras, una de las formas de acrecentar efectivos nació en cada triunfo sobre el enemigo. Es de advertir que se presentaron excepciones, como la de Barreiro con los prisioneros de Gámeza o como sucedió con la llegada de Morillo a la capital¹. Sentenciados a muerte, algunos otros pudieron seducir a sus captores con dinero, lo que condujo a su indulto. Manuel María Obregón fue prisionero en dos ocasiones, primero el 13 de mayo del mismo año [1813] en el Hato de la Candelaria, escapándome de las bóvedas de Puerto Cabello. Y en mi llegada a mi hato de Arauca, Provincia de Casanare, volví á ser prisionero por haber servido de espía contra el enemigo, en donde rescaté mi vida á costa de dinero y pasé á soldado del ejército Español².

Además, varios personajes conocidos se vieron en circunstancias similares, como fueron Antonio Obando, José Hilario López o al mismo José Antonio Páez³. En el caso de no llegar a los patíbulos, ya fuera quebrando su voluntad con el presidio o salvándose con el bolsillo, los prisioneros pasaron a engrosar las filas del enemigo. Frente a esta práctica, personas diversas, cargadas de agencia humana, nos abren un panorama particular de estudio. La reincorporación, una de las alternativas de respuesta al presidio, expresa la relación que los participantes pudieron desarrollar frente al proyecto republicano.

1.2.1. Dinámicas del comportamiento y respuestas al presidio

En la historiografía se ha mencionado muy poco la reincorporación. Más allá de frases sueltas o referencias tangenciales, los estudiosos no han encontrado mayor valor analítico⁴. En todo caso, este comportamiento es pertinente para comprender mejor la participación popular dentro de los ejércitos. Debemos advertir que este comportamiento no puede ser discriminado socialmente. Las evidencias sugieren que las élites y el bajo pueblo hicieron parte de los sujetos que retornaron. A pesar de no ser una dinámica exclusiva de la plebe, en su retorno evidenciamos el compromiso que tuvieron con el proyecto republicano, con el ejército y con sus procesos de consolidación. En esencia, este comportamiento comprende aquellos que se fugaron del ejército captor para reintegrarse al otro bando. Exploremos los casos al respecto.

Juan Bautista Azula, un sargento bogotano de la campaña de 1819, en 1842 reclamó el pago de su sueldo y legitimó su súplica anotando que era «notorio el estado de espantosa miseria al que me hallo reducido por carecer de los precisos recursos para subsistir»⁵. En este reclamo recordó que tuvo «la gloria de servir a la patria desde el año de 1810, sin haber manchado jamás mi conducta, sosteniendo siempre con lealtad la independencia i los principios de Republicanismo i orden legal»⁶. Con el ejército al mando de Nariño, Azula marchó en calidad de cabo 1º a las contiendas del sur y cayó prisionero de la suerte y de los ejércitos realistas. Le sucedió que

después de la derrota sufrida por las tropas republicanas en la Cuchilla del Tambo (jun-1816), fue prisionero por los Españoles i condenado al presidio de Buenaventura, de donde [se] fugó á principios de 1819 i

¹ Frankly Alberto Suárez Tangarife, «Sangre y violencia en el caso de la primera república», en *1816: El terror y la sangre sublime* (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2016), 163-179.

² AGN, SR, HDS, L33, f. 925r.

³ BHA, «Autobiografía de Antonio Obando», núm. 93-95 (abril de 1913): 529-54, 593-613, 657-73; José Hilario López, *Memorias del General José Hilario López antiguo presidente de la Nueva-Granada. Escritas por él mismo*, I (París: Imprenta de D'Aubusson y Kugelman, 1857); José Antonio Páez, *Memorias del general José Antonio Páez. Autobiografía* (Madrid: Editorial América, 1925).

⁴ Ocampo, *El proceso político, militar...*, 55.

⁵ AGN, SR, HDS, L1, f. 615r.

⁶ AGN, SR, HDS, L1, f. 615v.

atravesando gran parte del territorio granadino, pudo incorporarse al ejército libertador que salía de los Llanos de Casanare¹.

Los caminos que se vio a forzado a recorrer, posiblemente a pie y sin mayor avituallamiento, estuvieron plagados de aventuras, precariedades y peligros². Para llegar a su destino, Azula «atravesó la cordillera de Antioquia, el Magdalena i las Provincias del Norte, hasta reunirse en las cercanías de Sogamoso al ejército Libertador»³. A su retorno, este bogotano combatió en la batalla del Puente de Boyacá y militó hasta 1823 en la época de la Independencia. Se enroló desde el 7 de octubre de 1809 y estuvo presente en 10 acciones de guerra⁴. Combatió y cargó en su físico la marca del guerrero: «sufrí varias heridas cuyas cicatrices conservo en mi cuerpo»⁵.

En múltiples momentos, los ejércitos fueron acrecentados por personas como Azula. En octubre de 1819, el soldado Ynecino Salgado pidió que lo excusaran del servicio por hallarse «gravemente enfermo é inutilizado». Para demostrar su patriotismo recordó su decisión de retornar. En sus palabras, Ynecino escribió que

el enemigo por mi patriotismo me condenó a ser soldado y estuve en su servicio 5 meses hasta que afortunadamente tuve ocasión de pasarme al ejército republicano en Chire Provincia de Casanare el 26 de marzo del año pasado de 1817. Desde aquel día me puse bajo las órdenes del señor coronel Juan Galea y desde entonces hasta esta fecha he servido en el Llano y en la reconquista del reino [durante la campaña de 1819]⁶.

Otro caso fue el de Juan Justo. Natural de Chitarra Provincia del Chocó y sargento 1° de la 3° compañía del Batallón de Línea expuso que

desde el año 13 he estado sirviendo hasta el presente [1819], pues, aunque el 14 de mayo de 1816 fui prisionero de los Españoles, y contra mi voluntad les serví 9 meses, tuve la singular satisfacción de pasarme á los ejércitos republicanos en la ciudad de Chire, viendo [el] Cuartel [d]el comandante Donato Pérez; con este motivo he tenido la buena fortuna de haberme hallado en todas las campañas de Casanare, y aún en la memorable de Boyacá⁷.

Como ellos, podemos citar al caleño José Antonio Herrera. En octubre de 1819 suplicó que se le autorizara salir para el sur o se le otorgara su licencia de retiro, primero porque se hallaba «sumamente malo, con fríos y calenturas y con dolores de huesos»⁸; segundo, porque tenía una madre viuda, una hermana soltera y un hermano menor que dependían de él. Sus servicios iniciaron

desde el año diez [que] estoy sirviendo a la República, siendo yo sargento 1° en la guarnición del Puerto de San Buenaventura, en donde fui prisionero del ejército español y solamente le serví a dichos siete meses y después me pasé al mando del teniente coronel Nonato Pérez, en donde he estado sirviendo hasta el presente⁹.

La reincorporación expresa dos elementos interconectados. Primero, estos sujetos fueron usados como reclutas al ser prisioneros de guerra. Segundo, presentan un comportamiento claro y explícito: su presidio no se tradujo en la estadía con el captor. Presentada la oportunidad, se fugaron y recorrieron el territorio

¹ AGN, SR, HDS, L1, f. 619v.

² No conocemos el trayecto de Azula, pero en algunas memorias hay datos al respecto: Espinosa, *Memorias de un abanderado*, 167-171; Vawell, *Memorias de un oficial*, 88-105.

³ AGN, SR, HDS, L1, f. 582r.

⁴ AGN, SR, HDS, L1, f. 619r.

⁵ AGN, SR, HDS, L1, f. 595r.

⁶ AGN, SR, SGM, L1, f. 247r.

⁷ AGN, SR, SGM, L1, f. 206r.

⁸ AGN, SR, SGM, L1, f. 204v.

⁹ AGN, SR, SGM, L1, f. 204r.

buscando al ejército republicano. Esta respuesta no fue la única alternativa, fue una decisión dentro de un campo de elecciones imprevisibles. Frente a la Reconquista existieron otras respuestas.

Manuel Lopera era teniente en los ejércitos republicanos. Frente a las derrotas sucesivas de la Reconquista fue condenado como soldado. Logró librarse de la prisión y escapar. Sirvió en los ejércitos del rey

hasta el año último [1818] que pudo desertarse y venir a la casa de sus padres de donde salió de los montes en donde se ha mantenido oculto mudando habitaciones por el empeño con que se le buscaba para aplicarle la pena de desertor, en cuyo tiempo ha sufrido las miserias que son consiguientes a tal vida¹.

Al fugarse no encontró su camino a los ejércitos y guerrillas que rondaron por la Nueva Granada y Casanare². Cuando fue retomada la ciudad de Bogotá solicitó lo reincorporaran a órdenes del coronel José María Cansino que estuvo encargado por esos años de organizar los territorios del sur³. Una alternativa disponible consistió en refugiarse en los montes mientras la marea se calmaba y los ejércitos realistas eran derrotados. A su vez, con la noticia de la llegada del ejército a la Provincia de Tunja, hubo personas escondidas que buscaron la manera de engrosar las filas durante la campaña. Así fue como «los patriotas fugitivos que se habían ocultado en rincones remotos del país salían ahora a presentarse y ofrecer sus servicios al ejército libertador»⁴. Por razones que las fuentes no nos permiten determinar, hubo otros que retornaron después de la campaña, como el mismo Lopera que esperó hasta la toma de Bogotá para salir de su escondite⁵.

Analizar este elemento ayuda a determinar que la respuesta al presidio y la avanzada pacificadora no siempre se tradujo en el retorno inmediato a la vida militar. La reincorporación al ejército que salía de fue una alternativa dentro de otras disponibles. Las guerrillas también fueron una manera en que los individuos enfrentaron las derrotas derivadas de la Reconquista⁶. Joaquín Galindo era un soldado raso oriundo de Bogotá enrolado en diciembre de 1815 y (sin que sepamos si fue prisionero, disperso o refugiado) terminó como guerrillero bajo las órdenes del comandante Salazar y Miguel Rodríguez. Una vez supo de la entrada del ejército, se reincorporó y combatió en la jornada de Boyacá⁷.

¹ AGN, SR, SGM, L1, f. 209v.

² El ejército estaba concentrado en los Llanos entre 1817 y 1819 y las guerrillas eran varias, «según la relación de diversas personas que habían llegado allí de la Nueva-Granada, todo aquel vasto país está lleno de guerrillas, que aunque mal armadas, hacen mucho daño á los Españoles, y los mantienen en continua alarma»; *Correo del Orinoco*, núm. 23, 20 de marzo 1819, 92. También puede verse: Oswaldo Díaz Díaz, *La reconquista española. Contribución de las guerrillas a las Campaña Libertadora, 1817-1819* (Bogotá: Ediciones Lerner, 1967). También puede verse: Thibaud, *República en armas...*, 264-287.

³ AGN, SR, SGM, L1, f. 209r. Para el servicio de Cansino véase: AGN, SR, HDS, L11, f. 1080r.

⁴ O'Leary, *Memorias del General...*, I, 571.

⁵ Varios fueron las personas con experiencias similares. El guerrillero Pedro Acevedo volvió el 15 de agosto de 1819; AGN, SR, HDS, L1, ff. 995-996, el cartagenero Manuel Silvestre Castaño se reincorporó en 1820; AGN, SR, HDS, L10, f. 441r y Félix Torres estuvo prisionero hasta el 1 de julio de 1821; AGN, SR, HDS, L44, f. 7r.

⁶ El tema de las guerrillas se ha decidido sacar del análisis de la presente investigación, pero encontramos individuos como Joaquín Andrade y Tenorio que hacen explícita la importancia de las guerrillas como alternativa a la Reconquista: «las tropas de los españoles ocuparon desgraciadamente esta provincia [de Cundinamarca]: entonces no pudiendo continuar la emigración a que me vi obligado para salvar la vida, me he mantenido oculto y perseguido, sufriendo todos los contratiempos e inclemencias que son necesarios e indispensables en semejantes circunstancias (...) en el momento que una guerrilla se aproximó al lugar de Chiquinquirá, en donde me hallaba, sin detenerme un instante me incorporé en ella con el objeto de propender al exterminio y aniquilamiento de nuestros implacables y feroces enemigos»; DSC, II, Doc. 456, Memorial de Joaquín Andrade y Tenorio a Santander, fines de agosto o principios de septiembre 1819, 170-171.

⁷ AGN, SR, HDS, L18, f. 211r-v.

Las respuestas posibles a los golpes de la Reconquista fueron demasiadas para enumerar o listar. Para delimitar nuestro estudio, exploremos unas decisiones más de los actores sociales de la época. Desde el 20 de julio de 1810, Manuel Sánchez ingresó con el rango de soldado. Después de la derrota del Cabuyal de Cáqueza, quedó disperso y «estuvo oculto a causa de la ocupación de la capital por los españoles». El 22 de julio en los Corrales de Bonza encontró su camino a las filas del ejército y con rango de sargento 2° retorno para luchar en Vargas y Boyacá¹. Hubo personas que en su refugio fueron delatadas², otros que nunca encontraron como fugarse³, unos que fueron guerrilleros y otros que esperaron a los triunfos de la campaña para reincorporarse, aunque hubo casos famosos de personas que sólo decidieron regresar a casa⁴. En todos estos casos estamos hablando de reincorporación. Con diferentes dinámicas, las derrotas militares se pudieron traducir en la prisión, el refugio o la vida guerrillera y, posteriormente, en la continuidad como combatientes de los ejércitos republicanos.

A todas luces, la reincorporación fue un comportamiento consciente y dirigido. Al ver que existieron otras alternativas agregamos valor histórico e importancia analítica a aquellos que se fugaron, recorrieron extensas geografías y volvieron al ejército a seguir combatiendo. La reincorporación no surgió como accidente, sino que expresa un compromiso de lo popular con la vida militar y abre la exploración de las interpretaciones desde abajo de la causa republicana y liberal (como haremos en el último capítulo).

1.2.2. Flujo informacional en la guerra

El mérito de construcción de los ejércitos no sólo se debió a la genialidad de tal o cual comandante. Al movilizarse, los reincorporados hicieron parte de los procesos de consolidación. Con sus acciones engrosaron las filas de los ejércitos a los cuales retornaron y debilitaron aquel del cual desertaron. En este proceso, modificaron las posibilidades tácticas de la guerra.

Lo primero que aportaron fue información e inteligencia sobre el enemigo⁵. En muchos grandes manuales bélicos se menciona la pertinencia de este aspecto inmaterial de la guerra. Un teórico clásico, Sun Tzu, escribió que el engaño, el disimulo y la sorpresa son elementos centrales en los logros y victorias militares. Según él, «todo el arte de la guerra está basado en el disimulo (...) ofrece un señuelo a tu enemigo para hacerle caer en una trampa; simula desorden y sorpréndelo»⁶. De igual modo, Clausewitz coincidió en que ésta puede paralizar o dinamizar las decisiones de los comandantes, porque la «falta de conocimiento de la situación real del enemigo puede ciertamente dar lugar, tanto a una situación intempestiva, como a una acción extemporánea»⁷.

Los ejércitos de la Independencia no son ajenos a estos “principios generales”; el engaño, el disimulo y la sorpresa hicieron parte de esta guerra. Cuando el ejército cruzó el páramo de Pisba «se enviaron espías en todas direcciones a indagar noticias acerca del enemigo y a difundir otras exagerando el número,

¹ AGN, SR, HDS, L60, f. 495r-v.

² DSC, II, Doc. 392, Solicitud del Sargento Pedro Ramos, 15 y 16 de junio 1819, 98.

³ ADL, Doc. 3791, Cruz López a Bolívar, 31 de agosto 1819.

⁴ Espinosa, *Memorias de un abanderado...*, 201-205.

⁵ Para valorar la información en los procesos bélicos, por ejemplo, durante la Reconquista la información geográfica y cartográfica fue de extrema importancia en el proceso organizativo de los ejércitos. Al respecto véase: María José Afanador-Llach, «Estrategias de guerra, territorio y economía política durante la restauración española en el Nuevo Reino de Granada y Venezuela, 1815-1819», en *1816: El terror y la sangre sublime* (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2016).

⁶ Sun Tzu, *El arte de la guerra* (Barcelona: Ediciones Brontes, 2009), 24-25.

⁷ Karl von Clausewitz, *Arte y ciencia de la guerra* (Ciudad de México: Editorial Grijalbo S.A., 1972), 26.

calidad y disciplina del ejército patriota»¹. Este tipo de acciones de los comandantes tuvo, obviamente, la idea de construir engaño, disimular la situación “real” y sorprender con lo inesperado.

En la última etapa de la campaña, la sorpresa fue determinante en la toma de la ciudad de Tunja. Se engañó al ejército realista y se confundió a sus centinelas:

en la noche del 3 de agosto al oscurecer se nos hizo hacer un falso movimiento retrógrado con tal ardid, que al mismo tiempo, que el enemigo juzgara, que nos movíamos sin ser observados, nos observase, y se persuadiera que marchábamos a nuestras posiciones de Bonza: volvimos a poco rato sobre nuestros pasos, y favorecidos con la noche, nos dirigimos a marchas forzadas a la ciudad de Tunja por el camino de Toca, dejando a nuestra espalda todo el ejército enemigo².

Las decisiones sobre la información correspondieron a los altos comandantes y cuando se filtraba generó conflictos y castigos. En enero de 1819, el entonces general de brigada enfureció porque «el capitán Acero me ha entregado un pliego abierto (...) Acero queda preso por haber regado la noticia de que venían 5.500 godos». A lo cual se agregó una máxima coherente con esta institución jerárquica: «todo esto sólo el jefe lo calcula, y sólo él debe saber lo que pasa. A ustedes no les toca sino obedecer»³.

O’Leary estaba al tanto de esta situación, porque «el verdadero objeto de la marcha sólo era sabido por los jefes»⁴. De hecho, cuando se hicieron públicas las noticias de las marchas o de las tropas enemigas, la animadversión pudo invadir el estado anímico general. El comandante Bermúdez manifestó su preocupación por que sus tropas supieron que la «intención del Gobierno es extraerlas sin ocupar antes la capital, [y] una desconfianza absoluta se ha apoderado de ellas». Por lo que, continua Bermúdez, «somos el objeto de [su] desconfianza»⁵.

Las decisiones y el conocimiento de la información estuvieron asociado a los comandantes. Su difusión generó malestares y desconfianzas. Lo interesante, no obstante, es que su construcción no fue ni mérito ni tarea exclusiva de los altos rangos. Los reincorporados jugaron un rol determinante en la construcción de este aspecto inmaterial de la guerra. Su llegada pudo fortalecer los informes de inteligencia sobre los que se trazaban los planes y estratagemas. Si bien existieron otros involucrados en los destacamentos de inteligencia, aquí sólo profundizaremos en los reincorporados⁶.

¹ O’Leary, *Memorias del General...*, I, 569.

² Francisco de Paula Santander, *El General Simón Bolívar en la Campaña de la Nueva Granada de 1819. Relación escrita por un Granadino, que en calidad de aventurero y unido al Estado Mayor del Ejército Libertador, tubo el honor de presenciarla hasta su conclusión* (Santafé: Imprenta del C. B. E. por el C. Nicomedes Lora, 1820), 10.

³ SYE, II, Doc. 210, Santander al comandante del Palmar, 19 de enero 1819, 1.

⁴ O’Leary, *Memorias del General...*, I, 551.

⁵ DDG, XVI, Doc. 603, José Francisco Bermúdez a Bolívar, 20 de marzo 1819, 280-282.

⁶ Los pobladores de pueblos cercanos a los teatros de operaciones y los espías participaron también de los destacamentos de inteligencia durante la guerra de Independencia. En su mayoría conservados como anónimos, sobre los primeros conocemos muy poco. Mientras el ejército fortaleció su ocupación de la Provincia de Tunja, algunos vecinos de Cerinza fueron enviados como espías y vigilantes de los movimientos enemigos; DSC, II, Doc. 409, Santander a Bolívar, 10 de julio 1819, 123. Sobre los espías del ejército conocemos un poco más. Una de las personas que desempeñó esta tarea fue el entonces capitán Ramón Zapata, quien desde mayo atravesó los caminos hacia la Nueva Granada desde Casanare. El 17 de dicho mes fue remitido a Sogamoso para llevar papeles públicos y proclamas, como también a evaluar el estado del enemigo para planear los movimientos táctico-militares; DDG, XVI, Doc. 686, Diario del ejército de operaciones de Casanare, abril 1819, 380. Otro espía de la campaña de 1819 fue Calazancio Gómez. Mientras estuvo en Casanare se dedicó al espionaje «haciendo entre otros servicios el de salir varias veces al Reino [de la Nueva Granada] á inquirir noticias del estado de las fuerzas españolas» y mientras estuvo allí su tarea era «observar las operaciones y movimientos del enemigo llevando noticias al ejército»; AGN, SR, HDS, L18, f. 769r y 771v, respectivamente.

El informe más cercano y fiable provino de aquellos que estuvieron sirviendo en las filas enemigas. José María Gaitán cayó prisionero desde la derrota de La Plata (jul.-1816) y fue condenado como soldado en la Tercera División de Barreiro¹. A finales de julio de 1819 retornó al ejército republicano para combatir en Vargas y Boyacá. Según informes del mismo Santander, al llegar al cuartel de Bonza contaba con «noticias importantes sobre la situación, fuerza i recursos del ejército enemigo»².

Aunque desconozcamos el impacto de estas noticias en los planes del Estado Mayor, en más de una circunstancia hubo reincorporados que habían estado directamente en el servicio del enemigo. Concluida la cruenta batalla del Pantano de Vargas, Juan de Dios García de disperso pasó a soldados de los republicanos³. Prisionero desde Cachirí, el 5 de agosto el cabo Clemente Palmera encontró su camino a las tropas de la República. Por su parte, José María Cancino sirvió en el ejército enemigo desde la derrota de La Plata. Para 1819 era músico de vientos del batallón 2º de Numancia, «hasta que se pasó en Paipa al ejército libertador el año de [18]19»⁴. Es probable que al arribar contara con información sobre las situaciones del ejército captor. Aparte del caso de Gaitán, no se encontraron referencias explícitas que relacionen la reincorporación con la información. No obstante, al encontrarse en el servicio inmediato del enemigo pudieron conocer la cuantía aproximada de sus tropas, los lugares donde estaban acampando, su disponibilidad de bagajes y de avituallamiento, entre otro conjunto variado de informes.

Aunque para la campaña no haya más evidencias concretas, en otros momentos de la guerra sucedió que el retorno se tradujo en informes sobre el enemigo. En marzo de 1819, Bolívar informó que «se me ha presentado un sargento español que desertó de la división enemiga que existe en San Fernando, y me ha dado mil detalles sobre sus fuerzas e intentos»⁵. Un rango bajo como un sargento pudo estar en capacidad de proveer información a este famoso comandante. Aunque, debemos decir, no siempre la información fue satisfactoria. Eso indicó Santander cuando informó que no «ha sido posible averiguar el estado del interior del Reino, ni aun por algunos soldados que se han pasado [del enemigo]»⁶. Esto matiza nuestras afirmaciones e indica una relación contingente entre reincorporación e información. Pero no cabe duda de que la relación estuvo presente e hizo parte de la consolidación histórica del ejército, sus planes y movimientos estratégicos.

De nuestra muestra de individuos son decenas los que en diferentes puntos de la guerra desertaron y retornaron a las tropas republicanas. Como muestra el último testimonio de Santander, no en todos los casos regresaron con noticias precisas y útiles. Hasta dónde personas como el soldado Joaquín Reascos⁷, el cabo José Montesuma⁸ o el subteniente Rafael Villalobos⁹, entre varios más, participaron de este

¹ AGN, SR, HDS, L22, f. 63r.

² AGN, SR, HDS, L22, f. 66r.

³ AGN, SR, HDS, L9, f. 20v.

⁴ AGN, SR, HDS, L7, f. 526r. Con este personaje hay que tener cuidado porque en la campaña se localizó a otro individuo del mismo nombre, pero uno es músico y el otro es un alto comandante. Para diferenciarlos, el nombre del segundo se escribe con s: Cansino.

⁵ ADL, Doc. 3658, Bolívar a Zea, 21 de marzo 1819. Además, fue un soldado el que le informó de la expedición de Barreiro en lo Llanos; SYE, II, Doc. 357, Bolívar a Zea, 8 de marzo 1819, 118.

⁶ DSC, I, Doc. 121, Santander a Bolívar, 8 de enero 1819, 244.

⁷ Preso en la Cuchilla de Tambo (jun.-1816) fue puesto a servir en el Batallón Tambo y se reincorporó en Mira Flores en diciembre de 1818; AGN, SR, HDS, L40, f. 459r-v.

⁸ Preso desde 1814 y reincorporado en Casanare en 1819; AGN, SR, HDS, L56, f. 948r-v.

⁹ Preso en fecha desconocida y reincorporado en enero de 1818; BLAA, ACM, Db0289, f. 2.

proceso de la información es difícil de determinar. Las fuentes consultadas sólo nos ayudan a incluir este aspecto inmaterial como consecuencia del acto consciente del retorno.

1.2.3. Fondo común, materialidad y experiencia

Además de la información que estos reincorporados pudieron llevar consigo, su llegada con objetos contribuyó al fortalecimiento y robustecimiento de disponibilidad de efectivos, armamento, municiones y demás. José Ignacio Otero era un subteniente de infantería que «a principios del año de 1817 lo mandaron estos [los realistas] con una partida a la cordillera de Casanare, y del pueblo de Miraflores se desertó con 11 soldados armados con sus fusiles y municiones y en el pueblo de Chámesa se presentaron al Comandante Acero que residía en Sapatoza». De él no conocemos mucho más, sólo que dijo ser muy pobre y sostener a su esposa con “honrrosidad” (sic.). Se retiró del ejército en 1821 con un único rango: subteniente¹. Además, combatió en Casanare durante 1817-1819 y marchó sobre la Nueva Granada en junio.

De los once individuos que se incorporaron con él no poseemos información, por lo que es imposible conocer si ellos también terminaron en las batallas de Paya, Gámeza, Vargas o Boyacá. Lo importante, por ahora, es considerar que el reintegro pudo ser colectivo y representar un aumento de los bagajes de guerra. Medir la magnitud de su impacto es complejo. Once fusiles, una cuantía indeterminada de munición y 12 nuevos soldados no es, como dato absoluto, un aumento considerable. Pero si la carencia era frecuente, no puede despreciarse lo que significó la llegada de efectivos frescos y armamento adicional.

Buenaventura Millán era un bogotano y abanderado que se reincorporó con compañeros y pertrechos. Después de ser prisionero en 1816 y servir como soldado, a principios de 1817 fue enviado a los Llanos y «a los 3 días de llegado me pasé á los Patriotas llevándome consigo (sic.) el Santo de aquella noche y 4 soldados perfectamente armados, presentándome en la ciudad de Pore»². No sabemos con toda certeza qué significó robarse el “Santo de aquella noche”³, pero como Otero, Millán encontró su camino a los ejércitos republicanos junto a otros individuos que cargaron un armamento completo y “perfecto”.

Junto a estos casos, el capitán Joaquín Vargas Tejada fue un tunjano que cayó prisionero por ayudar a sostener la retirada en el Cabuyal de Cáqueza. «Fue sentenciado, después de haber sufrido una rigurosa prisión, á servir de soldado raso, hasta que en marzo de 1817 **se pasó con otros compañeros** á las tropas de la República»⁴. La información es fragmentaria, pero la reincorporación fue una de las fuentes de efectivos y otros elementos de guerra. José María Gaitán, que mencionábamos antes, llegó a los Corrales de Bonza con un compañero⁵ y «llevando un caballo de Barreiro»⁶. Junto a Gaitán, también podemos mencionar a Juan Gualberto Gutiérrez, quien como médico del ejército se reincorporó en la última etapa de la campaña:

¹ BLAA, ACM, Db1860, f. 5r-v.

² BLAA, ACM, Db0131, f. 3. También puede verse: AGN, SR, HDS, L29, f. 607r-v.

³ Por las evidencias localizadas, parece que este Santo no hace referencia al mundo religioso, sino al militar. En las Ordenanzas se prescribió que el Santo era un código secreto para poder movilizarse sin ser atacado. Con extremo cuidado, incluso de susurro en susurro, debió pasarse para que no se filtrara y se arriesgara la seguridad del campamento; *Ordenanzas*, III, 53-54. Si estamos en lo cierto, este es otro aspecto de la información que circuló con este comportamiento de la reincorporación.

⁴ AGN, SR, HDS, L47, f. 234v. (La negrilla es nuestra).

⁵ AGN, SR, HDS, L22, f. 67v.

⁶ AGN, SR, HDS, L22, f. 63r. Según la certificación de Santander, se trataba de varios caballos: AGN, SR, HDS, L22, f. 66r.

Pasada la batalla de Pantano de Vargas, presentose (sic.) al doctor Gutiérrez una oportunidad propicia y así fue como el 5 de agosto de 1819 pudo presentarse en Tunja al Libertador y hacerle **entrega de las drogas y de todos los elementos de que se disponía en los hospitales de la ciudad**¹.

Además de pertrechos y combatientes, el retorno pudo fortalecer el fondo común del ejército con caballos o elementos médicos. Lamentablemente, no poseemos testimonios de rangos bajos y lo expuesto corresponde a oficiales y a un cura. Qué cargaron los soldados, cabos, músicos y sargentos es una incógnita en la documentación disponible. Quizás también llegaron con armas, compañeros o diferentes recursos. Aun así, ellos mismos representaron un recurso invaluable para el ejército y su consolidación: eran personas entrenadas y aclimatadas a esta guerra sangrienta.

Al recibir reincorporados, la institución no debió emplear meses en el entrenamiento y la enseñanza. Después de haber prestado servicio en ambos bandos, los combatientes seguramente manejaban los quehaceres, reglamentos y demás elementos de la formación. Una pista al respecto se ubica en la reasignación de los rangos. Con pocas excepciones, al reincorporado se le otorgó el rango que tuvo antes del presidio. En mayo de 1819, Juan Nepomuceno Hidalgo se fugó del enemigo y al regresar obtuvo su posición previa: sargento 1^o². De la misma forma,

Eugenio Linares, que era subteniente de infantería y fue hecho prisionero en la acción del Rincón de los Toros, se restituye a la misma clase agregado al batallón de Línea en consideración a que ahora se ha pasado del enemigo. José Baamonde, que era sargento 2^o de infantería en la plaza de Cartagena y allí fue hecho prisionero, el señor general [Santander] ha dispuesto, como con el antecedente, que quede en su misma clase de sargento 2^o destinado al batallón de Línea³.

El retorno también pudo traducirse en ascenso. Al soldado Juan Adrián Morales por pasarse del enemigo los destinaron como sargento 1^o al batallón de Cazadores en abril de 1819⁴. En el ascenso o devolución del rango, las autoridades militares estaban reconociendo la experiencia militar acumulada en los primeros años de la guerra. La institución no sólo se ahorró el proceso de enseñanza, también llenó vacantes que le permitieron fortalecer y consolidar su organigrama.

El estudio de los músicos militares es muy diciente sobre el valor de la experiencia acumulada. Incluso en los cambios de bando no abandonaban su función instrumental. Félix Berroterán se enroló en abril de 1810 en Caracas y en la batalla de Urica (dic.-1814) «cayó prisionero hasta el año de 1816 en que volvió a incorporarse a sus banderas». Al momento de su prisión era tamborilero y Berroterán continuó en esta función hasta su retorno. Recibió un ascenso a sargento 1^o tambor mayor en abril de 1817 y sirvió en esta calidad hasta 1821⁵. José María Cancino es todavía más ilustrativo al respecto. Enrolado como músico de vientos en enero de 1811 marchó al sur en las campañas al mando de Nariño y cayó prisionero en la Plata. Fue sentenciado en el 2^o de Numancia a servir como músico y al reincorporarse sirvió en esta función hasta 1827, momento en que fue ascendido a sargento 1^o de tropa⁶.

Francisco Castañeda, por su parte, inició como pito en septiembre de 1814 y después del Cabuyal de Cáqueza sirvió en el ejército realista hasta 1818. En San Fernando de Apuré fue rescatado y continuó

¹ BHA, núm. 473-474, mar-abr-1954, «El médico del Ejército Libertador», 414. (La negrilla es nuestra).

² Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 49-50.

³ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 48.

⁴ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 44.

⁵ AGN, SR, HDS, L7, f. 228r-v.

⁶ AGN, SR, HDS, L7, f. 526r-v.

como músico hasta 1822¹. Por último, Gavino Gutiérrez fue enrolado como viento (pito o pífano, dependiendo de la fuente) en febrero de 1814. En Cachirí fue hecho prisionero y después de la batalla de Fundación de Upía (feb.-1818) retornó a las tropas republicanas. Como a los demás, a Gutiérrez le tomó varios años salir de la función musical, fue hasta 1826 que recibió su ascenso a cabo 1^o².

Explorar los quehaceres y funciones de los músicos nos ayuda a evaluar por qué conservaron su puesto en el tránsito de los ejércitos y la pertinencia de su experiencia acumulada en el retorno. No poseemos información para conocer la complejidad de los ejercicios musicales a nivel técnico. Distintos indicios sugieren que su función consistió en cifrar a través de códigos sonoros las órdenes de los comandantes. Las fuentes señalan que «el toque de marcha indicará el momento de ejecutarse este movimiento»³ y también que «desde el toque de retreta hasta el toque de diana se pase la palabra con exactitud por todos los centinelas interiores»⁴. En momentos de celebración contagiaron con sus notas y ritmos. En el nombramiento de Bolívar como presidente, «los tambores y clarines tocaron diana en señal de alegría, que cabía a todos por tan solemne función»⁵.

El papel de los tambores pudo ser animar a las tropas en combate. Durante la batalla de Calabozo (feb.-1818), Vawell se lamentó de la falta de instrumentos «para animar a nuestros hombres». Sólo contaban con un clarinete que estaba recién capturado y que al serlo conservó su función de viento⁶. A su vez, los tambores marcaron los ritmos de marcha, que posiblemente eran «de sesenta pasos por minuto en la marcha regular, y ciento veinte en la redoblada»⁷. Entre otras actividades, los músicos estructuraron la vida diaria. Indicaron las órdenes, los horarios y los ritmos o momentos para realizar una actividad específica. El inicio del día, por ejemplo, dependió de que los músicos realizaran sus toques y sonidos «a las 4 de la mañana se tocará diana, a las 4:30 asamblea, y tropa a las 5, a cuya hora se marchará»⁸.

El toque de asamblea sirvió para formar al ejército e hizo parte de dieciséis toques de la infantería, los cuales fueron originalmente prescritos y ordenados por las leyes reales de 1768. Para la caballería se crearon siete toques particulares que debieron indicar las formaciones y que en pocos puntos variaron frente a los de la infantería. En la vida diaria, los músicos indicaron cuándo levantarse, en qué momento formarse o dormir e incluso cuando era hora de asistir a misa o realizar el castigo de apaleamiento colectivo. En batalla, el toque de calacuerda indicó cuando marchar con bayoneta o el de degüello el inicio del ataque de la caballería⁹.

Manejar esta diversidad de códigos sonoros implicó un conocimiento del instrumento, del código mismo y de los ritmos diarios del vivir militar. Aunque sea una incógnita la complejidad técnica de cada

¹ AGN, SR, HDS, L9, f. 404r-v. Algunos registros contradicen estas aseveraciones, ya que muestran que Castañeda inició como soldado; AGN, SR, HDS, L9, f. 341r; pero la mayoría de sus registros sugieren que era músico de vientos. Incluso hasta 1830 estuvo en Bogotá desempeñándose como «Tambor Mayor en el Cuadro veterano de milicias»; AGN, SR, HDS, L9, f. 381v.

² Para el tema de su reincorporación puede verse: BLAA, ACM, Db0431, f. 3; para el tema de sus servicios puede revisarse: AGN, SR, HDS, L21, ff. 130r-v, 135r-v y 155r-v.

³ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 80.

⁴ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 77. En las Ordenanzas se indicó que la “retreta” en campamento indicaba la hora de retirarse a las tiendas, mientras que en batalla era el toque de retirada. Por su parte, el toque de “diana” señalaba la hora de levantarse; *Ordenanzas*, II, 3 y 5.

⁵ DSC, I, Doc. 360, Acta de la ceremonia..., 18 de mayo 1819, 424.

⁶ Vawell, *Memorias de un oficial...*, 85.

⁷ *Ordenanzas*, I, 258.

⁸ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 57.

⁹ *Ordenanzas*, II, 1-5 y 153-155; respectivamente.

toque, que por lo demás eran generalmente realizados por jóvenes de entre 8 y 12 años, los músicos recibieron atenciones especiales. El mismo José Tomás Boves «perdonaba la vida á los prisioneros pífanos, tambores y cirujanos para servirse de ellos. [Y] la misma conducta siguieron los dependientes de Morillo en Venezuela»¹. Nótese que al ser prisioneros los músicos recibieron el mismo tratamiento que los cirujanos, lo que expresa su valoración social en los ejércitos de la época. Además, el otro indicio son sus ascensos. En los casos expuestos duran ejerciendo como instrumentistas más de una década.

La función de los músicos era valorada en este conflicto bélico. Lo demorado de los ascensos, su pertinencia en la vida militar, y el hecho de ser indultados nos habla al respecto. Al volver al estudio de la reincorporación de combatientes suponemos que su reintegro significó la adquisición de un invaluable elemento de guerra: ya conocían los giros, marchas, disciplina y demás elementos necesarios de un ejército decimonónico. En una carta con aires de consejo, Bolívar le indicó a Bermúdez que en la formación para la batalla la línea de vanguardia debía estar compuesta por «hombres selectos», dado que «las tres primeras filas deciden regularmente la suerte de la columna y aún de la victoria. El resto de la columna sigue el impulso de su cabeza»². Por tanto, los reincorporados pudieron ser aquellos que como cabezas ganaron impulso en las lides.

En el intento de evaluar qué tanto los reincorporados eran “hombres selectos”, en el Gráfico 1 apreciamos la participación de 36 individuos en espacios de guerra previos a la campaña de 1819³. Todos ellos retornaron a las filas republicanas, y de varios ya hemos hablado. Además, el Gráfico 1 permite empezar la exposición sobre la trayectoria de algunos reincorporados y su experiencia acumulada. El bogotano José María Litz inició el 20 de julio de 1810, y estuvo involucrado en los combates entre ciudades del interregno, en las marchas hacia el sur al mando de Antonio Nariño y en las campañas del centro junto a Manuel Serviez. En la última cayó prisionero y unos años después se reincorporó en los Llanos, combatió en algunas batallas de esta región y también en Vargas y Boyacá⁴.

La experiencia acumulada de los reincorporados nos da pistas sobre su valor para los ejércitos. En el Gráfico hubo varios más con trayectorias similares a las de Litz. Nacido en Turmero, el cabo Montesuma inició sus servicios en abril de 1813 y estuvo en algunas batallas de la Provincia de Venezuela. Cayó prisionero en 1814, retornó a los Llanos en 1819 y marchó sobre la Nueva Granada para batirse en Gámeza, Vargas y Boyacá⁵. Ramón Jaime nació en Pamplona y en febrero de 1813 comenzó su enrolamiento. Estuvo en algunos combates del interregno, marchó a la campaña de Cúcuta y fue prisionero en Cumaná en agosto de 1814. Con el rango de soldado se fugó del presidio y contó con 6 años de experiencia militar cuando estuvo en la batalla de Boyacá⁶.

¹ *Correo del Orinoco*, núm. 42, 30 de octubre 1819, 169. (Nota 1)

² ADL, Doc. 3737, Bolívar a Bermúdez, 3 de junio 1819.

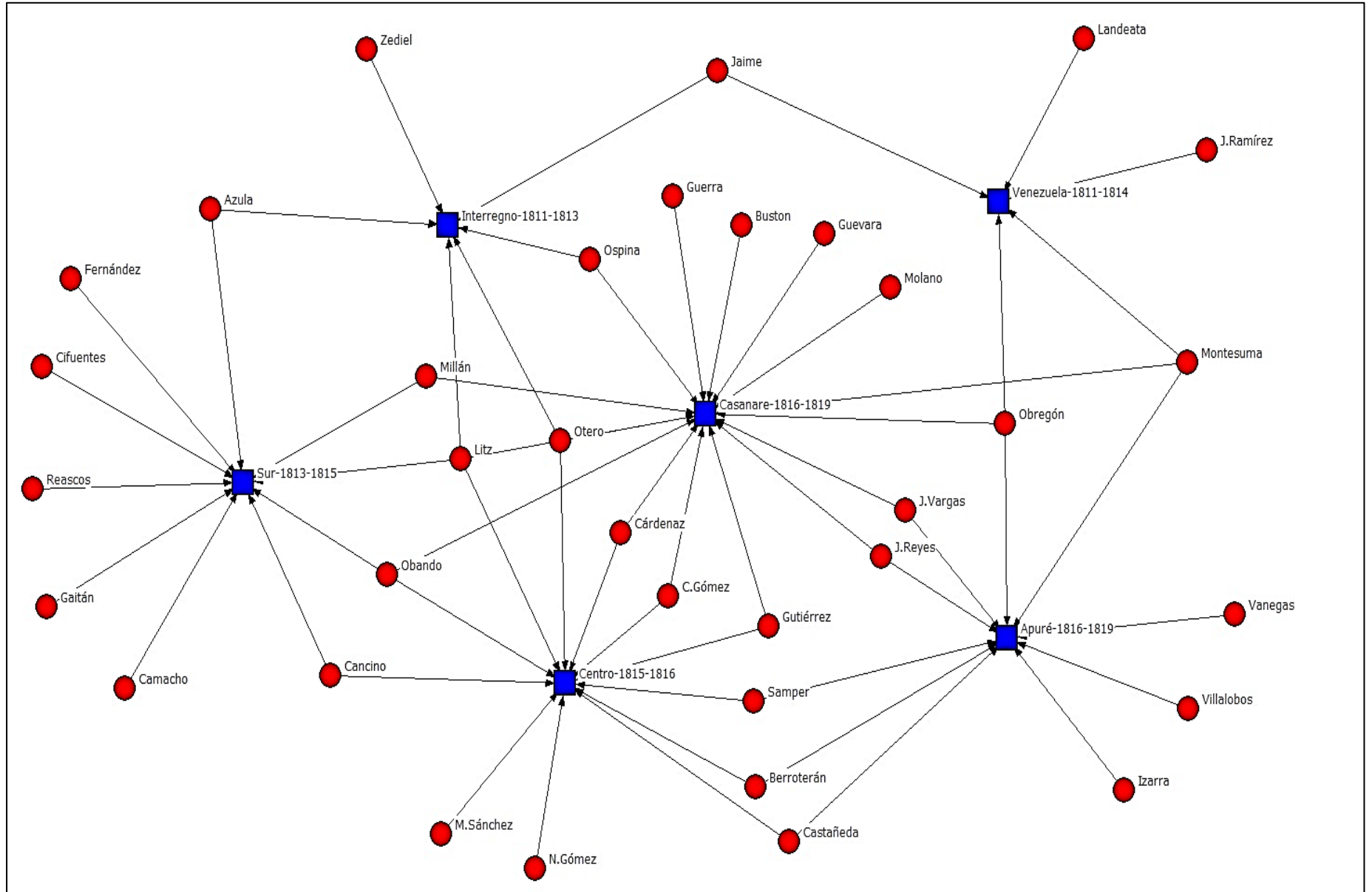
³ Se ha decidido, por claridad y visibilidad, reducir los títulos de los nodos de personas a su apellido, junto a la inicial cuando es necesario por repetición. Además, los nodos azules de etapas no corresponden, en todos los casos, a una campaña particular, sino que se ha decidido agruparlas por geografías y períodos.

⁴ AGN, SR, HDS, L25, f. 256r-v.

⁵ AGN, SR, HDS, L56, f. 948r-v.

⁶ AGN, SR, HDS, L24, f. 68r-v.

Gráfico 1:
La participación de reincorporados en etapas de la guerra antes de 1819



Fuente: Expedientes de la investigación (Anexo). Graficado con Netdrawer .

Además de la experiencia militar, la reincorporación pudo pasar por la adquisición de saberes sobre medicina. Ya mencionamos el caso de Juan Gualberto Gutiérrez, quien se reincorporó en los últimos días de la campaña. Como él hubo otros. Joaquín Guarín era un cura franciscano que abandonó el curato para enrolarse en una partida guerrillera. Fue prisionero en 1816 y retornó al ejército en febrero de 1819. Entre otras funciones, su labor consistió en asistir «a los soldados enfermos en el hospital»¹. Como los curas anteriores, el capellán Cayetano Reyes cayó preso en 1816 y retornó con sus saberes en la acción de Setenta (jul-1817).

Como se ha mostrado, estos individuos reincorporados aportaron insospechados elementos a la configuración de los ejércitos de la época. Con sus acciones pudieron haber modificado el flujo informacional de la guerra al contar con informes sobre la situación del enemigo. A su vez, modificaron la situación material al retornar con compañeros, bagajes, pertrechos o medicinas. Sobre todo, su movilidad le otorgó al ejército combatientes experimentados, ya fuera que empuñaran un instrumento, un arma o una venda, su llegada significó el fortalecimiento de esta institución en formación.

¹ AGN, SR, HDS, L22, f. 692r.

2. El encuentro con las lógicas institucionales

El antecedente colonial, sociedad en la que la mayoría de los participantes se formó y creció, estuvo presente en las dinámicas de relación de los grupos sociales con el ejército. Por poner un ejemplo, Liévano Aguirre dijo que a Bolívar le costó abandonar su pasado de mantuano y terrateniente¹. Lo mencionamos no porque su vida pueda ser ilustrativa del resto de participantes (como se encuentra reiteradas veces en la historiografía), sino porque el estudio esquilmo de su vida facilita estas afirmaciones. Pero cómo influyó el antecedente colonial del bajo pueblo es dudoso; más dudoso cuando pensamos que no hay relación mecánica entre conciencia y lugar en la producción. La experiencia, las relaciones recíprocas y una mirada de factores intervienen en la consolidación de la cultura y la tradición². Lo cierto, no obstante, es que existió continuidad de algunos elementos de la sociedad colonial en la formación de aquellos ejércitos.

Aunque no podamos establecer, como con Bolívar, que estos o aquellos mantuvieron una determinada tradición, debemos tener en cuenta que la llegada de los sectores populares al ejército se vio atravesada por el pasado colonial. Miradas exhaustivas del ejército preindependentista se encuentran en diferentes trabajos historiográficos³, por lo que aquí nos limitaremos a explorar uno de los aspectos relacionados con la división entre sectores sociales de la colonia: el trabajo manual. En lo sucesivo indagaremos qué sucedió cuando la relación entre individuo-institución fue establecida. ¿Con qué se encontraron los sectores populares al verse jalonados por la vorágine de la guerra? Si no fueron víctimas pasivas del ejército, ¿cómo su pasado de trabajadores manuales entró a participar en la configuración de la vida militar? Entre otros elementos, esas preguntas serán abordadas a continuación.

Ordenamos la exposición sobre tres ejes relacionados. Las dinámicas del ingreso presentan un panorama para nada sorprendente: por lo general, la plebe entró a servir en los rangos bajos del ejército. Sin embargo, analizaremos los mecanismos de privilegio que creó la corona española y que, durante la Independencia, las élites perpetuaron en su ingreso a las filas castrenses. Después, al establecer las posibilidades de ingreso, evaluamos algunos indicios dispersos sobre los procesos de formación y entrenamiento. Por último, a pesar del lugar común de la historiografía, mostramos que las dinámicas de ascenso de los plebeyos no fueron ni tan democráticas ni tan abiertas como algunos historiadores han propuesto⁴. Por el contrario, matizamos estas ideas y demostramos que, si bien hubo casos de ascensos vertiginosos, en la mayoría de los casos se presentó otra situación.

Las ideas que exploraremos deben ser comprendidas dentro de un marco profundamente cambiante. En las necesidades contingentes de la guerra no es posible establecer leyes o situaciones constantes, sino

¹ Indalecio Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia* (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1968), 945. También puede verse: Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar* (Medellín: Editorial la Oveja Negra, 1971).

² Simona Cerruti, «Microhistory: social relations versus cultural models?», en *Between sociology and history: essays on microhistory* (Helsinki: SKS, 2004), 17-40.

³ Allan J. Kuethe, *Military reform and society in New Granada, 1773-1808* (Florida: The university presses of Florida, 1978); Juan Marchena Fernández, *Oficiales y soldados en el ejército de América* (Sevilla: Escuela de estudios Hispano-Americanos, 1983).

⁴ Por poner un ejemplo, Pita calificó al ejército de ser una institución “amplia y democrática”; Pita, *El reclutamiento de negros esclavos...*, 56. Por su lado, Bushnell, sin mayor evidencia empírica, sugirió que el ejército fue una de las instituciones “más democráticas”; Bushnell, *El régimen de Santander...*, 280. Con diferentes desarrollos y con poco ejercicio crítico, estas visiones han sido reproducidas por los historiadores. Podemos decir que se trata de afirmaciones imprecisas que desconocen la tendencia del bajo pueblo a permanecer en los rangos bajos.

tendencias generales y pistas fragmentarias sobre lo popular y la institución. Para acercarnos a estos elementos analicemos la siguiente información:

**Cuadro 3:
Escalafón militar según rangos, grupos y conjuntos**

Conjuntos	Grupos	Rangos
2° Conjunto (oficialidad)	Oficiales	General en jefe
		General de división
		General de brigada
		Coronel
		Teniente coronel
		[Sargento] Mayor
		Capitán
	Suboficiales	Teniente
		Subteniente o Alférez
1° Conjunto (bajos participantes)	Bajos Oficiales	Sargento
		Cabo
	Soldadesca	Soldado
	Músicos	Tambores, Pitos, Pífanos, Cornetas
	Reclutas	Reclutas

Fuente: BNC, Fondo Anselmo Pineda, núm. 154, “Cuerpo de leyes de la República de Colombia, Tomo I...”, 147*.

*En la fuente citada sólo aparecen las columnas de rangos hasta soldado. Los conjuntos y grupos se han agregado para completar la tabla con la mayoría de los sectores del ejército.

El Cuadro permite construir grupos que serán trabajados en el resto de la exposición. Aunque sea esquemático, los conjuntos dividen en dos espacios el ejército. Nuestra indagación es por los de abajo, aunque el diálogo con los de arriba favorece el proceso argumentativo. El Cuadro 3 establece un escalafón militar distinto al ejército moderno, la historicidad de la institución pasa por reconocer que los rangos tenían sus características propias. Aparte de la existencia de los músicos, la diferencia más marcada con el ejército moderno se encuentra en la división entre oficialidad, suboficialidad y bajo oficiales¹.

¹ La categoría de “bajo oficial” la sacamos de un diccionario militar de la época, en el cual se incluye a los sargentos y cabos; S.A. *Diccionario militar, ó recolección alfabética de todos los términos propios al arte de la Guerra...* (Madrid: En la oficina de D. Gerónimo Ortega y herederos de Ibarra, 1794), 327. Como dijo Marchena, el sargento era un subalterno y no un oficial; Marchena, *Oficiales y soldados en el ejército de América*, 76.

2.1. Los rangos de ingreso: un laboratorio por contraste

Al iniciar el servicio, el peso de los antecedentes coloniales afectó la relación inicial con el ejército. Más adelante indagaremos con detalle los quehaceres diarios de los rangos bajos, por ahora nos limitamos a decir que la labor manual atraviesa sus tareas cotidianas. Montar guardia, construir empalizadas, recoger materiales formaron parte de sus obligaciones. Ahora bien, en la tradición colonial una de las condiciones estructurante de las élites es la distancia frente a los “oficios viles y mecánicos”, por lo que en su enrolamiento tuvieron un tratamiento privilegiado respecto a la carga de trabajo manual.

La aversión frente a lo manual se puede localizar en diferentes puntos de la historia colonial. En uno de los colegios de las élites bogotanas, en 1777 los formularios de ingreso son intransigentes al respecto. Para entrar al colegio San Bartolomé los familiares y el estudiante no podían ejercer “oficios viles y mecánicos”¹. En las Ordenanzas de 1768 también se libró a las élites de usar las manos mientras prestaban el servicio militar. Bajo la figura del cadete, la cual perduró en la independencia con algunas variaciones, las leyes construyeron una distinción que otorgó privilegios y, sobre todo, previno que los sectores dominantes ejercieran labores con las manos. Mientras que en la regulación monárquica se habló de cadetes, en la Independencia se creó la figura de aspirante. Ya mostraremos las pistas que nos muestran la continuidad de esta figura, por ahora exploremos cómo los cadetes quedaron eximidos de lo manual y privilegiados en el ascenso del escalafón. Según las Ordenanzas,

el que se recibiere de cadete, ha de ser Hijodalgo notorio, conforme á las leyes de mis Reinos, teniendo asistencia proporcionada (que nunca baje de cuatro reales de vellón diarios) para mantenerse decentemente; y de los que fueren hijos de oficiales, en quienes no concurra esta precisa circunstancia, solo han de ser admitidos aquellos cuyos padres sean, o hayan sido capitanes².

Pertenecer a las élites o ser de familia militar fue la condición para iniciar el enrolamiento con esta distinción³. Al iniciar el servicio como cadete, las leyes eran claras: los quehaceres mecánicos no correspondían a estos individuos. Por el contrario,

los cadetes serán empleados en todo servicio de armas, en que se nombre oficial, á excepción de cuando la tropa se forme para el castigo de baquetas, debiendo también **exceptuarse de los servicios mecánicos** de cuarteles, como Ranchero, Cuartelero, y otros semejantes; y en la caballería, y dragones, no se le precisará tampoco á que hagan guardia de caballerizas; y se les permitirá que el pasturar los caballos, ir por paja, y plantar tienda, lo puedan ejecutar sus criados⁴.

Los cadetes prestaron el servicio de forma particular. En consonancia con la tradición colonial, fueron exceptuados de ejercer “servicios mecánicos” y todo lo que tenía que ver con trabajo manual recayó en los hombros de los bajos participantes, al punto que ciertas tareas las “pudieron ejecutar los criados”. La figura del cadete no se limita a regular sólo las pautas de trabajo. Su lugar de privilegio está atravesado también por las relaciones y los ascensos. Frente a su relación con los bajos oficiales y soldados, los cadetes debían ser

alojados después de los alfereces (sic.), en todos los parajes donde los oficiales tengan alojamiento, y no se les precisará á que residan, ni duerman en el cuartel (...) [con la] prohibición absoluta de que arranchen, ni

¹ William Jaramillo Mejía, *Real Colegio Mayor y Seminario de San Bartolomé -Nobleza e hidalguía- colegiales de 1605 a 1820* (Bogotá: Instituto colombiano de Cultura hispánica, 1996), 53-63.

² *Ordenanzas*, I, 236.

³ Las ordenanzas indicaron que serán «considerados como cadetes, los hijos de subalternos, que por su línea paterna fueren nietos de oficial, desde teniente coronel inclusive arriba»; *Ordenanzas*, I, 240.

⁴ *Ordenanzas*, I, 238. (La negrilla es nuestra).

familiaricen con ellos [los bajos participantes]: porque siempre ha de ser con los oficiales el trato regular de los cadetes¹.

Los cadetes no se debían mezclar con los bajos participantes ni en sus quehaceres diarios ni en sus relaciones cotidianas. Además, esta distinción ofrece una relación particular con el escalafón militar, lo que facilita que encontremos su continuidad en los ejércitos de la Independencia. Una vez más, siempre que el número de subtenientes que hubiere vacantes no exceda á el de los abanderados, deberá ser este el primer escalón para los cadetes, y preciso para pasar después á oficiales de compañías, siendo su principal función el llevar las banderas².

De hecho, sin «que pasen por la escala de cabos, y sargentos», los cadetes estarán como opción «inmediata para el ascenso de oficial»³. Entonces, no estaban forzados a realizar tareas manuales, mantenían una sociabilidad con la oficialidad y, sobre todo, en sus ascensos omitieron el paso por los bajos oficiales y fueron puestos, generalmente, como abanderados y rápidamente como oficiales.

En los ascensos de los combatientes de 1819 se presentaron dinámicas que cumplen con lo estipulado en las leyes reales. Rafael González marchó sobre la Nueva Granada en calidad de teniente. Sólo combatió en Paya y Gámeza, puesto que en esta última salió herido del pie derecho y se vio obligado a reposar en los hospitales de la Provincia de Tunja. Nacido de Pamplona, se enlistó en agosto de 1813 con 16 años. Empezó con el grado de aspirante y para octubre del mismo año accedió al rango de subteniente⁴. El hecho de no haber servido como sargento o cabo y haber accedido a la subtenencia con tal rapidez sugiere que González hizo parte de los cadetes.

Ahora, el título que estipularon las Ordenanzas no es el mismo que tuvo González. Las leyes establecieron a los cadetes, mientras que él recibió el título de aspirante. ¿Son entonces la misma figura? Los indicios para señalar la similitud son escasos. Las leyes reales otorgaron distinciones especiales a los cadetes de la tropa. Ellos, dicen las Ordenanzas, «llevarán un cordón de plata, u oro, que penderá del hombro derecho, y de esta distinción (que solo ha de ser para los expresados cadetes, en todos los cuerpos de infantería, caballería, y dragones) no se permitirá que se use en ningún otro uniforme»⁵. Por su parte, el 4 de junio de 1819 se premió a un comandante con esta distinción en el uniforme. En ese día se concedió «los cordones de aspirante del primer batallón de Línea al comandante Ramón Molina»⁶.

Un pequeño primer indicio para establecer que los cadetes y los aspirantes representaron una misma figura en los ejércitos de la época. Empero, donde podemos afianzar con mayor certeza la igualdad y continuidad de los títulos es en los ritmos de ascenso. Diferentes individuos de la campaña de 1819 contaron con esta distinción que los catapultó a la oficialidad de forma acelerada.

Con 11 o 12 años, el bogotano José Cruz Arenas empezó como cadete en diciembre de 1814 y en febrero de 1815 recibió su ascenso a subteniente. Sirvió como edecán del ejército y cayó preso en la acción de la Plata. Poco después se salvó de ser ejecutado, se fugó y permaneció oculto «hasta la acción del Pantano de Vargas»⁷. Con 16 o 17 años combatió en esta última y en el Puente de Boyacá. Más

¹ *Ordenanzas*, I, 239.

² *Ordenanzas*, I, 251.

³ *Ordenanzas*, I, 241 & 245, respectivamente.

⁴ AGN, SR, HDS, L18, f. 517r-v.

⁵ *Ordenanzas*, I, 242.

⁶ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 53.

⁷ AGN, SR, HDS, L2, ff. 680r y 682r.

información sobre él no hemos encontrado, sólo que sabía escribir y leer y que en un par de meses alcanzó el conjunto de la oficialidad.

De forma similar, aparte del caso de Rafael González, podemos encontrar a Antonio María Uscátegui. Nacido en Mérida tuvo 13 años cuando inició su vida en el ejército. Era de modales finos y talento “suficiente”. Junto con el ejército cruzó los Andes y sobrevivió a las batallas de Gámeza, Vargas y Boyacá. Al ingresar al servicio en julio de 1817 recibió el título de aspirante y en octubre fue ascendido a subteniente¹. De Uscátegui sabemos poco, pero su rango de ingreso y su ascenso deja entrever que este título de privilegio tuvo vigencia en los ejércitos independentistas. Si bien el título pudo cambiar de nombre, conservó lo estipulado en términos del ritmo de ascenso.

Repitamos que para recibir esta distinción existió una vía muy concreta. Se debió poseer hidalguía o tener ascendencia militar. Por la escasa tradición militar en los territorios del Virreinato de la Nueva Granada, el título indica más una posición de privilegio que de tradición bélica². En realidad, en los archivos sólo localizamos una referencia al respecto. En octubre de 1819, José Acevedo y Tejada escribió que

deseando emprender una carrera en que pueda venir a ser útil a la República, y siendo la militar la que en la actualidad presenta un campo más basto para este objeto, he solicitado y obtenido de mi madre el permiso para presentarme a Usted pidiéndole que en atención a ser hijo de un coronel que hizo notorios y distinguidos servicios a la Patria, se sirva destinarme en clase de aspirante³.

Aunque aquí se solicite iniciar como aspirante por ser hijo de militar, el coronel presentado como anónimo es en realidad un famoso participante de la vida pública bogotana⁴. José Acevedo Gómez fue diputado consular y siempre defendió el comercio bogotano, dado que él era uno de los comerciantes más importantes de la zona⁵. En 1816 José Acevedo Gómez murió huyendo de la Reconquista y su hijo, gracias a sus antecedentes familiares, fue recibido como aspirante del ejército y marchó a diferentes campañas durante la Independencia y las guerras civiles del siglo⁶.

A pesar de la tradición militar del padre, es seguro asumir que José Acevedo y Tejada recibió el título de aspirante por su procedencia social. En otras palabras, para ser hijo de capitán, entre los años de 1810 y 1819, necesariamente se debió presentar un ascenso acelerado, ascenso, por lo demás, que seguramente derivó de la pertenencia a las élites. Por ende, para el estudio del ejército independentista, podemos estar casi seguros de que el título de aspirante está asociado con el ingreso de las élites al ejército.

Sumado a lo anterior, los formalismos del título de cadete o aspirante fueron en algunos casos omitidos. Francisco de Paula Santander resulta ilustrativo al respecto. Estudió en el colegio de San Bartolomé —donde se vio obligado a certificar que ni él ni su familia realizaban “oficios viles y mecánicos”— y era «perteneciente a familias de alta posición social»⁷. Al ingresar al ejército no sirvió de

¹ AGN, SR, HDS, L48, f. 473r.

² Thibaud, *República en armas...*, 23-38. Pita, *El reclutamiento de negros esclavos...*, 30-37.

³ AGN, SR, SGM, L1, f. 156r.

⁴ Baraya, *Biografías Militares...*, III, 96.

⁵ Juana María Marín Leoz, «La élite rectora de la capital. Composición de las instituciones político-administrativas de Santafé de Bogotá durante el gobierno del virrey Pedro Mendinueta y Múzquiz, 1797-1803» (Tesis Doctoral, Universidad de Navarra, 2007), 187 y 258.

⁶ Baraya, *Biografías Militares...*, III, 96-97.

⁷ Baraya, *Biografías Militares...*, I, 68-69.

soldado, bajo oficial o aspirante, sino que ingresó inmediatamente a la oficialidad y presentó un rápido ascenso a las altas posiciones del ejército.

Tenía 18 años cuando «la junta suprema gubernativa del reino me hizo alférez abanderado del batallón de guardias nacionales», en octubre de 1810 vistió el uniforme de este rango y después de una breve estadía en prisión lo ascendieron a «sargento mayor del 5º batallón de la unión». Más adelante, sigue Santander, «recibí el nombramiento de comandante general de las tropas de Bolívar al embarcarse cerca de Cartagena para Jamaica», en agosto de 1818 fue ascendido a general de brigada y obtenida la victoria en el Puente de Boyacá, «fuimos ascendidos á Generales de división Anzoátegui i yo»¹.

Santander empezó su carrera militar en la oficialidad y en menos de 10 años alcanzó el punto más elevado del escalafón. Esto es sabido, y que las élites cuenten con estas prebendas no es ninguna sorpresa, todavía hoy continúan en la opulencia del privilegio. Para la Independencia, de hecho, encontramos repetidos casos de los sectores notables de la sociedad colonial ingresando y ascendiendo privilegiadamente en las filas castrenses. En agosto de 1812, Antonio Obando empezó a servir como subteniente y para agosto de 1819 recibió el ascenso a coronel efectivo². Sus padres no eran militares, estaban encargados de la administración política y educativa. Además, contó con destacados familiares como Andrés María Rosillo y estudió en otro colegio de las élites capitalinas: el Rosario³.

El famoso José María Espinosa, por su parte, nos aporta más evidencias en la relación de los sectores notables con el ejército. Espinosa, en un cuestionario, dijo que «mis padres son de las principales familias de Santafé, y [preguntó] si como tales les consta son nobles y de distinguido nacimiento»⁴. Por ello ingresó como cadete en mayo de 1811 y en enero de 1813 fue ascendido a alférez⁵. Aunque en comparación con Santander y Obando este ascenso tuvo un espacio de 2 años, sabemos que no fue por mérito en batalla o destacados saberes militares, sino por la decisión de Nariño en una boda de la capital⁶.

Por contraste, entonces, los rangos de la soldadesca, los músicos y la baja oficialidad estuvieron reservados para el estamento plebeyo. Ingresar al ejército con estos rangos es un indicio respecto a la procedencia social. Entonces, ¿todo soldado, cabo, sargento y músico son de los sectores populares? En principio, las evidencias apuntan afirmativamente, incluso el sentido común camina en la misma dirección. Afortunadamente, el panorama es más complejo y matizado.

En nuestra muestra algunos cumplen lo prescrito por las Ordenanzas o ingresaron desde el principio como abanderados y subtenientes. Rafael González, José Cruz Arenas, José María Espinosa y Antonio María Uscátegui iniciaron como aspirante (o cadetes). Obando y Santander empezaron como subtenientes. Sin embargo, otros aspirantes se demoraron años en llegar hasta la oficialidad, además de pasar por los rangos de cabo y sargento.

Después de luchar en Vargas y Boyacá, Idelfonso Figueroa recibió su ascenso a subteniente en abril de 1820. Nacido en Cartagena se enroló en diciembre de 1811 e inició como “cabo 2º y aspirante”⁷. A

¹ Francisco de Paula Santander, *Apuntamientos para las memorias sobre Colombia i la Nueva Granada* (Bogotá: Imprenta Lleras & comp., calle de la carrera, 1827), 2, 3, 4, 7, 9; respectivamente.

² AGN, SAA-II, SGM, caja 1, carpeta 5, f. 27r.

³ BHA, núm. 93, feb. 1913, «Autobiografía de Antonio Obando», 529-530; Baraya, *Biografías Militares...*, I, 234.

⁴ José María Espinosa, *Hoja de Servicios del militar de la Independencia José María Espinosa* (Bogotá: Imprenta Medardo Rivas, 1874), 1

⁵ Espinosa, *Hoja de servicios del militar...*, 4.

⁶ Espinosa, *Memorias de un abanderado...*, 50.

⁷ Según sus tres Hojas de Servicio: AGN, SR, HDS, L16, ff. 590r, 603r & 635r.

pesar de la distinción le tomó nueve años acceder a la oficialidad. Durante su carrera, «fue prisionero el 6 de diciembre de 1815, hasta el 30 de mayo de 1819 en que se reunió con el Ejército Libertador [en Pore]»¹. Por casi cuatro años se vio privado de la oportunidad de recibir ascensos. Desde el inicio fue cabo 2° y pasó por el rango de cabo 1° (oct-1812), sargento 2° (feb-1814) y sargento 1° (sep-1815)².

Según las Ordenanzas, los aspirantes debieron ser priorizados para el ascenso y debieron acceder, como sucedió en los casos explorados, al rango de oficiales sin servir en estos escalones intermedios. Por el contrario, Idelfonso pasó por todos los rangos de la baja oficialidad, sin ser nunca, no obstante, soldado raso. El tiempo de prisión es importante porque en este tiempo no era posible ascender en el escalafón militar republicano y, como mostramos antes, lo usual era que al reincorporarse se conservara el último rango que se obtuvo.

Manuel María Obregón es otro individuo que presenta matices a los privilegios de ingreso de las élites. Marchó sobre la Nueva Granada en calidad de sargento mayor, rango que obtuvo desde enero de 1817. En agosto de 1810 inició como soldado-aspirante³, fue cabo 2° aspirante (oct-1810), cabo 1° aspirante (nov-1810), sargento 2° (20-dic-1811) y sargento 1° (31-dic-1811) y accedió a subteniente en abril de 1812. A diferencia de Idelfonso, Obregón llegó con presteza a la oficialidad, pero contrario a las Ordenanzas, se vio involucrado en los rangos de bajo oficial y, por un plazo de tres meses, en el rango de soldado-aspirante. De este individuo sabemos poco, sólo que era proveniente de Barinas, tuvo el dinero suficiente para pagar por su vida cuando cayó prisionero (como se mostró antes) y era dueño de un hato ganadero en Mompós en 1840⁴.

Estos casos constituyen una alerta, lo estipulado en las Ordenanzas no se cumplió a cabalidad en todo momento. Más bien, en medio de la precariedad institucional y del intento paulatino de consolidación del ejército, estas leyes reales fueron un marco de referencia de uso circunstancial. Al respecto O'Leary comentó que «el código militar español fue adoptado con cortas variantes; pero como Bolívar tenía el ejército en movimiento constante, no había tiempo para entregarse mucho a los ejercicios disciplinares. No se observaban reglas uniformes y cada comandante de batallón ejercitaba en su cuerpo conforme al método que mejor le parecía»⁵.

Las fuentes no permiten determinar porque algunos aspirantes pasaron por soldados y realizaron funciones de bajos oficiales. La flexibilidad legal de la institución parece una aproximación sensata para zanjarse este problema. En febrero de 1819, Santander reprendió a un Juez Mayor de Diezmos por no haber realizado sus obligaciones en un sábado de semana santa. Sus palabras fueron tajantes: «la ley de la necesidad es superior a todas las leyes y costumbres»⁶. Aunque aquí se haga referencia a elementos religiosos, no es absurdo suponer que la “ley de la necesidad” también influyó en los ascensos, los rangos de inicio del servicio y el desarrollo general de la vida castrense. En todo caso, a pesar de su truísmo, Por lo general los rangos bajos pudieron ser ocupados por el bajo pueblo (con algunas excepciones) y las élites perpetuaron los mecanismos de privilegio de la sociedad que juraban estar destruyendo.

¹ AGN, SR, HDS, L16, f. 590v.

² AGN, SR, HDS, L16, f. 635r.

³ AGN, SR, HDS, L33, ff. 925r, 951r & 1023r.

⁴ AGN, SR, HDS, L33, f. 983r.

⁵ O'Leary, *Memorias del General...*, I, 559.

⁶ SYE, II, Doc. 336, Santander a Molina, 26 de febrero 1819, 100.

2.2. Formando a los novatos

Si por lo general los sectores populares ingresaron a los bajos rangos del ejército, convertir en combatientes letales a los diferentes reclutas fue parte integral de su llegada. El complejo cúmulo de detalles, movimientos, formaciones y aclimataciones que debió soportar el novato nos abre un escenario para el estudio. Los procesos formativos de la institución pasaron por sistematizar el entrenamiento y aumentar su efectividad en combate, por ello dedicaremos estas páginas a revisar algunos fragmentos sobre la formación de novatos.

El 28 de julio el ejército estableció una ley marcial para aumentar sus efectivos. Decenas de individuos se sumaron a las tropas que más tarde combatieron en el Puente de Boyacá. Para hacernos una idea del reto que implicó el proceso formativo, rescatemos unas palabras de O'Leary. «Mucho había que hacer para transformar a estos infelices cuanto patriotas labriegos en soldados, y darles un aspecto marcial». Tarea compleja, continuó O'Leary, sobre todo porque

nada podía ser menos militar que el traje que vestían: un sombrero de lana gris de anchas alas y copa baja cubría una cabeza que hacía recordar la de Sansón antes que la fatal tijera hubiese cortado su tupida y larga cabellera; una inmensa manta cuadrada, de lana burda, con una abertura en el medio que daba paso a aquella descomunal cabeza, pendía de los hombros a las rodillas y les daba el aspecto de hombre sin brazos. Si fácil era cerciorarse de que sí los tenían, y muy robustos, y si era fácil también darles un aire marcial con sólo quitarles la ruana, que así se llama aquella manta, despojarlos del sombrero y trasquilarlos, no lo era tanto **instruirlos en el manejo del arma y hacer que la disparasen sin cerrar los ojos y volver la cabeza hacia atrás**, poniendo en mayor peligro su propia vida y la de sus compañeros que la de los contrarios¹.

Parece ser que los allegados con la ley marcial, aunque fueron trasquilados y adornados con el porte militar, presentaban el obstáculo de convertirlos en soldados capaces. Tarea compleja, más cuando la ilusión heroica del guerrero se desvanece entre tambores, heridos y gritos desesperados por misericordia en las contiendas tristes de la guerra. Aparte de la dimensión traumática de lo bélico, el novato debió aprender diversos saberes técnicos para vivir la metamorfosis “de patriota labriego a soldado”.

En términos de instrucción militar, el manejo del fusil y la puntería son los primeros elementos del proceso. Para entrar en servicio activo, el recluta debió «conocer las faltas de su fusil, el nombre de cada pieza, el modo de armar, y desarmar la llave, y poner bien la piedra»². La llave del fusil es determinante para proteger esta arma del daño exterior, especialmente en los climas tropicales. El agua podía generar que la chispa no inflamara la pólvora y el disparo se redujera a un intento inútil. Las piezas son varias y su aprendizaje debió tomar tiempo. Los modelos de 1777-1800 de 17 a 18 milímetros de diámetro —los fusiles más frecuentes— requerían especial atención a la mencionada llave, a la bayoneta de acero y, sobre todo, a la piedra que incendiaba el cartucho (un “envuelto” de aproximadamente 9 gramos de pólvora, una bala esférica fundida artesanalmente y papel de florete como recubrimiento).

El soldado, aparte de aprender estas piezas y otras más, debió adquirir la fuerza para sostener esta arma, que podía pesar varios kilos y medir más de un metro cincuenta. Conocer las fallas era entender su fragilidad. Fallaba por la lluvia o la humedad, su uso constante calentaba y hasta podía derretir el cañón. Además, disparar no siempre era una certeza (casi que fallaba 1 de 10 tiros) y se necesitaba pericia para

¹ O'Leary, *Memorias del General...*, I, 575. (La negrilla es nuestra).

² *Ordenanzas*, I, 78.

morder el cartucho antes de introducirlo en el cañón¹. Estos saberes sobre el arma, su manejo, su cuidado y sus fallas garantizaban la sobrevivencia y en esencia eran la efectividad en batalla del ejército.

El conocimiento no sólo era acerca del armamento. Implicó también conocer las funciones y actividades básicas del diario vivir. «A ningún recluta se permitirá entrar de guardia, hasta que sepa de memoria todas las obligaciones de un centinela, llevar bien su arma, marchar con soltura, y aire, y hacer fuego con prontitud, y orden»². La formación conllevaba «acostumbrar la tropa á maniobrar con acierto y serenidad en cualquier caso»³.

Las evidencias terminan señalando en la misma dirección, los saberes de la vida militar se repiten en una fuente y otra⁴. Para 1818, el recluta era enseñado en la realización de «giro[s], marchas, saberse mantener unido, y conocer el fusil para cargarlo y dispararlo»⁵. En julio de 1819, el entrenamiento seguía consistiendo en «movimientos directos y retrógrados (...) á manejar el fusil, á formarse en columnas, [y] desplegar batalla»⁶. Conocimiento armamentístico, movimientos específicos de la guerra decimonónica y unidad en batalla eran los principales conocimientos que los novatos incorporaban en su entrenamiento.

En principio, la formación parece sencilla. Sin embargo, cada tarea contaba con procedimientos muy calculados y precisos. Los movimientos del manejo del arma eran hechos cuerpo a cuerpo y los giros «se darán sobre los talones, y con la mayor prontitud, moviendo el cuerpo lo menos que sea posible, y manteniendo las rodillas tendidas: en estos giros se llevará el talón del pie que se levanta del puesto en que está». Al aprender estos giros se prestaba atención al detalle, incluso frente al pie correcto para mover, porque en caso de equivocarse se tropezaría con sus compañeros.

Por su parte, el arma tenía una manera correcta de ser sostenida. Ésta se posicionaba por debajo del sobaco, con los dedos juntos y la palma bien puesta. Cada giro, cada tipo de marcha o saludo representó complejos procedimientos que en las Ordenanzas se prescribieron paso a paso. Para el novato, todas estas nuevas informaciones hicieron parte de sus procesos formativos, pero en caso de que «derramase su pólvora, o arrojase su cartucho, [era] severamente castigado»⁷.

El ejercicio también hizo parte de los procesos de entrenamiento. Las referencias encontradas no coinciden ni en la cuantía o frecuencia. Mientras se preparaba el ejército que marchó sobre Pisba, a la recluta se le disciplinó «dos horas a mañana y tarde»⁸ o «mañana, medio día y tarde»⁹ sin indicación de la carga horaria concreta. En abril de 1820, el comandante José María Cansino recomendó para «el tesón en la disciplina: 4 horas de ejercicios necesariamente debe haber por la mañana, y 4 a la tarde»¹⁰. Estas modificaciones pueden atribuirse a decisiones del comandante, a la disponibilidad de tiempo en campaña y cuartel, a la cercanía con el enemigo, o al ritmo diferenciado de aprendizaje de los reclutas. No se encontraron fuentes que explicaran estas variaciones, pero el punto es que al menos dos veces al día, entre 2 o 4 horas, la recluta se ejercitaba como parte de su proceso de formación básica.

¹ Sobre un examen detallado de los fusiles y todo lo mencionado sobre esta arma véase: Riaño, *Historia militar*, 28-29.

² *Ordenanzas*, I, 70-71.

³ DDG, XVI, Doc. 537, Diario de operaciones del ejército, noviembre 1818, 177.

⁴ Algunos de los complejos giros, formaciones y saludos que debió aprender la recluta se encuentran en *Ordenanzas*, II, 138-139.

⁵ DSC, I, Doc. 90, Santander a José Vegal, 18 de diciembre 1818, 225.

⁶ Santander, *El General Simón Bolívar...*, 6.

⁷ *Ordenanzas*, II, 39, 83, 41 y 84; respectivamente.

⁸ DSC, I, Doc. 142, Santander a Arredondo, 16 de enero 1819, 258.

⁹ DSC, I, Doc. 135, Santander a Arredondo, 13 de enero 1819, 254.

¹⁰ AGN, SR, HDS, L11, f. 1004v.

En el diario de operaciones de José María Vergara, tanto de septiembre como de octubre de 1818, el ejercicio era cotidiano, rutina sólo alterada por las necesidades específicas de la guerra. El 16 de septiembre los batallones de Rifles y Zapadores entraron a Altagracia y Tapuapuy. Por el resto del mes hubo instrucción diaria. En octubre sucedió lo mismo. Desde el primero hasta el día 10 las tropas se ejercitaron, pero el 11 el movimiento de la guerra los forzó a interrumpir el entrenamiento y a movilizarse¹. Mientras no se presentasen altercados, el ejercicio se realizaba todos los días.

Creemos que las notas precedentes sólo se relacionan con las dinámicas de la infantería. Sólo se ha encontrado una referencia que mencione la formación de las caballerías (y con las fuentes disponibles desconocemos las dinámicas de la artillería). La pista se coligue de los intentos de Santander por persuadir a los indígenas de las misiones. Manifestó que ellos «no serán jamás de infantería sino de caballería, a cuyo fin no tendrán ejercicio»². Por esta fuente pareciera que los horarios de entrenamiento, su intensidad diaria y su repetición cotidiana corresponden a las tropas a pie. Esta referencia es un indicio inconcluso y no ha sido posible rastrear o ampliar las diferencias entre caballería e infantería a la hora del entrenamiento. Por supuesto, la caballería implicó el manejo de la equitación y en las Ordenanzas hay algunas anotaciones sobre los procedimientos para realizar sus tareas³.

Para el reclutamiento de efectivos en los Llanos existió una ventaja. Los habitantes de esta región geográfica mantuvieron una relación vital con la equitación, incluso por fuera de la guerra⁴. Su entrenamiento se facilitó al omitir este aspecto de la formación, dado que en sus vidas diarias ejercitaban el uso del caballo para tareas diversas. Eran personas que «no se acomodan con el servicio a pie»⁵ y fueron caracterizados como «hombre de a caballo» que manifestaban un marcado desprecio por la infantería⁶.

Para los pobladores de estas llanuras la lanza era indispensable⁷ y «todos tenían lanzas, pero de diferentes larguras, y si algunos llevaban carabinas, estas armas habían sido antes fusiles, de los que se había cortado una parte para operar esta metamorfosis»⁸. De la caballería poseemos pocas evidencias, por lo que nos limitamos a incluir dentro de su formación el conocimiento de la equitación, el manejo de la lanza y la carabina. Además, para la infantería no se han localizados fuentes que señalen el uso de la lanza, a pesar de que «estaba muy en boga en los papeles públicos la teoría de las grandes ventajas de la lanza en la infantería»⁹. En todo caso, cada cuerpo incorporó los saberes propios de su modo de combate y las habilidades necesarias para desempeñarse en ello.

Para la infantería, la duración de su entrenamiento merece atención. Para octubre de 1819, Bolívar ordenó que «los reclutas no reciban más que el socorro del real que se ha mandado dar para la ración, y

¹ DDG, XVI, Doc. 529A-B, Diario de operaciones del ejército, septiembre-octubre 1818, 161-163.

² SYE, II, Doc. 269, Santander al fray Ignacio Delgadillo, cura de Betoyes, 29 de enero 1819, 47.

³ Las caballerías también tuvieron complejas dinámicas de formación y organización. Debieron saber cómo coger las riendas, en qué momento organizar una formación y cómo maniobrar en consonancia con sus compañeros, conocer las fortalezas de este cuerpo, saber cuándo galopar o trotar y hasta la velocidad con la que se debió marchar dependiendo del tipo de ataque; *Ordenanzas*, II, 174-179, 191-200 y 218-242.

⁴ Jane M. Rausch, *Una frontera de la sabana tropical. Los llanos de Colombia, 1531-1831* (Bogotá: Banco de la República, 1984)

⁵ ADL, Doc. 3623, Bolívar a Bermúdez, 24 de febrero 1819.

⁶ O'Leary, *Memorias del General...*, I, 536.

⁷ Vawell, *Memorias de un oficial...*, 71.

⁸ Vawell, *Memorias de un oficial...*, 84.

⁹ Santander, *Apuntamientos para las...*, 4.

hasta que no estén instruidos y hayan servido dos meses por lo menos, no se les dará su media paga»¹. En esta primera referencia encontramos que el tiempo mínimo de servicio era de 2 meses². En realidad, la recluta está lista cuando los individuos entrenados se encuentran «perfectamente disciplinados y ha[ciendo] el servicio activo»³. La temporalidad para incorporar estos conocimientos nos es desconocida, pero en la referencia a dos meses encontramos una pista que indica un tiempo básico para salir de ser recluta a prestar el “servicio activo” y recibir la paga correspondiente.

No obstante, prepararse para el acto de asesinar o morir no sólo pasaba por conocer un arma o responder a un código musical. Mientras los terrores de la batalla empezaban a enrojecer el paisaje, el caos y los estruendos son otro espacio de preparación en la actividad del recluta. En una batalla de 1812, José María Espinosa cuenta que

nuestra gente era enteramente bisoña, y sabida es la impresión que en el soldado nuevo o improvisado hacen las mil detonaciones de una acción de guerra, los silbidos de las balas que se cruzan por el aire, las nubes de humo que impiden la vista y casi asfixian, los toques de las cornetas y el continuo redoblar de los tambores, fuera del inminente peligro en que está á cada respiración, de caer muerto o herido. **Todo esto intimida y llena de espanto al recluta**⁴.

Aguantar lo estridente de los combates, y la cercanía a la muerte son dimensiones que escapan a las fuentes y a la imaginación. Uno de los participantes nos recuerda la crudeza de la guerra al asociar su experiencia con los rastros físicos que le dejó ser combatiente. Buenaventura Millán memoraba que «las cicatrices que me han quedado de las heridas que he recibido en diferentes acciones, y que son adorno de mi cuerpo, acreditan muy bien que no carezco de valor, primera cualidad del soldado»⁵. Primera cualidad del soldado sin duda, mucho pudieron aprender sobre armas, giros y marchas, pero no huir del combate se constituye *conditio sine qua non* de la vida guerrera.

Saber la enseñanza de estos elementos inmateriales resulta imposible con las fuentes disponibles. Quizás son cualidades que no se enseñan, son características intrínsecas de los sujetos, sus expectativas recíprocas, sus grados de motivación o el uso de “valores líquidos”⁶. A pesar de que las fuentes no sean suficientes, estamos seguros de que el valor era determinante. De hecho, «la habilidad [de los comandantes] es una cualidad necesaria en la guerra; pero si a esta no la acompaña la fortuna y el valor de las tropas, las más veces es ilusoria; y en otras sin habilidad y sí con fortuna y valor, se triunfa regularmente»⁷.

Junto al valor, el régimen disciplinario obligó a los reclutas a someterse a las lógicas del obedecer. Bolívar manifestó que deseaba «que la más exacta disciplina reine en las tropas de la República»⁸. Casi como mantra del ejército, se puede repetir que «la disciplina militar es necesarísima para la conservación

¹ ADL, Doc. 3879, Bolívar a Cruz Carrillos, 20 de octubre 1819.

² Bolívar estipuló que para reducir el costo de los ejércitos se debía pagar a los nacionales media paga; *Codificación Nacional*, Decreto de Bolívar 14 de septiembre 1819, 7.

³ ADL, Doc. 3872, Bolívar al Comandante del batallón de Rifles, 14 de octubre 1819.

⁴ Espinosa, *Memorias de un abanderado...*, 40-41. (La negrilla es nuestra).

⁵ AGN, SR, HDS, L29, f. 592v.

⁶ Esto se dice basado en las anécdotas que cuenta Espinosa, quien tomó aguardiente en una batalla y se destacó como abanderado. Al recibir las felicitaciones de sus comandantes, Espinosa replicó: «sin duda yo no era el arrojado: el trago que me hicieron tomar antes de la batalla fue el que me dio ánimo, y así él es quien merece las alabanzas»; Espinosa, *Memorias de un abanderado...*, 108-113. También puede verse: Roger Pita Rico, «El consumo de bebidas embriagantes durante el proceso de Independencia de Colombia: aliento, festejo y conspiración», *Historia y Memoria* 7 (diciembre de 2013): 227-268.

⁷ BHA, núm. 95, abr. 1913, «Autobiografía de Antonio Obando», 663.

⁸ ADL, Doc. 3882, Bolívar a Santander, 21 de octubre 1819.

de los ejércitos en guarnición o campaña»¹. Pasar al servicio activo estuvo atravesado por la inclusión de la disciplina: debían estar “perfectamente disciplinados” para salir del grupo de la recluta.

En las hojas de servicio encontramos otras cualidades del militar, tales como la aplicación, capacidad, conducta, modales, carácter, patriotismo, educación, aplicación e instrucción. Estos valores son parte de la formación y de los comportamientos que esperaba la institución militar de sus integrantes. Para 1842, el capitán Francisco Zediel fue juzgado por incumplir la buena conducta requerida de los oficiales. Enviado a Ocaña, Zediel

no llegó por haberse fugado del camino, o tomado otra vía diferente del lugar de su destino, poniéndose de hecho en marcha para el circuito de Jirón, en donde actualmente se encuentra paseándose libremente sin destino alguno. En la mayor parte del tiempo que estuvo en ésta el referido capitán observó muy mala conducta, embriagándose continuamente, estropeando á algunos soldados de la guarnición i del parque que estuvo á su cargo. Extrajo 3 fusiles los que hizo inutilizar haciendo de ellos trabucos para vender en su beneficio por cuyo hecho se le separó al citado oficial Zediel, de la guarnición de esta plaza i del manejo del parque mencionado².

Esta falta le costó su rango de capitán, su lugar en las listas militares, su fuero militar y sus posibilidades de cobrar pensión. Faltar a los códigos del ejército era castigado. A José Díaz por faltas disciplinarias se le condenó a «2 meses de prisión y 2 años de recarga en el servicio»³. De hecho, cada Hoja de Servicio en la mayoría de los casos cuenta con una tabla que califica al implicado según estos criterios. El ejército exigía que en la formación y el proceso bélico se probara el valor, se diera ejemplo con la conducta y se demostrara los saberes de la instrucción. Fue en medio de estos elementos y dinámicas que el novato se dedicó a aprender las pericias materiales (armamento, marchas, giros) y a vivir la experiencia inmaterial de la guerra (pauperización, valor, conducta, etc.).

¹ AGN, SR, AC, L32, f. 508r.

² AGN, SR, HDS, L49, f. 493r-v.

³ AGN, SR, AC, L76, f. 123v.

2.3. *Lo popular: el ascenso y sus dinámicas*

Al ingresar al ejército los sectores populares no contaron con prebendas, lo que diferenció su entrada por el ejercicio físico y el entrenamiento soldadesco. A su vez, sus dinámicas de ascenso presentan una lógica particular. Al ser una institución precaria y en proceso de formación, las evidencias no son coherentes y sólo dejan entrever evidencias que a primera vista resultan confusas. Si bien hubo individuos del bajo pueblo que llegaron a altos rangos de oficialidad, la mirada detallada devela una tendencia contraria y matizada. Por ser una de sus relaciones esenciales con la institución, en estas páginas nos adentraremos a explorar las posibilidades de ascenso del bajo pueblo.

Los contratiempos de las guerras y la dramática necesidad de las tropas nos ofrecen un panorama complejo para el análisis de los ascensos. En medio de lo asistemáticos que fueron, es posible localizar dinámicas generales. Aunque nuestra pregunta sea por lo popular, es necesario remitirse una vez más a las élites. La experiencia de Antonio Obando ayuda a comprender mejor los factores interconectados del ascenso.

2.3.1. Dinámicas generales de los ascensos

Obando, socorrano de nacimiento, entró al ejército en calidad de subteniente en agosto de 1812 y recibió su ascenso a teniente en enero de 1813¹. Sus memorias permiten ampliar el resto de su carrera en el ejército de la Independencia. Junto con los ejércitos al mando de Nariño marchó y combatió en las campañas del sur. Su ascenso a capitán efectivo lo recibió «sobre el campo de batalla» de Calibío (ene-1814)². En la batalla de Alto de Tacines (may-1814) recibió una herida de bala en el muslo izquierdo. Una vez Nariño se percató de su estado, le dijo, ascendiéndolo, que «Usted es teniente coronel. En Pasto recibirá usted su diploma»³.

Hasta este punto, la meritocracia se presenta como primer factor de ascenso. Obando fue ascendido como resultado de combates y heridas de guerra. Para comprobar sus ascensos, como el resto, debió contar con un diploma donde se certificaba cada promoción. La falta de este papel pudo complicar la confirmación del nuevo rango. A Ignacio Basilio Ruíz, capitán de los ejércitos que marcharon sobre la Nueva Granada, en enero de 1819 le negaron el rango «por no tener el documento que lo acredite»⁴. Si bien un ascenso pudo ser recibido en una acción de guerra, su validez quedó confirmada una vez se registró legalmente.

Ahí fue donde se complicó la situación de Obando. Una vez llegó a Popayán levantó una representación para poder corroborar y portar el rango otorgado en Tacines. Debido a la ausencia de Nariño tuvo que esperar la formalización hasta el 15 de abril de 1815. Es decir, a pesar de recibir su ascenso en mayo de 1814, pasó casi un año para ser reconocido como teniente coronel graduado⁵. Estos formalismos generaron demoras en la efectividad de los empleos.

¹ AGN, AA-II, SGM, Caja 1, Carpeta 5, f. 27r.

² El oficial graduado era aquel que nominalmente recibió un ascenso, pero seguía desempeñándose en sus viejas funciones. El oficial efectivo era el que sí desempeñaba las funciones de su rango; Marchena, *Oficiales y soldados en el ejército de América*, 76.

³ BHA, núm. 93, feb. 1913, «Autobiografía de Antonio Obando», 535-536.

⁴ SYE, II, Doc. 228, Santander a Ignacio Basilio Ruíz, 20 de enero 1819, 228.

⁵ BHA, núm. 93, feb. 1913, «Autobiografía de Antonio Obando», 532.

Al continuar persiguiendo los ascensos de Obando, otros factores comienzan a aflorar en el proceso analítico. Como parte del grupo de reincorporados, Obando experimentó las prisiones españolas en las derrotas del sur, fue destinado al batallón 3° de Numancia y, al fugarse retornó a los ejércitos republicanos que terminaron marchando sobre la Nueva Granada. Por desgracia, los detalles de su retorno los desconocemos, dado que esas páginas permanecen extraviadas.

En agosto de 1818, al reincorporarse se dirigió con Santander hacia Casanare. En ese año, Bolívar le otorgó el ascenso a teniente coronel, pero Obando replicó que desde 1815 ya había recibido dicha promoción¹. Quizás en los azares de la prisión y el retorno extravió su diploma, aunque no lo sabemos con precisión. En todo caso, fue Antonio Páez quien reconoció el rango obtenido en las campañas del sur. Con Bolívar, Obando recordó que «desde la primera vez que nos conocimos (...), no simpatizamos»². Su enemistad con Bolívar repercutió en sus posibilidades de escalar dentro del escalafón militar. Con un tono de queja, escribió en sus memorias que «fui postergado gratuitamente por el general Bolívar en mis justos ascensos desde el año de 1818»³.

Las promociones estaban imbricadas con las relaciones personales de los participantes. En últimas, la responsabilidad de otorgar ascensos recayó en la alta esfera del ejército. Bolívar le escribió una carta al vicepresidente Santander en donde sólo le autorizó, por necesidad, otorgar despachos hasta teniente coronel⁴. Estaba «prohibido elevar solicitudes pidiendo ascensos»⁵ y el permiso dependió del visto bueno de las autoridades competentes. Juan Nepomuceno Moreno, coronel de la caballería que marchó en 1819, pudo otorgar ascensos en Casanare en 1816, debido a que era Gobernador y comandante general de la provincia, pero sobre todo por hallarse «autorizado para ello»⁶.

El ascenso era un premio y una recompensa que se cuidó con recelo. Santander reprendió a Antonio Arredondo por prodigar ascensos “ilegítimos” a inicio de 1819. En su argumentación, la carrera militar se tomaría a la ligera si cualquiera ascendía, era un mal ejemplo para el resto de los cuerpos que estaban en Casanare. La oficialidad —agregó— «tendrá colocación según su mérito, y obtendrá los premios a que se haga acreedor en el curso de la campaña», se trata —insistió— de «premiar el verdadero mérito»⁷. No cualquiera tuvo el permiso de otorgar ascensos y, con contadas excepciones, el derecho recayó en los más altos generales. Aunque las palabras de Santander sugieran meritocracia, las relaciones personales también estuvieron presentes. Esto es claro en la experiencia de Obando.

Después de la batalla de Gámeza, Obando pagó su enemistad con el general en jefe que otorgaba los ascensos. En sus propias palabras, concluido el primer encuentro bélico de la Provincia de Tunja

fueron ascendidos a coronel efectivos los tenientes coroneles Antonio Morales y José María Cansino, que no se batieron en Gámeza, aunque sí estuvieron presentes; y a mí se me concedió el grado únicamente porque sí me

¹ En su Hoja de Servicio encontramos que Obando recibió su ascenso a teniente coronel graduado en abril de 1815, pero a teniente coronel efectivo en junio de 1816, por lo que pareciera que se está refiriendo al rango de graduado y, en sus memorias, no se encuentra referencia al momento en que es ascendido a efectivo; AGN, AA-II, SGM, Caja 1, Carpeta 5, f. 27r.

² BHA, núm. 94, mar. 1913, «Autobiografía de Antonio Obando», 600.

³ BHA, núm. 95, abr. 1913, «Autobiografía de Antonio Obando», 663.

⁴ O'Leary. *Documentos*, XVI, Doc. 816, Bolívar a Santander, 25 de octubre 1819, 514.

⁵ AGN, SR, HDS, L21, f. 459v.

⁶ BLAA, ACM, Db6367, Doc. 20, f. 2.

⁷ SYE, II, Doc. 287, Santander a Arredondo, 6 de febrero 1819, 59-60.

había batido con mi batallón. Conózcase por este hecho el odio y mala voluntad que me tenía el general Bolívar. Yo excedía a aquellos dos jefes en servicios y méritos positivos»¹.

Este no fue el único incidente. Después de la batalla de Bomboná (abr-1822), se volvió a quejar de que hubo ascensos para todos los comandantes menos para él y que por su tiempo y mérito el ascenso a general estaba ya atrasado². En su carrera, el factor relacional intervino de forma negativa, evitando con ello su avance en el escalafón. Por el contrario, cuando se presentó de forma positiva catapultó al implicado a los rangos de oficialidad. José Antonio Anzoátegui le contó a su esposa, María Teresa Arguindegui, que «[me] incorporé en Angostura al Libertador, este me ha colmado de honores y atenciones que no merezco sino por ser tu esposo. Me nombraron, con el grado de coronel, jefe de Estado Mayor del ejército de Venezuela y con este empleo le acompañé al Apure»³. Si bien es cierto Anzoátegui tuvo una carrera militar previa, su testimonio es sugerente respecto al peso que tuvieron las relaciones personales en las promociones.

Por último, el tercer factor que surge en la configuración general de los ascensos es las necesidades cambiantes y contingentes de la guerra. Una vez más, la experiencia de Obando evidencia que se pudo ejercer funciones ajenas a su rango y movilizarse en el escalafón militar con relativa soltura. Siendo teniente coronel efectivo, en 1818 se vio forzado a ejercitar un cargo inferior por ausencia de personas en la capacidad de desempeñarlo. Por tanto, dice Obando, «hice las funciones de sargento mayor en el batallón Bravos de Páez, [lo que] fue únicamente por la escasez de jefes para aquel destino, y [porque] no había otro cuerpo de infantería que yo pudiera mandar como primer jefe»⁴. En esta pista encontramos dos elementos. Por un lado, la necesidad de mantener una cadena de mando forzó a que altos rangos cubrieran empleos inferiores. Por el otro, la movilidad entre caballería e infantería —quizás también artillería— se presentó de forma fluida, lo que pudo depender de las vacantes en puestos de mando o disponibilidad de materiales (como caballos o cañones).

La necesidad no permitió a la institución mantener un organigrama coherente, fijo e inamovible. Por el contrario, encontramos una institución en la que diferentes factores se entrecruzan y exponen un panorama en extremo asistemático. Por tanto, la dimensión del mérito, el factor relacional o la necesidad se encontraron para configurar los ascensos de la época. Para volver al estudio de lo popular, las fuentes disponibles no permiten saber cuáles de estos factores se vieron involucrados en sus promociones. Mostramos que estos individuos, a diferencia de los mecanismos que tuvo la élite, deben empezar su carrera de las armas desde los rangos más bajos del ejército. Para ascender debieron pasar por más rangos y debieron esperar varios años o décadas para ir ascendiendo.

2.3.2. Tendencia y ascensos de los sectores populares

Si a algunos sectores militares les tomó meses o pocos años acceder a la oficialidad, ¿cuánto se demoraron aquellos que iniciaron como soldados o como bajos oficiales? A Lorenzo Moyano le tomó poco. Este caraqueño pardo empezó como soldado el 10 agosto de 1813 y fue capitán en octubre de ese año. Diez días después de su ingreso recibió el ascenso a cabo 2º, en diez más fue ascendido a cabo 1º, en quince se le otorgó el despacho de sargento 2º y un mes más tarde, sin pasar por subteniente o teniente,

¹ BHA, núm. 94, mar. 1913, «Autobiografía de Antonio Obando», 602.

² BHA, núm. 94, mar. 1913, «Autobiografía de Antonio Obando», 609.

³ DSC, II, Doc. 450, Anzoátegui a su esposa María Teresa Arguindegui, 28 de agosto 1819, 166.

⁴ BHA, núm. 94, mar. 1913, «Autobiografía de Antonio Obando», 600.

fue ascendido a capitán. Fue como capitán, de hecho, que combatió en todas las batallas de la campaña de 1819.

Por lo acelerado de su ascenso queda la duda de si Moyano era un aspirante. La información disponible sugiere que no. En 1826, el oficial que creó su hoja de servicio dijo que tenía valor, que era de buena conducta y de modales decentes, pero de talento regular y que su instrucción era poca. Son trece años los que separan estos comentarios y los ascensos, pero tal vez la naturaleza del ascenso desde la meritocracia se pueda descartar por ser de poca instrucción y de un talento regular para 1826¹. Las fuentes no permiten saber si Moyano entabló buenas relaciones con aquel que le otorgó los ascensos o si para ese momento la necesidad de oficiales era tal que le facilitó su camino a capitán. Su ascenso nos habla de dinámicas inciertas y asistemáticas de un ejército en formación.

Es complejo saber qué factores se involucraron en el ascenso de este pardo, sólo podemos apreciar que su carrera a la oficialidad se dio en cuestión de meses. No obstante, a partir de ese momento y durante el curso de la guerra contra la monarquía no recibió ningún otro ascenso. Hubo más casos como él, desde la soldadesca llegaron a altas posiciones de la oficialidad. El venezolano Juan Gómez entró como soldado raso en agosto de 1810 y llegó a general en marzo de 1830². Como ellos, la historiografía ha mostrado casos como los de José Prudencio Padilla o Mauricio Romero³.

No obstante, la observación detallada nos presenta una realidad matizadas sobre las posibilidades de promoción de los sectores populares en el ejército. En un caso en la antípoda, a Juan Bautista Azula le tomó veintidós años llegar a la oficialidad. Azula ingresó a las milicias del rey en octubre de 1809 y en 1810 se involucró activamente en el proceso independentista, pero tuvo que esperar hasta junio de 1831 para recibir su despacho de alférez 1^o⁴. Fue en calidad de sargento 1^o que marchó sobre la Nueva Granada, ascenso que recibió en julio de 1815 y fueron dieciséis años hasta su siguiente promoción. No poseemos información para describir a Azula de ninguna manera, pero la demora de sus ascensos y su enrolamiento como bajo participante nos hablan de un obstáculo complejo que varios individuos del bajo pueblo enfrentaron en su carrera militar.

Por su parte, el caso de Moyano es de suma importancia: la oficialidad no se presentó como una barrera infranqueable para aquellos que iniciaron como soldados. Muchos ascensos se presentaron en un largo desgaste de la guerra independentista, en el cual se consolidaron lazos de fraternidad, hubo diferentes oportunidades donde probar la valía y la necesidad azotó el día a día. De personas como Moyano ha nacido la idea de que el ejército decimonónico representó un espacio de ascenso social para los sectores populares, lo que se ha fraguado como un lugar común de la historiografía. Pero en el Gráfico 2 evidenciamos que algunas pistas matizan aquella idea. De un grupo que empezó como bajo participante, el tránsito al segundo conjunto tomó quinquenios o décadas⁵.

¹ AGN, SR, HDS, L57, f. 38r.

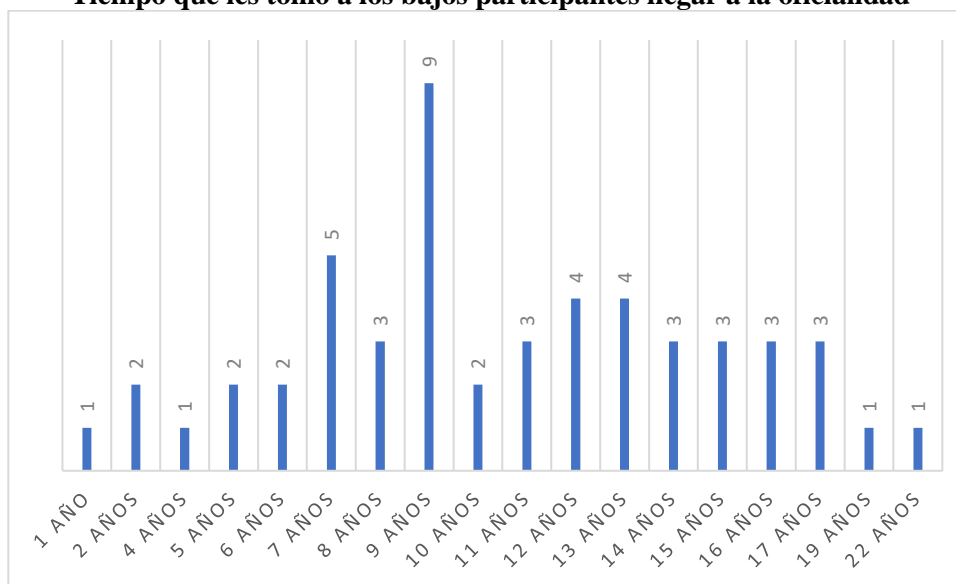
² AGN, SR, HDS, L22, f. 507r.

³ Carlos Delgado Nieto, *Maza y Padilla. Dos héroes colombianos* (Bogotá: Ediciones Espiral Colombia, 1964). También puede verse: Lasso, *Mitos de armonía racial...*, 115-128.

⁴ AGN, SR, HDS, L1, f. 619r.

⁵ Incluso hay algunos allí que no alcanzaron la oficialidad: Luis Álvarez, Clemente Palmera y José Flórez sólo llegaron a sargento 1^o. El primero sirvió por nueve años, el segundo por quince y el tercero por dieciséis. Respectivamente: BLAA, ACM, Db1105, f. 3; AGN, SR, HDS, L58, f. 399r; AGN, SR, HDS, L15, f. 460r.

Gráfico 2:
Tiempo que les tomó a los bajos participantes llegar a la oficialidad



Fuente: Expedientes de la investigación (Anexo), muestra de 52 participantes

En mayo de 1819, Ambrosio Plaza indicó que su batallón contaba con una vacante para subtenencia. Decidió proponer al sargento 1º Juan José Rodríguez, quien no sólo contaba con las cualidades para el puesto, sino que se encontraba «muy atrasado en su carrera, pues tiene de sargento 1º tres años y meses»¹. Si tomamos como criterio las palabras de Plaza, sólo tres individuos del Gráfico no estaban atrasados, todo el resto esperó años para poder ponerse al día.

Si del Gráfico tomamos a las personas cuyos oficios podemos confirmar, apreciamos la tendencia mencionada y una notable excepción. Pedro Torres fue el “herrero de la campaña”. Nacido en La Guaira, ingresó al ejército en junio de 1818. Empezó sus servicios como Maestro Mayor de Montajes de los cuerpos de artillería y «sirvió en clase de Maestro Mayor de Herrería 7 meses, 27 días»². A pesar de su oficio artesanal, Torres presentó un ascenso acelerado. Para septiembre de 1819 recibió su despacho a capitán sin pasar por rangos intermedios³. Puede ser que su condición de Maestro Mayor lo catapultó hacia el segundo conjunto, pero este indicio no es posible rastrearlo; aunque presentaría un panorama complejo entre nivel técnico de lo manual y el acceso a los rangos del ejército. Sin embargo, otros artesanos y trabajadores no contaron con la suerte de Torres.

José María Litz fue el “armero de la campaña” y un bogotano que empezó como soldado raso en julio de 1810. Fue cabo y sargento en los años de la guerra y recibió su ascenso a subteniente hasta marzo de 1822⁴. En las campañas del sur «el señor Litz fue prisionero en la Cabuya de Cáqueza, que entonces era sargento armero i que lo trajeron los españoles aquí [Bogotá] preso i luego que supieron que trabajaba en armería, lo sacaron a trabajar con una gruesa cadena al pie»⁵. Para 1818 retornó a los ejércitos en Casanare, ejerció su oficio allí y, más tarde, marchó sobre la Nueva Granada para sobrevivir a Vargas y Boyacá.

¹ DSC, II, Doc. 365, Oficio en que se solicita y aprueba el ascenso del sargento 1º Juan José Rodríguez al grado de subteniente de bandera del batallón Barcelona, 22 y 23 de mayo 1819, 56.

² BLAA, ACM, Db0198, f. 9.

³ AGN, SR, HDS, L60, f. 967r.

⁴ AGN, SR, HDS L29, f. 256r.

⁵ AGN, SR, HDS, L25, f. 262r.

Durante doce años, como soldado y artesano reparó las armas y las disparó en batalla. A pesar de recibir ascensos sucesivos dentro de los bajos participantes, el ritmo con el que llegó a la oficialidad está dentro de la tendencia señalada.

Antonio Galindes, por su parte, era un labrador nacido en Maturín, de pelo y pocas cejas rubias, nariz afilada, boca proporcionada, cara larga y sin un pelo de barba¹. En calidad de soldado peleó en Gámeza, Vargas y Boyacá y este rango fue el único que ejerció desde que se enroló en agosto de 1811. Por fin, después de ejercer como soldado por once años recibió su ascenso a cabo en marzo de 1822 y a sargento en septiembre de 1823, para luego ser subteniente en julio de 1826². Llegar a oficial le tomó quince años y para salir de la soldadesca fueron once, lo que sin duda es un tiempo considerable. La experiencia de José Landeata, un posible albañil³, fortalece la tendencia mencionada. Este caraqueño combatió en Vargas y Boyacá y en repetidas ocasiones quedó herido durante la Independencia⁴. Con 18 años empezó sus servicios en enero de 1813. Después de pasar por cabo y sargento, accedió a la oficialidad en junio de 1830⁵. Fueron diecisiete años para ser oficial.

Si bien la oficialidad no fue un escenario vetado para el bajo pueblo, su ritmo fue más pausado que el de las élites. El camino que tuvieron que recorrer los plebeyos, una vez se encontraron en la institución, presentó su propia lógica y sus propias complicaciones. Arriba mencionamos —extrapolando desde las experiencias de las élites— que la meritocracia, el factor relacional y la necesidad se vieron involucrados en los ascensos. En el estudio de lo popular podríamos agregar otros factores que participaron de este problema.

2.3.3. Color de piel

El color de piel no puede ser descartado como elemento en la configuración de los ascensos. Para incluir esta variable tenemos dos problemas. Las Hojas de Servicios rara vez mencionan este dato. Además, el tema es regionalmente variable y la magnitud de estas poblaciones cambió según la zona geográfica y por ende su peso proporcional dentro de los ejércitos.

Lo que tenemos muy en claro es que la revolución de la Independencia no sólo se la debemos a los blancos. En los ejércitos de la Independencia encontramos negros, indígenas, zambos, pardos y una gama variopinta de tonos. En la campaña de 1819 varios oficiales eran de color. El coronel Leonardo “el negro” Infante, el coronel pardo Juan José Rondón y el mencionado capitán pardo Lorenzo Moyano eran de ascendencia africana⁶. Para 1818, la impresión de un legionario era que «innúmeros oficiales que rodeaban a Bolívar eran de color»⁷. En la tropa, por su parte, también existió la participación de personas

¹ BLAA, ACM, Db2681, f. 1.

² AGN, SR, HDS, L17, f. 489r.

³ De este individuo desconocemos el oficio, pero al caer prisionero fue destinado a las obras públicas durante 14 meses. Como hemos visto, por lo general los prisioneros eran destinados como soldados del rey, por lo que al ser destinado a trabajo puede deberse a su trabajo calificado como artesano; AGN, SR, HDS, L24, ff. 749r-756r.

⁴ AGN, SR, HDS, L24, f. 750r-v.

⁵ AGN, SR, HDS, L24, f. 751r.

⁶ Paul Verna, *Vida y muerte de Leonardo Infante* (Caracas: Ministerio de Educación, 1972); Roberto Ibáñez Sánchez, *Coronel Juan José Rondón* (S/L: Imprenta y Litografía de las Fuerzas Militares, 1972).

⁷ Vawell, *Memorias de un oficial...*, 69.

de todos los colores. En un informe de Barreiro a Sámano le indicó que en el ejército republicano había con muchos negros e indígenas¹.

De los pocos datos que disponemos, en este ejército estuvo el soldado José Antonio Ayala, pardo proveniente de Angostura²; los sargentos Domingo Bolívar y Gregorio Blanco, ambos pardos y oriundos de Caracas; y Belisario Toribio, otro sargento pardo nacido en la Villa de San Carlos³. Estuvieron además los indígenas que el coronel fray Ignacio Mariño reclutó de las misiones del Casanare⁴. Hasta zambos participaron de estas contiendas. En las memorias de Espinosa, mientras retrataba a Rondón, surgió una anécdota sobre el valor de un Zambo a finales de julio de 1819. Por su carga pintoresca e histórica, se ha decidido reproducir la totalidad de la narración.

Habiéndose acampado el general Barreiro, español, al frente del Pantano de Vargas, se acercaron á nuestro campo dos húsares de Fernando VII, seguramente con ánimo de desafiar á dos de los nuestros. Venían en magníficos caballos, y muy bien uniformados, con una chaqueta verde guarnecida de pieles, colgada sobre el hombro izquierdo; tenían espada, carabina, un par de pistolas, cantimplora, etc. Nosotros estábamos viéndolos hacer morisquetas, cuando se me presentó un zambito de la caballería de bajo Apure, y me dijo: “Mi generá, ¿me da permiso de espantá aquello dos goos?” ¿Y tú solo? “sí señó”, me contestó el zambito, que estaba medio desnudo, con su lanza, montado en pelo en un caballito que manejaba con una getera: se precipitó sobre los dos españoles, y cuando se acercó le hicieron tiros de pistola y carabina, pero por fortuna no fue grave la herida hecha al caballo; entonces lanceó á uno de los dos godos y el otro salió corriendo, y la cantimplora volaba por la precipitación con la que iba: pero no obstante esa ligereza fue alcanzado por el nuestro, y corrió la misma suerte del primero. El zambo fue aplaudido por todo nuestro campo á donde volvió con un caballo de cabestro, y yo le dije: “¡te has lucido!” á lo que me contestó: “Eso no es náa mi generá” (sic.)⁵.

Que hubo negros, pardos, zambos, indígenas, mestizos y demás fenotipos en la guerra de Independencia no es ninguna novedad. Allí no hay sorpresa alguna⁶. La duda sobre cómo influyó el color de piel en los ascensos es otra historia. En la recolección de filiaciones encontramos 128 que fueron de tez blanca. De ellos, sólo 5 son aspirantes. No todo blanco —por el simple hecho de ser blanco— entró en las lógicas y mecanismos de privilegio de esta distinción⁷. Además, Manuel Miranda empezó sus servicios en 1826 como aspirante a pesar de tener la tez trigueña⁸. No todos los de piel blanca fueron aspirantes y existieron, posiblemente en más de un caso, algunos como Manuel Miranda que portaron este título con otros tonos de piel. Junto a ellos, Lorenzo Moyano —el citado capitán pardo— a pesar de empezar como soldado capitaneó en cuestión de meses.

El color de piel jugó un papel en la configuración del ejército, de eso no cabe duda, pero medir la magnitud de su impacto en los ascensos es complejo. Sabemos que pudo afectar otras instancias de la institución, como el organigrama mismo de los batallones. Andrés Gallo se dirigió con sus familiares y criados a la guerra. El color de piel de su familia los posicionó de forma diferenciada. Cuando llegaron y conocieron a Bolívar, éste les dijo que

¹ LBB, Doc. 38, Barreiro a Sámano, 19 de julio 1819, 81-87.

² AGN, SR, HDS, L1, f. 536r-v.

³ AGN, SR, HDS, L4, ff. 456 r-v, 822r-v y 1015r-v; respectivamente.

⁴ BLAA, ACM, Db0305, f. 14r-v.

⁵ Espinosa, *Memorias de un abanderado...*, 216-217.

⁶ Heraclio Bonilla, ed., *Indios, negros y mestizos en la Independencia* (Bogotá: Editorial Planeta colombiana S.A., 2010).

⁷ AGN, SR, DM, L3, ff. 265-266 y 289-290; AGN, AA-II, SGM, Caja 1, Carpeta 4, f. 59r.

⁸ AGN, SR, DM, L3, f. 377r.

a ustedes los voy a incorporar en el batallón Albión, compuesto de ingleses, para que ellos vean que por acá hay también gente blanca y bien parecida, y sus muchachos irán al batallón del comandante París, compuesto de pamploneses, cucuteños y socorranos y tunjanos; allí quedarán bien¹.

Si bien encontramos que el factor racial influyó en la organización del ejército, se cree que el verdadero factor que atraviesa las dinámicas de los rangos es de carácter socioeconómico. En un estudio global sobre la Independencia, Jaime Rodríguez señaló que para inicios del siglo XIX «en los centros urbanos, la población fue definiéndose cada vez más en términos de clase social y no por su ascendencia racial»². Con esto no se quiere decir que durante la vida republicana no se presentaron conflictos en torno al color de la piel. Lo que queremos indicar es que, a pesar del color de la piel, el verdadero reto de ascenso en los ejércitos se presentó por la condición de artesanos y trabajadores manuales de los bajos participantes.

Hubo casos de oficiales de todos los colores, esto lo sabemos con certeza. Sin embargo, lo que apreciamos en el Gráfico 2 se puede deber más a la procedencia social que al fenotipo racial, aunque muchas veces estas condiciones estuvieron yuxtapuestas³. Tristemente, las evidencias disponibles no permiten ampliar la relación entre color de piel y ascensos, pero no puede perderse de vista que este factor estuvo presente en el ascenso del bajo pueblo, aunque quizás no fue el único determinante.

2.3.4. Lectoescritura

Otro elemento central es la capacidad de lectoescritura. Para el ejército, las actividades vinculadas a lo escrito ayudaron al funcionamiento interno y a la consolidación de la institución. Según las Ordenanzas, se ascenderá a sargento a aquel que sepa «filiar una recluta»⁴, lo que implica la escritura de un folio con diferente información sobre los enrolados. A pesar de no ser explícito al respecto, se está poniendo de manifiesto que para acceder a este rango bajo se debía escribir y leer.

Esto no pasó desapercibido por los comandantes de la Independencia, le facilitaron el camino a los que contaban con dicha habilidad. Mientras José María Cansino estaba organizando los ejércitos en Chocó se enfrentó a la tarea de cuadrar los ascensos y el organigrama de sus tropas. Escribió, entonces, que «se ha pedido una razón de los cabos que pueden ser promovidos á sargentos, y de los soldados que puedan serlo á cabos, para ocurrir al defecto que se nota de estas clases en las compañías advirtiendo que **se escojan los que sepan leer, y escribir, como instrucción necesaria para estos destinos**»⁵.

Los sargentos filiaban y también pudieron ser escribientes de los procesos judiciales⁶. Para los cabos, por el contrario, desconocemos cómo estas habilidades hicieron parte de sus actividades diarias. En todo caso, este factor contribuyó positivamente en los ascensos a la baja oficialidad. Para 1827, en el cuerpo que mandaba José María Garzón Zábala, se abrió una vacante para sargento 1°. A José María Cancino, un músico de tropas, se le postuló porque además de ser «de buena conducta y honrado proceder», «tiene las circunstancias de saber leer y escribir»⁷. A Tomás Callejas la habilidad con la pluma también le facilitó

¹ BHA, núm. 12, 1920, «Páginas inéditas sobre Boyacá [de Andrés Gallo]», 522.

² Rodríguez, *La independencia de la América española*, 23.

³ Por ejemplo, en Cartagena «las castas constituían una mayoría en las clases productivas»; Lasso, *Mitos de armonía racial*, 46.

⁴ *Ordenanzas*, I, 125.

⁵ AGN, SR, HDS, L11, f. 985v. (La negrilla es nuestra).

⁶ En el proceso por desertión contra el mencionado sastre José Díaz estuvo a cargo del sargento 1° Pedro Peña; AGN, SR, AC, L76, f. 113r.

⁷ AGN, SR, HDS, L7, f. 535r.

ascender en el escalafón militar. En los azares de la guerra cayó prisionero de los realistas en la Provincia de Barcelona y fue puesto a servir como soldado. A pesar de ello pudo ascender en el ejército realista «hasta el grado de sargento 2° por la mediana inteligencia que tengo con la pluma»¹.

Aunque ayudase en el ascenso, para los rangos bajos no siempre fue una obligación conocer el manejo de la pluma. Cuando se estaba adelantando el proceso por desertión contra José Ygnacio González se nombró de escribiente a José María Valle (de quien no sabemos el rango), dado que no había «en el cuartel general un sargento de segunda clase que tenga la cualidad de saber escribir»². Como cabo 1° de artillería, José Sánchez marchó sobre la Nueva Granada en 1819. Él era de «pelo y cejas castaño, ojos pardos, nariz regular, boca pequeña, barbilampiño, [y de] color pardo»³. Al ser filiado marcó una cruz; signo del analfabeta. A pesar de ello, fue ascendido a sargento 2° en octubre de 1819, a sargento 1° en 1820 e, incluso, a subteniente 1° en 1826⁴.

En calidad de cabo 1° de caballería, el casanareño Ascención Ramírez se encontró en las batallas de Vargas y Boyacá. En un reclamo de 1848 se reivindicó como parte de los «antiguos servidores de la patria» y al final aparece su firma⁵. A pesar de ello, en 1850 se le solicitó presentarse como testigo en el distrito parroquial de Moreno y al exigir su firma hizo una cruz por no saber leer y escribir. Sin duda la primera fue por súplica, pero el indicio relevante es que Ramírez pasó por los rangos de sargento entre 1820 y 1821 y, para noviembre de 1830 recibió su despacho de alférez sin saber siquiera firmar⁶.

Como ellos, en 1848 el sargento Juan de Dios Urquija certificó los servicios de José María Cárdenas. Al final del cuestionario se lee que «por no saber firmar lo señaló con una cruz»⁷. Con veintiocho años de servicios (asumiendo que empezó cuando conoció a Cárdenas) alcanzó el rango de sargento a pesar de su condición de analfabeta. De su servicio no conocemos los detalles, pero encontramos dos elementos relacionados. Primero, a pesar de no saber firmar fue sargento, lo que indica que este empleo no excluyó a todos los que desconocían las actividades de la pluma. Segundo, carecer de esta habilidad pareció impactar sus ritmos de ascenso, dado que en casi tres décadas continuó ejerciendo las funciones de bajo participante.

De los casos expuestos, tanto Sánchez como Ramírez se quedaron en el primer rango de la oficialidad: la subtenencia. Lo que bien pudo deberse a su desconocimiento de la escritura y la lectura, entre otros factores. Contrario a ellos, Joaquín Fernández de Navia Arzayus, natural de Quilichao, se le reconoció

¹ AGN, SR, SGM, L1, f. 177r. Si revisamos con atención lo dicho por Callejas, notamos una pista sobre el nivel necesario para las actividades de escritura. Bien puede ser modestia, pero se hace explícito que su conocimiento es “mediano”. Este indicio es importante porque muchas veces lo que sabemos es si las personas firmaban o marcaban una cruz. Es complejo determinar qué tanto sabe sobre letras alguien que firma, aunque este dato expresa algún manejo —tal vez “mediano”— sobre del alfabeto y su reproducción escrita. Tomamos como base, para la exposición siguiente, que la firma puede ser interpretada como signo de lectoescritura, mientras que la cruz sí es una clara expresión del desconocimiento total de las letras; se es incapaz de escribir el nombre propio.

² AGN, SR, AC, L32, f. 477r.

³ BLAA, ACM, Db0713, f. 2.

⁴ AGN, SR, HDS, L60, f. 502r.

⁵ AGN, SR, HDS, L38, f. 364r-v.

⁶ AGN, SR, HDS, L38, f. 351r. Por la investigación adelantada, alférez y subtenientes son sinónimos que, en las fuentes, pueden ser usados sin diferenciación. Marchena comenta que es difícil de determinar cuándo se empezó a reemplazar alférez con subteniente, pero en la Independencia se continúan usando de forma indiferenciada; Marchena, *Oficiales y soldados en el ejército de América*, 74.

⁷ AGN, SR, HDS, L9, f. 50v.

como una persona con «las circunstancias de saber leer y escribir»¹. Para diciembre 1812 ingresó como soldado raso, fue ascendido a sargento 1° en 1817 y accedió a la oficialidad en diciembre de 1821. Aunque lenta, su carrera no se detuvo allí. Entre retiros, llamadas al servicio y ascensos, para 1848 llegó a ejercer labores de sargento mayor².

Quizás sea falso pensar que sólo su capacidad de lectoescritura le permitió llegar a altos rangos de la oficialidad, pero este factor pudo contribuir en sus ascensos. Sin que sepamos si también sólo se debe al factor de la lectoescritura, para 1847 encontramos soldados analfabetas que al menos desde 1819 están combatiendo, pero nunca recibieron ningún tipo de promoción³. Quizás es exagerado pensar que alguien que no supiera leer y escribir pudo realizar funciones de coronel⁴. El campo humano que hemos explorado contradice esta afirmación, puesto que los casos recuperados tienden a no acceder a la oficialidad o a quedarse en la subtenencia.

Como dijo Mosquera, la cultura escrita dividió a la oficialidad de la soldadesca, pero esta afirmación debe ser analizada con mayor detalle de lo que parece a primera vista⁵. Primero, una de las razones que acercó a la oficialidad a lo escrito es los quehaceres específicos de sus rangos, no sólo una cuestión de división social o estatus. Segundo, sin la capacidad de lo escrito sí fue posible ejercer rangos de baja oficialidad o subtenencia. Tercero, siempre estuvo presente la posibilidad del aprendizaje. El bajo pueblo pudo acceder a la cultura escrita y facilitar su ascenso en el escalafón militar. Esta barrera de lo escrito y el ascenso debe considerar algunos elementos adicionales. En el siguiente Cuadro encontramos una información sorprendente:

Cuadro 4:
Firmas y cruces de reclutas

Dato	#
Firman	78
Ponen cruz	199
Total	277

Fuente: Base de filiaciones (Anexo)

Sin duda sorprendente que de 277 registros sobre firmas, el 28% pudo escribir su nombre al momento de ser filiados. Las explicaciones de este dato son complejas. Sabemos que la educación pública fue parte de los primeros esfuerzos republicanos⁶. Es posible que en las parroquias locales los curas enseñaran, enfocados en los textos religiosos, algunas habilidades de las letras. Tal vez esto ayude a entender que casi un tercio de la muestra ingresó al ejército sin ser enteramente analfabeta. Al menos en este dato, bajo pueblo no fue sinónimo total de sectores iletrados.

En la muestra trabajada también es sorprendente que la mayoría que empezó en rangos bajos manifestó en algún momento poder escribir y firmar; con la sospecha de que algunas firmas puedan ser por súplica (como la de Ascención Ramírez). Una alternativa estriba en la enseñanza solidaria entre

¹ AGN, SR, HDS, L16, f. 432r.

² AGN, SR, HDS, L16, ff. 445v, 451r y 459v.

³ Los soldados Pedro Alfonzo y Manuel Vargas declaran haber conocido a Cárdenas en septiembre de 1819 y ambos firman con una cruz; AGN, SR, HDS, L9, ff. 30r-v, 31v y 33r.

⁴ Bushnell, *El régimen de Santander...*, 280.

⁵ Mosquera, *Manuel Sechagua y otros*, 25.

⁶ Algunos apuntes pueden encontrarse en Bushnell, *El régimen de Santander en la Gran Colombia*, 211-222.

participantes como espacio de apoyo mutuo y solidaridad. Se encontró que Juan Gualberto Gutiérrez, «aun en los tiempos en que se ocupaba, durante la guerra de independencia, de la dirección de hospitales, quedábale (sic.) tiempo para enseñar a leer y escribir a los soldados enfermos»¹. Más referencia no se han localizado. Sin embargo, no es absurdo considerar que otros curas pudieron dedicar tiempo a la enseñanza de las letras y, por ende, facilitar e impulsar al bajo pueblo a rangos más elevados.

No sabemos si al ingresar al ejército José María Ramírez ya disponía de la habilidad de firmar. Sin embargo, este caraqueño inició en calidad de soldado raso en agosto de 1813, marchó sobre la Nueva Granada como sargento 2º y salió herido en el Puente de Boyacá. Ya fuera que inició sabiendo, o aprendió en la marcha, su firma se encuentra en su expediente. Quizás por ello alcanzó el rango de capitán en noviembre de 1826². Juan Nepomuceno Silva llegó al ejército con unos 11 o 12 años, y se enroló en julio de 1819 para combatir en Vargas y Boyacá. Por su escasa edad es posible que en su ingreso no supiera leer y escribir, aunque no podemos estar seguros. En cualquier caso, en su expediente encontramos su firma y las pruebas de que alcanzó la oficialidad en 1831 como alférez y en 1858 el rango de sargento mayor efectivo³.

Como ellos, son varios los bajos participantes que en su carrera militar obtuvieron altos rangos y que en algún punto encontramos sus firmas. Ya fuera que aprendieron en su estadía en el ejército o antes de enrolarse, la habilidad de la escritura es un elemento de los ascensos del bajo pueblo. Si bien pudieron ejercer como cabos, sargentos o subtenientes, carecer de este conocimiento sí pudo prestarse como una barrera para rangos más elevados. Entre otras razones, porque estos empleos incluían el manejo de informes, correspondencia y demás documentos escritos.

La meritocracia, el factor relacional, la necesidad, el fenotipo y la lectoescritura son factores que se involucraron en los ascensos del bajo pueblo. La mezcla compleja de estas consideraciones es imposible de determinar con los datos disponibles, pero es muy posible que todos se combinaron en el proceso de ascenso lento de la plebe a posiciones altas de mando.

¹ BHA, núm. 473-474, mar-abr-1954, «El médico del Ejército Libertador», 418.

² AGN, SR, HDS, L59, f. 739r-v.

³ AGN, SR, HDS, L62 y L43, ff. 81r y 122r; respectivamente.

3. Trabajo militar, talleres en guerra y combatientes artesanos

En la llegada al ejército las tareas diarias hicieron parte del encuentro de lo popular con la institución. El antecedente del trabajo manual tuvo continuidad en el ejército, fueron los sectores populares los encargados de los diversos quehaceres diarios de la vida castrense. Una vez llegaron fueron puestos en un rango bajo (que por lo general ejercieron por varios años) y sus manos eran un bien adquirido para la institución. Por ende, en este capítulo indagaremos los trabajos diversos que acompañaron la participación plebeya de la guerra de Independencia y en la consolidación de los ejércitos. Iniciaremos explorando el trabajo militar de los rangos bajos, quienes tuvieron como eje fundamental la actividad manual del diario vivir. Después haremos una exploración de la producción artesanal en los talleres de la guerra y cómo, a través del estudio de los herreros y los armeros, se visibiliza la pertinencia de la actividad artesanal dentro de la configuración histórica del ejército. Por último, exploramos la vida de aquellos que, en la mitad del mundo del trabajo militar y artesanal, ejercieron una función doble durante la guerra: en su servicio fungieron de combatientes y de artesanos.

3.1. Los quehaceres diarios y la división del trabajo militar

En el Cuadro 3 establecimos dos conjuntos diferenciables del ejército. Por un lado, propusimos a los bajos participantes, por el otro a la oficialidad. Al explorar las tareas que mantuvieron la institución funcional, esta bifurcación de conjuntos permite acercarse a la división del trabajo militar. En esta dicotomía, la actividad física y manual es una frontera entre las acciones de los conjuntos. Mientras los bajos participantes cumplieron labores manuales, que conceptualizamos como el “oficio de las armas”, la oficialidad se encargó del “ejercicio de la autoridad”. No entendemos la categorización como confrontación entre lo manual y lo intelectual, dado que el saber sobre los materiales, las técnicas y demás elementos quedan ocultas al pensar lo artesanal sólo como actividad repetitiva y mecánica. Más bien, en la reflexión sobre una institución jerarquizada, esta división debe ser comprendida sobre el hacer y el ordenar. En otras palabras, los primeros realizaron y obedecieron, mientras que los segundos ordenaron y fueron obedecidos.

Sin duda, en la cadena de mando esta relación entre acción y obediencia presenta sus lógicas propias. La verticalidad de la institución produce que un alto coronel siga siendo subalterno del general o un soldado raso del cabo. Por ello debemos incluir los matices característicos de un ejército en este análisis. Por ahora concentrémonos en las labores diarias de los bajos participantes. Por carencia de fuentes, es imposible reconstruir la configuración específica de las tareas en cada momento concreto. Nos vemos forzados a trabajar con retazos.

Sus tareas diarias eran variadas y es posible reconstruir algunas de ellas¹. Uno de los conocimientos necesarios para dejar de ser recluta y pasar a soldado incluyó «conocer las faltas de su fusil, el nombre de cada pieza, el modo de armar, y desarmar la llave, y poner bien la piedra»². El soldado armó y desarmó el fusil; el cabo le enseñó y lo vigiló; mientras que el sargento le enseñó al cabo a enseñar y vigilar. En el cuidado del armamento participó el cabo al instruir en los procedimientos necesarios para su manutención. El sargento, para poder acceder a este rango, debió saber cómo realizar estas tareas, aunque sus funciones respecto al armamento sean más cercanas al ejercicio de la autoridad. En el cuidado vemos de forma explícita el trabajo manual, dado que los soldados y los cabos usaban herramientas para esta tarea. Así, «para la limpieza, y conservación de armamento, tendrá [el cabo] en su respectiva escuadra un bruñidor, un pequeño martillo, un desarmador, y un mazo de madera para ajustar las bayonetas al cañón»³.

Con las manos, bruñidores, martillos, desarmadores y mazos, los bajos participantes mantuvieron y cuidaron el armamento del ejército. El 6 de julio de 1819, la instrucción para la tropa fue que «limpiarán el armamento [de] los cuerpos sin desarmar las llaves y con la precaución de que no se limpia todo a la vez, para evitar cualquier acontecimiento en un movimiento pronto del enemigo»⁴. No conocemos los procedimientos exactos de limpieza, pero esta referencia sugiere que los ritmos variaron según la cercanía y amenaza del enemigo. Tampoco sabemos si en cada escuadra existieron las herramientas necesarias. Para junio de 1819, este ejército de 2064 efectivos sólo contaba con 160 escobillas para la limpieza del

¹ Atrás expusimos las funciones y quehaceres de los músicos. Ahora nos concentraremos en los combatientes, más debe tenerse en cuenta que los músicos también fueron parte de los grupos militares que realizaron tareas manuales: tocar sus instrumentos y reproducir las órdenes de los comandantes en códigos sonoros.

² *Ordenanzas*, I, 78.

³ *Ordenanzas*, I, 93.

⁴ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 61.

armamento, sin ninguna referencia a martillos o bruñidores¹. No obstante, los bajos participantes tuvieron una cercana relación manual con el armamento, la cual pudo cambiar por disponibilidad de herramientas o azares de cada campaña.

En medio de las marchas los bajos participantes fungieron de cargueros cuando los animales faltaban. Espinosa, cruzando la montaña de Berruecos, atestiguó que, muertas las mulas, se vieron «obligados los soldados á cargar ellos mismos tan enormes pesos por aquellas fragosidades y despeñaderos»². Durante la campaña de 1819, en el crudo paso por los Andes, la mayoría de los animales quedaron tendidos en el paso de Pisba. Los bajos participantes que no perecieron o quedaron enfermos, pudieron haber sido empleados como cargueros. Cuando el coronel Lara fue enviado con vecinos de los pueblos aledaños para que llevarsen «a hombros los pertrechos y armamento», es seguro suponer que él se encargó de su coordinación y no de su realización³.

En los campamentos los bajos participantes pudieron construir las empalizadas y asegurar el vivac. El 29 de julio se ordenó a los oficiales que reunieran a los soldados para que «vayan a traer junco para construir barreras en este mismo campo hoy mismo»⁴. Permanece la duda de si los comandantes cogieron las hachas junto a los soldados y se dedicaron a cortar codo a codo. Lo más probable es que esta tarea fuera realizada por los plebeyos.

En medio de las regulaciones de movilidad en el perímetro se hizo explícito que los sargentos, los cabos y los soldados son los encargados de recoger la leña y el agua para la vida diaria del ejército⁵. En esta dirección, las Ordenanzas prescribieron que en todo regimiento debe haber personas hábiles en el manejo del hacha. Otras de las tareas fueron reunir materiales, devastar bosques y habilitar caminos⁶. La limpieza de los campamentos recayó también sobre sus hombros, lo que clarifica que en la vida diaria el trabajo era realizado por rangos específicos: unos lo coordinaban y otros lo ejecutaban. En abril de 1819, se ordenó que «cada tres días se limpie todo aquel terreno que se halla a la circunferencia de los cuarteles» y eran los oficiales los que celaban su cumplimiento, más no su realización⁷. La limpieza, la construcción de empalizadas, trincheras, recolección de leña o agua y un variado conjunto de necesidades eran cubiertas por los rangos bajos⁸.

Otras evidencias señalan que el quehacer de la guardia y las patrullas las cumplieron las personas de este primer conjunto. Desde inicio de 1819, las guardias cuidaron el perímetro y por lo general estaban compuestas por un oficial coordinador, un sargento, un cabo y un número cambiante de soldados⁹. Los horarios de esta vigilancia eran variables, pero fueron sobre todo nocturnas. Las patrullas «deberán salir de las 8 de la noche hasta las 12, y de esta hora en adelante saldrán rondas compuestas de alguna tropa»¹⁰.

¹ DSC, II, Estado genera que manifiesta la fuerza..., 96.

² Espinosa, *Memorias de un abanderado...*, 66.

³ DDG, XVI, Doc. 712, Bolívar a Soublette, 7 de julio 1819, 408.

⁴ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 76.

⁵ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 51.

⁶ *Ordenanzas*, I, 4 y 5.

⁷ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 37 y 38.

⁸ Sobre la construcción de trincheras y limpieza puede verse también: DDG, XVI, Doc. 537, Ejército de operaciones de Cumaná: septiembre 1818, 178 y 179.

⁹ El número exacto de soldados de cada guardia es variable, a veces encontramos guardias con 4, 8 o 12 soldados. Véase: Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 22 y 45.

¹⁰ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 31.

Con rondas y contrarrondas, cuidaron de la amenaza enemiga y también del abigeato, por lo que la guardia se ubicó también en los corrales de ganado¹.

En las referencias dispersas también comprobamos que se ocuparon de la formación de los novatos. Durante la estadía en Casanare se escribió que hace «mucha falta para la recluta algunos cabos o soldados veteranos que entiendan la instrucción, el manejo de arma y giros»². Esta labor no es propia de lo manual. A medida que ascendemos en el escalafón, el trabajo manual se va volviendo mayoritariamente de autoridad. Por tanto, el sargento realiza tareas cada vez más cercanas al ejercicio de la autoridad, siendo el encargado directo de velar el cumplimiento de cada tarea a cabalidad.

No obstante, lo incluimos dentro de este primer conjunto por su cercanía y trato de primera mano con la soldadesca, los cabos y los músicos. Según las Ordenanzas, para el buen funcionamiento diario «el sargento tendrá con los soldados, y cabos un trato sostenido»³. Además, tuvo que montar guardia junto a esto rangos bajos. Su lugar de autoridad no lo eximió de patrullar, aunque algunas veces la guardia quedó «al mando de sargento»⁴. Su cercanía a la tropa es indudable, no sólo porque muchas veces repartía las raciones y controlaba el movimiento de víveres⁵, sino porque a diferencia de los oficiales, los castigos de palazos y regulaciones legales pudieron ser compartidos desde sargento hacia abajo⁶. Sin embargo, también se distanció de los quehaceres manuales y pudo incluso tener «la faculta de reprender y castigar las faltas»⁷. Entonces, el rango de sargento es un umbral complejo entre los conjuntos, aunque las actividades que realizó eran más manuales que en el resto de la oficialidad.

Si seguimos al estratega Clausewitz, el líder de los ejércitos no necesitaba conocer cómo producir atalayas o construir empalizadas, su conocimiento debía versar sobre los escenarios de la estrategia, el movimiento de tropas y las tácticas de combate⁸. En los ejércitos de la Independencia, los oficiales solían vigilar, coordinar, mandar y ejercitar su autoridad. Aunque no podemos olvidar la cadena de mando y la marcada jerarquía castrense. Los oficiales intermedios recibieron órdenes de los superiores. Incluso en la oficialidad las jerarquías tuvieron un peso en el nivel de conocimiento de la estrategia y en la división del trabajo.

Durante la campaña de 1819, Bolívar dio la orden y el capitán Ignacio Basilio Ruíz la ejecutó sin circunloquios: «se me dice apreste el paso del Río de Chicamocha para seguir a Cerinza [con] todo el ejército: lo hago; pasamos y seguimos á Cerinza: donde se nos manda aprestar cuarteles, víveres y bagajes: lo hago; luego se manda a Santa Rosa á aprestar todo: lo hago»⁹. Cuando el general en jefe ordena, se

¹ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 22.

² DSC, I, Doc. 142, Santander a Arredondo, 16 de enero 1819, 258.

³ *Ordenanzas*, I, 126 y 127.

⁴ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 31.

⁵ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 64.

⁶ Por ejemplo, ya dijimos que frente al abigeato a los oficiales se les castigó con degradación de rango, mientras que a los soldados con palazos y reincidiendo en el crimen, con la muerte; Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 19. Allí, no obstante, no es explícito el lugar del sargento, aunque sabemos que este rango no perteneció en aquella época a la oficialidad. Sumado a lo anterior, las regulaciones de movilidad del perímetro son establecidas de «todo individuo desde la clase de sargento inclusive abajo», lo que nos da más pistas para incluirlos en aquel conjunto; Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 51. Aunque también se sucedió que el sargento recibiera privilegios: «sargento o cabo que tenga descompuesto su fusil le suspenderá del empleo por 10 días, y el soldado será castigado severamente con palo»; SYE, II, Doc. 284, Santander a Sasmajous, 3 de febrero 1819, 57.

⁷ *Ordenanzas*, I, 257.

⁸ Clausewitz, *El arte y ciencia de la guerra*.

⁹ AGN, SR, HDS, L59, f. 724r.

obedece. A pesar de su condición de subalterno, Ruíz contó con varios privilegios y criados para momentos de emergencia. Cuando se enfermó de gravedad a finales de 1819 quedó postrado y sin poder moverse. Para cruzar el páramo de Almorzadero recurrió a su rango y privilegio para que sus criados lo llevaran cargado¹.

La cadena de mando tuvo un peso en la actividad militar de la época. Para 1815 en las cercanías de Pasto, Antonio Obando era teniente coronel y su rango no lo libró de la jerarquía: «como subalternos no nos era permitido hacer ninguna observación al coronel Rodríguez, que era el jefe del cuerpo»². A propósito de la pérdida de unos baúles de un coronel, el subteniente Espinosa vivió un altercado donde la cadena de mando tuvo preeminencia. Levantó una queja al comandante de su cuerpo porque consideraba injusto que se le obligara a retribuir el valor de los baúles, pero «sabido es el dicho proverbial de que el pez grande se come al chico, y que la hebra revienta por lo más delgado. Se desatendió mi reclamación por ser yo un pobre subalterno de quien no podía esperarse tanto como de todo un jefe»³.

Entonces, los oficiales se encontraron entre ordenar y obedecer. A medida que escalamos en el conjunto de la oficialidad, más se ordena, menos se obedece y más privilegios se acumulan. Aunque la cadena de mando marcó una diferencia interna entre los mismos oficiales, por lo general sus quehaceres no estaban atravesados por el trabajo manual. Por el contrario, giraron en torno al ejercicio de la autoridad. Incluso los subtenientes, que eran el rango más bajo de la oficialidad, dentro de sus tareas estuvo ser «la policía del cuartel»⁴.

El primer elemento general a todo el conjunto es la promoción de disciplina y la veeduría sobre las tropas. Santander ordenó a su ejército en Casanare que esperaba

que los comandantes, los mayores, los capitanes, los subalternos [teniente y subteniente], tomen el más grande interés en la disciplina de la tropa, el cuidado del armamento, la conservación de los cuerpos, la asistencia y alivio de los enfermos, y que en lo posible y según las circunstancias lo permiten, sea asistido el soldado⁵.

La dicotomía del oficio y la autoridad se reproduce en la mayoría de las labores militares. Si bien los bajos participantes limpiaban el arma, eran los oficiales los que velaban por su cumplimiento y organización. En el caso de las guardias y patrullas sucede algo similar. En los diarios de campaña de 1819, el servicio se turna e intercambia cada día. Un oficial —sobre todo capitanes— coordinaban a los hombres que pasaron sus noches cuidando el ganado y el perímetro, frente a los cual «los jefes de día deberán indispensablemente dar parte al jefe del estado mayor todos los días al amanecer y a las 6 de la tarde»⁶.

La vigilancia es uno de los principales quehaceres de la oficialidad. Ellos velaban porque el sargento reparta las raciones a tiempo. Los superiores debían tener «la mayor vigilancia sobre que la tropa se racione temprano diariamente»⁷. Nótese que el que realiza la tarea es el sargento, pero los oficiales vigilan su cumplimiento y ordenan su funcionamiento. Lo mismo sucede con los desertores, por lo que mayores,

¹ AGN, SR, HDS, L59, f. 725r.

² BHA, núm. 93, feb. 1913, «Autobiografía de Antonio Obando», 536.

³ Espinosa, *Memorias de un abanderado...*, 89.

⁴ *Ordenanzas*, I, 252.

⁵ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 48.

⁶ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 59.

⁷ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 64.

capitanes, tenientes y subtenientes tuvieron que vigilar la deserción y visitar «cada dos horas sus respectivos cuarteles»¹.

En febrero de 1819 se organizó un consejo permanente de guerra, el cual fue compuesto exclusivamente por oficiales. Con siete puestos nombrados por el jefe del ejército, «los vocales serán un coronel presidente, tres tenientes coroneles y tres capitanes, pudiéndose en caso de necesidad, sustituir a los tenientes coroneles, [por] sargentos mayores o capitanes, y a los capitanes [por] tenientes». Este consejo de guerra siguió los juicios desde soldados hasta coroneles². Desde los rangos más elevados hasta los más bajos enfrentaron juicios por incumplir la disciplina militar o cualquier otro delito. Con el visto bueno del comandante en jefe, este consejo de oficiales realizó castigos y juicios. Dependiendo del delito, informaron a los rangos superiores y reprendieron en conformidad³.

Hasta en el campo de batalla la división del trabajo militar se marcó por la dicotomía trabajada, más cuando consideramos los terrenos y limitaciones del mando en medio del estertor de la guerra. En una lid la visibilidad y la densidad del humo era tal «que no podíamos vernos unos a otros»⁴. La geografía también fue un reto para el mando. Durante la batalla del Puente de Boyacá, «Anzoátegui dirigía sus operaciones sin ver las mías, ni yo las de él, porque como habrán notado todos los que conocen el campo de batalla, se ocultan fácilmente los movimientos de una tropa por los matorrales, i la desigualdad del terreno»⁵. La coordinación del ejército pudo depender de altos comandantes, pero el humo, la vegetación y el terreno contribuyó a que la organización se diera más localmente, quedando en manos de tenientes, subtenientes e, incluso, de sargentos y cabos que estaban en las primeras líneas del combate.

A pesar de su obviedad, esta es otra tarea de los bajos participantes que ha pasado desapercibida en las narraciones históricas. Cuando contamos bajas, aparte de sólo haber sido recogida como un número anónimo, la muerte de los soldados y los bajos oficiales sobrepasa a la de los oficiales y altos jefes. Sin duda su mayoría tiene relación con su peso proporcional en el organigrama. Medir la magnitud de muertos y heridos de cada batalla es complejo, ya que al revisar las fuentes de un lado u el otro los resultados tienden a ser dispares, pero siempre murieron más plebeyos. Después de Gámeza, se reportaron 12 muertos y 76 heridos, de los cuales 10 bajas y 72 heridos eran de rangos bajos⁶. En el Pantano de Vargas los datos eran similares. De 104 muertos y heridos, los oficiales eran 23, mientras que el resto eran plebeyos⁷. En el Puente de Boyacá hubo 13 muertos y 53 heridos, de los cuales 11 muertos y 50 eran de los de abajo⁸.

Si bien la participación popular fue más allá de ser carne pasiva de los cañones, no podemos perder de vista que en la sevicia inenarrable de la guerra los rangos bajos eran peones de un ajedrez que no controlaban. En las batallas, estuvieron al frente de la línea y combatieron de primera mano con el enemigo. Con las limitaciones señaladas (humo, vegetación y terreno), la oficialidad organizó los combates. Pero, una vez más, la división de trabajo se marcó por la dicotomía de realizar y ordenar.

¹ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 60.

² Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 27-29.

³ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 31

⁴ Espinosa, *Memorias de un abanderado...*, 109.

⁵ Santander, *Apuntamientos para las...*, 9.

⁶ DDG, XVI, Doc. 717, Boletín del Ejército Libertador de la Nueva Granada, 12 de julio 1819, 412.

⁷ DDG, XVI, Doc. 724, Boletín del Ejército Libertador, 25 de julio 1819, 422.

⁸ DDG, XVI, Doc. 728, Boletín del Ejército Libertador, Batalla de Boyacá, 8 de agosto 1819, 430.

Los oficiales muertos en combate, que van desde subtenientes hasta coroneles (incluso Santander sale “contuso” de la batalla de Gámeza), matizan la idea de que sólo los bajos participantes se encontraban en la vanguardia, mientras en seguridad la oficialidad mandaba en retaguardia. Esta división maniquea no quiere plantearse aquí. Pero el peso de las bajas de los soldados, cabos y sargentos muestra que en combate la tarea de matar y morir contó dentro de sus obligaciones.

La división entre oficio de las armas y ejercicio de la autoridad es una categorización que expresa la dicotomía de los quehaceres militares. La cadena de mando forzó tareas disímiles en los oficiales y cada uno de estos rangos tuvieron funciones específicas que aquí no abordamos. Las manos que barrieron, recogieron, arreglaron, cavaron, construyeron y mataron, eran las del bajo pueblo que llenó los rangos de músicos, soldados, cabos y sargentos. En su encuentro con la institución, los sectores populares contribuyeron en la consolidación del ejército con acciones que, aunque casi invisibles en las fuentes, podemos asumir determinantes en el funcionamiento del día a día de la guerra.

3.2. Talleres en combate, producción sin tregua

Aparte de la realización de los quehaceres manuales diarios, la vinculación de los sectores populares permitió el usufructo de sus capacidades productivas y artesanales. Ahora nos concentraremos en el estudio de su producción y su contribución a la configuración y consolidación de los ejércitos. Por disponibilidad de información, nos concentramos en el estudio de los herreros, los armeros y algunos oficios relacionados. Su trabajo artesanal es otro escenario analítico de cómo la praxis plebeya participó de forma determinante en la posibilidad abierta de triunfar contra la monarquía hispánica.

Hemos señalado que el fondo común fue escaso en 1819. El armamento, los conocimientos, la gente llegaron y se fueron en el transitar de desertores o reincorporados. Sumado a las dinámicas de integración y disgregación, el fondo común no puede ser comprendido a cabalidad sin el aporte de la producción artesanal. Más todavía, cuando consideramos que el régimen productivo de la época era manufacturero y preindustrial, lo que permite afirmar que la Independencia fue un conflicto combatido con productos artesanales.

La efectividad militar dependió de un conjunto variado de factores. Los ejércitos consiguieron diferentes bagajes, pertrechos, alimentos y vestimentas en las marchas o conquistas militares, aunque los talleres de producción y el cultivo de conucos también ayudaron a viabilizar la guerra¹. La victoria sobre la ciudad de Tunja, «puso [al ejército] en posesión de 600 fusiles, un almacén de vestuarios con que se vistieron los soldados más desnudos, paño para construir otros, los hospitales, botiquines, Maestranza i cuanto poseía el enemigo»².

Con esta conquista se capturó dos espacios para la producción. Primero, las telas que se tradujeron en nueva vestimenta para la tropa; segundo, las Maestranzas. El estudio de la última permite empezar la indagación de los procesos productivos al interior del ejército. Las Maestranzas Nacionales de Artillería eran talleres de producción con diferentes ramos productivos. Estuvieron a cargo de las autoridades militares y muchos de los integrantes de los talleres contaron con rangos castrenses. Los encargados de producir eran sobre todo cabos y sargentos, mientras que los subtenientes y demás oficiales figuraron como coordinadores³. Que fueran los mismos militares los productores muestra que hubo participantes populares que ejercieron el oficio de las armas y el oficio artesanal de forma simultánea, condición dual que detallaremos más adelante. Por ahora, nos concentraremos en el estudio de los talleres mismos.

Los informes aportan pistas para entender las dinámicas productivas y laborales. Las evidencias localizadas son de los meses posteriores a la campaña, dado que el triunfo y toma de la capital favoreció la sistematización de la información y la adquisición de diferentes espacios productivos⁴. Por ello, estos indicios establecen algunas posibilidades de funcionamiento general de los talleres. Aunque su información no reconstruye las dinámicas productivas de las campañas de 1819, sí genera un panorama general de estudio.

¹ De forma explícita omitimos el estudio de la producción agrícola dentro de la configuración histórica del ejército. En este apartado nos concentraremos en la producción artesanal.

² López, *Recuerdos históricos...*, 13.

³ AGN, SR, SGM, L1, ff. 91r, 92r y 96r.

⁴ Los realistas informaron que el triunfo de la campaña otorgó diferentes elementos a los triunfadores: «se abren las casas de moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el rey nuestro señor en todo el virreinato»; SYE, II, Doc. 436, Morillo al ministro de guerra, 12 de septiembre 1819, 256.

Al adentrarnos en estos talleres podemos sugerir un horario posible de trabajo, aunque lo cambiante de la guerra produce dudas sobre cómo se presentó la dinámica durante las campañas previas. El 16 de agosto de 1819 al sargento Juan Nepomuceno Ortiz se le ordenó que

a las 6 de la mañana deberá empezarse el trabajo a esta hora separará la primera lista, a las 12 se retirarán: a las 2 de la tarde volverá a principiarse, separará la segunda lista, y a las 5:30 se retirarán, siempre que la necesidad no exija el que se trabaje por la noche (...) para que el trabajo no se retarde deberá iniciar la limpieza a las 5:30 de la mañana¹.

La jornada se inició desde las 5:30 con la limpieza del taller y en dos turnos se trabajó hasta las 5:30 de la tarde, con dos horas de pausa al mediodía. El trabajo nocturno era regulado con detalle, sólo lo pudieron realizar los veteranos y con la prevención de no gravar demasiado las arcas del estado². En las Maestranzas, las ramas productivas eran armería, carpintería, cerrajería, herrería, fundición, talabartería y zapatería. Ahora analizaremos algunas de ellas.

3.2.1. Las lanzas

En medio de los avatares de la guerra, las lanzas jugaron un papel central en los cuerpos de caballería. La efectividad mortífera dependió de la disponibilidad de esta arma. Al revisar las Maestranzas, este recurso atravesó la producción de dos ramas productivas: la carpintería y la herrería. Unos crearon el asta y enastaron la cabeza metálica que salía de las forjas y fraguas de los otros. La punta fue construida en hierro y los datos que tenemos corresponden a la producción de un maestro mayor, un sargento, un cabo y 20 operarios³. El resultado de tres meses de trabajo fue el siguiente:

Cuadro 5:
Producción de lanzas en los talleres de herrería

Producto	29 oct - 13 nov	15-20 nov	25-30 nov	29 nov - 11 dic
Lanzas compuestas	200	—	—	—
Lanzas*	141	72	72	84

Fuente: AGN, SR, SGM, L1, ff. 115r, 116r, 100r, 125v.

* En las obras entre octubre y noviembre, las lanzas aparecen como “lanzas nuevas”, mientras que en el resto de los meses figuran como “lanzas”, por cuestiones de presentación y análisis se ha decidido ponerlas todas juntas.

La creación de lanzas presentó una irregularidad considerable. Ambas obras de noviembre en cinco días produjeron 72 lanzas, lo cual representó un aumento proporcional frente a octubre y diciembre. En octubre, en dieciséis días salieron 141 lanzas, junto a 200 reparaciones que no se presentaron en los demás meses. Sin embargo, en diciembre la producción tuvo una drástica reducción. En doce días sólo se produjeron 84 lanzas y ninguna reparación. Las fuentes no permiten saber a qué se debió la fluctuación. Posiblemente a la disponibilidad de materiales o tal vez a la priorización de otros productos que no figuran en este Cuadro, puesto que en el taller se creaban toda clase de elementos para la guerra⁴.

Derivada de la irregularidad del trabajo manual y los ritmos artesanales, el fondo común del ejército pudo presentar fluctuaciones drásticas. Variaciones que por lo demás se aumentan cuando comparamos

¹ AGN, SR, SGM, L1, f. 93r.

² AGN, SR, SGM, L1, f. 87v.

³ AGN, SR, SGM, L1, f. 88r.

⁴ En los talleres de herrería encontramos que la variedad de manufacturas que ascienden a más de veinte productos diferenciables. Véase AGN, SR, SGM, L1, ff. 115r, 116r, 100r y 125r-v.

los datos con los talleres de carpintería. Este taller contó con un maestro mayor, un sargento, un cabo y 8 operarios. Su producción fue la siguiente¹:

Cuadro 6:
Lanzas enastadas en los talleres de carpintería

Producto	29 oct - 13 nov	15-20 nov	25-30 nov	29 nov - 11 dic
Lanzas enastadas	641	120	100	139

Fuente: AGN, SR, SGM, L1, ff. 113r, 118r, 120r y 127r.

La variación en los ritmos productivos se acentúa con mayor fuerza. Mientras en dieciséis días se enastaron 641 lanzas, en trece sólo fueron 139. Como con la herrería, la producción se pudo concentrar en otros bienes y esto explicaría los resultados dispares, puesto que además de lanzas se produjeron espeques, baúles, cajas, tapas, cureñas, culotes para obuses de distintas pulgadas, herramientas, hormas, baquetas y fusiles de madera².

La relación entre ambos talleres es compleja. Asumiendo que se enastaron las lanzas compuestas del Cuadro 5, para octubre no sabemos de dónde salieron las 300 cabezas faltantes. En cada conjunto de días la carpintería logró casi duplicar los resultados del taller de herrería. Queda la duda de si hubo otros talleres de herrería, en los datos disponibles no se cubren los resultados de los carpinteros. Esta disparidad puede estar, sobre todo, relacionada con el nivel técnico que implicó la creación de cada una de las partes, siendo el trabajo de herrería —posiblemente— de mayor complejidad que la creación de cilindros de madera.

La información disponible no permite comprender del todo las razones para la variabilidad de los ritmos productivos. No obstante, si se presentaron una vez Bogotá estuvo controlada, no es absurdo suponer que la precariedad durante las campañas profundizó lo cambiante de la producción. Quizás por ello hubo varios llamados de atención sobre la conservación de las lanzas, la necesidad de artesanos y el buen manejo de los materiales necesarios para su producción.

Días antes de que se emprendiera la marcha, Bolívar instó a que se hiciera todo lo posible por juntar materiales para mantener la producción. Dijo que la lanza era el arma que «da la superioridad sobre el enemigo», por lo que «si hay falta de hierro, que se haga uso de las ventanas o de cualquiera obra que haya de este metal»³. La disponibilidad de materiales está dentro de las preocupaciones de las autoridades en su proceso de centralización y organización de los ejércitos. La carencia de hierro afectó los ritmos productivos de las Maestranzas de Angostura y Casanare, y en las fuentes no se registró la misma carencia de materiales para las astas, tal vez porque en los Llanos era fácil conseguir madera ligera⁴.

El ejército, dada la relación entre carencia de materiales y ritmos productivos, tomó más de una decisión sobre la conservación del armamento. En Casanare se advirtió que las lanzas debían cuidarse con atención, ya que los artesanos no contaban con «una onza de hierro»⁵. En la misma dirección, en enero de 1819 se argumentó que «es irresistible tanta pérdida de lanzas que hace la caballería en circunstancias en que no hay hierro para trabajarlas (...) [por lo que] el soldado que pierda su lanza será destinado precisamente a la infantería»⁶.

¹ AGN, SR, SGM, L1, f. 88r.

² AGN, SR, SGM, L1, ff. 113r, 118r, 120r y 127r

³ ADL, Doc. 3707, Bolívar a Zea, 9 de mayo 1819.

⁴ Vawell, *Memorias de un oficial...*, 148.

⁵ SYE, II, Doc. 268, Santander al comandante del cantón del Palmar, 29 de enero 1819, 46.

⁶ SYE, II, Doc. 267, Santander al comandante Loreto, 27 de enero 1819, 45.

La incapacidad para producir en grandes cantidades y con ritmos estables, llevó a las autoridades a desarrollar pautas que protegieran el fondo común hasta de la pérdida de una sola lanza. Junto a la escasez de materiales, los ejércitos necesitaron a los artesanos capaces de transformar el metal en bruto en un arma puntiaguda eficaz. En un régimen productivo preindustrial la pericia técnica del artesano era determinante. En la correspondencia de las élites existen referencias a cómo la carencia de los herreros significó reducciones considerables en la producción. Antonio Zea manifestó su preocupación por no poder cumplir con un pedido de lanzas. Con un tono de intranquilidad escribió que «hasta ahora ha sido absolutamente imposible hacer las lanzas pedidas, porque no había siquiera un hombre en estado de trabajar (...) no ha quedado ni un herrero —agregó—, y aquí apenas hay alguno capaz de trabajar»¹.

El herrero, por lo demás, debió tener pericia sobre su oficio. La experiencia resultó ser también parte de este proceso productivo. Sin que sepamos cuán complejo pudo ser con las herramientas disponibles y las técnicas de la época, algunos aprendices argumentaron que la creación de lanzas estaba por fuera de sus destrezas técnicas. Martín Fernández era un aprendiz de herrería que solicitó no trabajar en las Maestranzas. Su razonamiento consistió en que

ahora no más comienzo a aprender mi oficio y sólo sé fabricar clavos y herraduras todo lo demás lo ignoro. Es esto tan cierto que estoy pronto á acreditarlo plenamente con los maestros de mi profesión que me conocen. Si se me hubiese de compeler á que fuese á trabajar lanzas, las echaría á perder, y luego se me obligaría á que pagase el fierro².

Martín Fernández es explícito: sólo sabe hacer clavos y herraduras. Poner a un aprendiz en aquella tarea fue contraproducente cuando la falta de hierro se señaló con insistencia. En todo caso, los ritmos productivos irregulares y la carencia de artesanos o materiales obligaron a la institución a regular y castigar el mal uso de la dotación. El trabajo de los artesanos estuvo involucrado en la consolidación del fondo común y en la configuración social de los cuerpos militares. En torno a las lanzas pudimos localizar la interrelación entre oficios (carpintería-herrería), variabilidad productiva, regulación militar, la importancia de los materiales y la pericia del oficio. Estos factores expresan una relación recíproca entre lo material y lo social, en la cual los sectores productivos y trabajadores contribuyeron con sus manos, conocimientos y técnicas a la continuidad de la guerra.

3.2.2. Herraduras y caballerías

El cuidado de los caballos amplía la mirada sobre la importancia de los oficios y trabajos en la Independencia. El aprendiz que mencionamos —Martín Fernández— dijo que las herraduras se encuentran en el margen de habilidad de un aprendiz del oficio. En tiempos de guerra premoderna, la necesidad de esta manufactura es innegable. Si bien Restrepo dijo que para esos años «las herraduras son desconocidas en los Llanos»³, la necesidad del herraje se presentó en Casanare y Boyacá durante la campaña. Empezada la travesía, el 16 de junio de 1819 se anotó la necesidad de que las fraguas marcharan en retaguardia y en último lugar, «a fin de que se hagan todas las herraduras posibles»⁴. En la Provincia de Tunja, la caballería pudo empezar a montarse porque «se herraron algunos caballos»⁵. Estas evidencias no sólo contradicen la afirmación tajante de Restrepo, visibilizan también que en el proceso configuracional participaron los herreros y las herraduras.

¹ SYE, II, Doc. 398, Zea a Bolívar, 8 de junio 1819, 191-192., 193.

² AGN, SR, SGM, L1, f. 188r.

³ Restrepo, *Historia de la Revolución...*, II, 529.

⁴ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 56.

⁵ BHA, núm. 94, mar. 1913, «Autobiografía de Antonio Obando», 602.

Incluso desde las Ordenanzas se prescribió el cuidado correspondiente con las herraduras y los caballos, al ser estos animales la esencia del cuerpo de caballería y el transporte de cargamento. El cabo vigiló que todo soldado no «tenga caballo desherrado, ni que se lleve á herrar, sin darle parte; porque precisamente debe asistir cuando se hierren»¹. Por su parte, el sargento veló porque «los caballos se limpien á sus horas, y que estén bien herrados, sin desatender por desidia, o falta de reconocimiento este cuidado, de que [de]pende el evitar enfermedades, que los malogran»². Al menos en las leyes, el cabo coordinó la herrada y el sargento previno su cuidado correspondiente. Por tanto, la manutención implicó constante atención y revisión, lo cual incluyó los herrajes y sus dinámicas de reemplazo.

El caso de las herraduras también involucró dos trabajos manuales. Tanto el palafrenero como el herrero hicieron parte del proceso de mantener los caballos frescos y listos. Crear las herraduras, los clavos y herrar fue responsabilidad de los herreros. En el Cuadro 7 se encuentra la información de tres meses de trabajo.

Cuadro 7:
Insumos para la caballería de los talleres de herrería

Producto	29 oct - 13 nov	15-20 nov	25-30 nov	29 nov - 11 dic
Herraduras en juegos*	26	40	—	6
Clavos para herraduras	—	800	500	200
Caballos herrados	—	—	—	21

Fuente: AGN, SR, SGM, L1, ff. 115r, 116r, 100r y 125r

*Las herraduras en juegos incluyen los clavos respectivos.

En el Cuadro 7 notamos la misma variabilidad en los ritmos productivos. Como en los casos anteriores, las razones pudieron haber sido los materiales o la concentración en la producción de otros productos. En todo caso, la carencia de herraduras o un mal herraje pudo estropear un caballo. El buen funcionamiento de este oficio era garantía de la conservación material de la caballería. Hubo un momento en Casanare en que estropear un caballo era fatal, al punto de afectar la salud mental de los comandantes. Para mayo Santander le escribió a Soublotte que «no deja de aumentarse mi locura con la escasez de caballos»³. Si bien para el 13 de junio los efectivos de caballería ascienden a 1082 y se dispone de 1117 caballos, debemos tener en cuenta que estas operaciones dejan solamente 35 animales para cargar bagajes y pertrechos⁴. Como todo lo demás, la disponibilidad de caballos también estuvo en permanente transformación. El paso por Pisba y la deserción relativa de varios cuerpos de caballería afectó el estado positivo de la caballería. Tan duro fue el camino montañoso que los cuerpos de caballería «llegaron a Socha sin un caballo»⁵.

Contrario al clima y a los caminos de los páramos, la producción de herraduras repercutió positivamente en la capacidad de la caballería para contar con jinetes montados para la guerra. En la batalla del Pantano de Vargas es muy conocida la anécdota “heroica” de Rondón y su avanzada “inmarcesible”, pero ¿qué hubiera sido de la patria sin las herraduras y la salud de esos caballos? Una pregunta retórica que sólo ayuda a que dimensionemos que la efectividad guerrera de la caballería

¹ Ordenanzas, I, 122.

² Ordenanzas, I, 137.

³ SYE, II, Doc. 395, Santander a Soublotte, 31 de mayo 1819, 186.

⁴ DSC, II, Estado general que manifiesta la fuerza enumerada en la fecha..., 96

⁵ Santander, *El General Simón Bolívar...*, 4.

dependió de este factor material derivado de la producción artesanal¹. La buena salud de los caballos no sólo afectó la efectividad en batalla. La alimentación en los Llanos también pudo depender del estado de estos animales y, en últimas, del oficio del herrero y del palafrenero.

3.2.3. Funciones múltiples de los caballos

En la región geográfica del Llano abundaban las manadas vacunas y esto formó parte esencial de la dieta de los ejércitos. Aunque sin duda no era lo único que se comía. En sus aventuras por las llanuras, Richard Vawell terminó probando huevos de cocodrilo, iguanas, guanábanas y cuanto se encontró en el camino². La alimentación pudo depender mucho de las marchas y lo que se fuera encontrando alimentó a los ejércitos siempre urgidos de avituallamiento. Por ejemplo, el 8 de junio las tropas se encontraron algunos plátanos, lo que en ese momento se incluyó en la dieta³. Lo que sí aparece como constante es la carne. Incluso hubo personas enteramente dedicadas a esta tarea: Félix Guevara era un alférez de caballería que recogió ganados en los Llanos y en la marcha hacia la Nueva Granada⁴.

Que se comisionara combatientes a la tarea exclusiva de recoger ganados habla de su importancia dentro de la dieta del ejército. Para febrero de 1819, la instrucción era que a cada soldado se le debió entregar 4 libras de carne⁵. Cuán constante fue esta dotación es complejo de determinar, pero mientras se cruzó Pisba «los soldados habían recibido raciones de carnes y arracacha para cuatro días»⁶. Meses antes, en la isla de Achaguas se solicitó apoyo para diversificar la dieta. Se pidió «arroz y aguardiente para que se reponga la tropa, que con la carnita sola y muchas veces sin sal, caen muchos soldados enfermos»⁷. Incluso cuando se comenzó a formalizar el ejército después de la toma de Bogotá, la carne hizo parte de las estipulaciones legales. Se indicó que las raciones se debieron repartir «en las siguientes cantidades: una libra de pan, libra y media de carne, cuatro onzas de menestra, media onza de sal y la leña suficiente»⁸.

Al ser la carne un elemento central de la dieta militar, vuelven los artesanos porque de los caballos dependió la capacidad de atrapar y domesticar este alimento que deambulaba por las llanuras. Lo conjeturamos de las quejas de Santander cuando dijo que «cuesta mucho cogerlo [al ganado] por lo malo de los caballos»⁹. Si la carne era el alimento más frecuente de los ejércitos, si ésta era facilitada por el estado de los caballos que dependió del herraje y su manutención, una vez más comprobamos otra relación entre el trabajo de los sectores populares y el proceso de consolidación de los ejércitos.

Además, el ganado pudo cumplir más funciones que la alimentación. En el comercio, algunos víveres pudieron ser «pagados en dinero o en ganado»¹⁰. Según Vawell, «los hatos o estancias donde se crían ganados realizaban un comercio muy extendido de quesos, tasajo y mulas antes de estallar la guerra contra la madre patria»¹¹. Si bien durante la Independencia se redujo el comercio, el ganado continuó circulando en los circuitos comerciales. Morillo mencionó que era necesario retomar los ríos y arterias fluviales para impedir el comercio de sus enemigos. En esta preocupación realista se mencionó que los republicanos

¹ Incluso en narraciones contemporáneas sólo se memora la carga “heroica” de los lanceros; Medófilo Medina y Rigoberto Rueda, *Bolívar y San Martín. La Independencia como proceso continental* (Bogotá: Ediciones Aurora, 2019), 175.

² Vawell, *Memorias de un oficial...*, 56 y 65.

³ CSB, I, Santander a Bolívar, 8 de junio 1819, 100-101.

⁴ BLAA, ACM, Db6367, Doc. 48, f. 3.

⁵ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 25.

⁶ O’Leary, *Memorias del General...*, I, 567-568.

⁷ *Correo del Orinoco*, núm. 26, 10 de abril 1819, 102.

⁸ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 81.

⁹ SYE, II, Doc. 260, Santander al juez mayor del Norte, 24 de enero 1819, 41.

¹⁰ Montaña, *Santander y lo ejércitos...*, Doc. 294. Santander al juez mayor del Norte, 12 de febrero 1819, 290.

¹¹ Vawell, *Memorias de un oficial...*, 120.

realizaron «exportación de ganados, mulas, cueros, y otros artículos que viene a cambiar los extranjeros por fusiles, municiones y vestuarios»¹. Es decir, atrapar ganado posibilitó la adquisición de bienes comerciales.

Junto a la posibilidad de conseguir alimentos y ofrecer mercancías para el intercambio, otra de sus funciones consistió en cargar «los bagajes, la pólvora y los enfermos»². Vimos que los soldados pudieron fungir de cargueros, pero no podemos perder de vista que las tareas del caballo fueron múltiples. Los indicios permiten decir que la buena salud y mantención del caballo fue determinante para el funcionamiento de los ejércitos. Y, en buena medida, el herrero fue responsable no sólo de producir los clavos y juegos de herraduras, sino también de herrarlos adecuadamente.

Por su parte, el soldado con funciones de palafrenero se encargó de revisar «con frecuencia la boza á su caballo, para reconocer si tiene alguna raspa de la paja; observará si toma el agua como los demás días; y si advirtiere alguna novedad en esto, y en que deje de comer la cebada, o cosa que indique enfermedad, avisará al cabo puntualmente»³. Era necesario mantenerse al tanto del animal para poder cerciorarse de su buena salud. Incluso en los combates se permanecía cerca de los corrales, por lo que se ordenó que «para cuidar los caballos que están en ese ható, deje usted los hombres precisos que no hagan falta en una pelea»⁴. El cuidado diario incluyó también el cuidado de las garrapatas que abundaban en el territorio hostil de las llanuras. «No es exagerado el afirmar que la cuarta parte de los caballos de los Llanos pierden las orejas a consecuencia de los ataques de este insecto»⁵.

Procurar un caballo nuevo tampoco era tarea sencilla, lo que le otorga mayor importancia a la preservación y cuidado de los disponibles. Parece que era práctica común entre los habitantes del Llano domar caballos salvajes:

mientras que dos o tres individuos han echado el lazo al animal elegido, otros hombres le golpean despiadadamente la cabeza. Los golpes y el nudo parecen que privan prontamente de sentido al animal. Una vez así, le atan las piernas, le tapan los ojos y le ensillan sin pérdida de tiempo (...) [en el proceso] los riñones y la espina dorsal del jinete sufren entonces horriblemente, si no ha cuidado de rodearlos con una ruana o manta ligera, a guisa de cinturón»⁶.

Uno de los retos de la documentación es poder darles rostro a estos sujetos de las fraguas y los corrales. La mayoría quedará en los anales de la historia como anónimos, aunque su praxis sin nombre quedó grabada en el devenir humano y el triunfo republicano. Sólo pudimos localizar Pedro Torres, el ya mencionado “herrero de la campaña”. Recordemos que sirvió desde junio de 1818 en calidad de Maestro Mayor de Herrería por casi 8 meses, tiempo en el que se encontró en la marcha sobre la Nueva Granada en los cuerpos de artillería⁷. Este artesano y artillero pudo dedicarse a la reparación de los montajes y cureñas del cuerpo de artillería, y ser uno de los trabajadores que, un mes antes de la campaña aprovechó para «reparar los montajes»⁸. Las fuentes dejan la incógnita de sus funciones específicas, pero su participación en los cuerpos de artillería y el hecho de ser un “Maestro Mayor” de su oficio, ayudan a pensar que posiblemente estuvo a cargo de los talleres y los procesos diversos de producción, reparación o herraje.

¹ Montaña, *Santander y los ejércitos*, Doc. 388, Morillo al ministro de guerra español, 12 de mayo 1819, 175.

² Vawell, *Memorias de un oficial...*, 138.

³ *Ordenanzas*, I, 116.

⁴ SYE, II, Doc. 243, Santander al Coronel Lara, 21 de enero 1819, 28

⁵ Vawell, *Memorias de un oficial...*, 47. Estamos de acuerdo con lo que dice el traductor: «el amor de lo pintoresco perjudica a veces tan interesante relación [de Vawell]» (nota 1). Aunque sí parezca exagerada la afirmación de Vawell, este elemento puede considerarse dentro del cuidado de los caballos.

⁶ Vawell, *Memorias de un oficial...*, 123 y 124.

⁷ AGN, SR, HDS, L60, f. 967r; BLAA, ACM, Db0198, f. 9.

⁸ DSC, I, Doc. 354 Soublotte a Bolívar, 13 de mayo 1819, 419.

Junto a las tareas señaladas, los herreros hicieron otro tanto. Se encargaron de poner y remover los grillos y grilletes de los prisioneros¹ y son muchos los productos metálicos que requirió la vida militar de aquella época. De los talleres salían hebillas para fustes, cureñas para obuses de 3 pulgadas, tachuelas, pernos para obuses de 4 pulgadas, argollas para jaquimones y otro conjunto diverso de productos². Además, se produjeron y repararon herramientas necesarias para el oficio de ellos y tal vez el de otros artesanos como los carpinteros, talabarteros o armeros.

**Cuadro 8:
Producción y reparación de herramientas**

Herramienta	#
Martillos compuestos	3
Martillos de forja nuevos	2
Tenazas de forja compuestas	4
Tenazas de forja nuevas	2
TOTAL	11

Fuente: AGN, SR, SGM, L1, fol. 115r.

Las herramientas pudieron desempeñar funciones variadas. Los datos del Cuadro 8 son sólo de martillos y tenazas, pero el ejército usó más tipos de utillajes. En marzo, los comandantes mandaron a sus subalternos a recoger «cuatro o seis hachas, algunas barras, aunque sean de iglesia, palas o azadones»³. Cavar empalizadas o enterrar muertos se pudo haber hecho con estas herramientas. Aunque es posible que la demanda de campaña priorizara la producción de otros elementos (lanzas, herraduras, clavos) y por eso se recogieron las existentes en los pueblos de control republicano. Recordemos que para el 13 de junio el ejército contó con unas pocas cananas, hachas, barras, azadones y palas (véase Cuadro 1).

Aunque no tengamos datos sobre su producción en las Maestranzas, los herreros estuvieron en capacidad de crear las cabezas de estos utensilios para la guerra y los quehaceres diarios. Otros oficios pudieron hacer uso de las herramientas salidas de las forjas, siempre y cuando los carpinteros le pusieran sus respectivos mangos⁴. Pudieron, además, ser muy pertinentes en la manutención del armamento y en las reparaciones que realizó otro oficio: la armería. Mencionamos en los quehaceres soldadescos que el cuidado del fusil exigió un bruñidor, un martillo pequeño, un desarmador y un mazo de madera. Por lo que la producción de herramientas pudo facilitar estos cuidados, aunque la armería con seguridad usó utillajes en el proceso de reparación de las armas de fuego.

3.2.4. Los armeros

El ya mencionado “armero de la campaña” se llamó José María Litz, quien fue prisionero en las campañas de 1816 y remitido a Bogotá para trabajar. Cuando los realistas se enteraron de su capacidad para reparar armamento, le colocaron una cadena al pie y lo ocuparon en las Maestranzas⁵. En 1818 logró fugarse del presidio y retornó a los ejércitos en Casanare. Su llegada favoreció el estado material de la guerra por la simple razón de que su saber manual consistió en alargar la vida útil del armamento. La

¹ BHA, núm. 93, feb. 1913, «Autobiografía de Antonio Obando», 551.

² AGN, SR, SGM, L1, ff. 100r, 115r, 116r y 125r-v.

³ SYE, Doc. 351, Santander al comandante de La Trinidad, 6 de marzo 1819, 114.

⁴ Entre el 15 y 20 de noviembre de 1819 los talleres de carpintería produjeron 14 mangos para martillo; AGN, SR, SGM, L1, f. 118r.

⁵ AGN, SR, HDS, L25, f. 262r.

pertinencia de este oficio no pasaba desapercibida a los comandantes de la época. Indicaron que «en circunstancias de que la mayor parte de la fuerza de este ejército es infantería y de necesitar armeros, se han enfermado de gravedad dos únicos que había. Sé que usted tiene dos (...) usted con uno tiene para las pocas armas de su división»¹.

La necesidad de un reparador de armamento forzó a los comandantes a coordinar su traslado de un cuartel a otro y a saber su presencia y cuantía. Incluso, cuando en diciembre de 1819 se están expidiendo leyes de regulación del ejército, el armero hace parte de la plana mayor². En la mitad de la campaña, la conservación del armamento obligó a que se estableciera «una armería para las pequeñas composiciones que se ofrezcan en el ejército»³. En medio del escaso fondo común que ya hemos mencionado, poseer un artesano con la capacidad de reparar y “sanar” las armas de fuego fue determinante, por lo que los indicios fragmentarios sugieren su relevancia durante esta guerra preindustrial. El siguiente Cuadro, con una fuerza laboral de un maestro mayor, un sargento, un cabo y siete operarios, nos da una idea de los ritmos de reparación de las armerías.

Cuadro 9:
Producción y composición de los talleres de armería

Producto	29 oct - 13 nov	15-20 nov	25-30 nov	29 nov - 11 dic
Fusiles compuestos	141	32	12	—
Carabinas compuestas	32	—	2	7
Fusiles preparados para cajas nuevas	—	—	—	10
Llaves para fusiles compuestos	—	—	—	5
Trompetillas limadas para fusil	—	—	—	20
Abrazaderas limadas para fusiles	—	—	—	20

Fuente: AGN, SR, SGM, L1, ff. 115r, 116r, 100r y 125r.

Como sucede con los otros datos de producción, los ritmos productivos de los armeros también presentan una irregularidad marcada. Con los meses, la reparación de fusiles y carabinas decae de forma dramática, mientras que sólo en diciembre se produjeron piezas específicas para la reparación. Las consideraciones expuestas anteriormente se repiten, pudo ser disponibilidades de materiales, concentración en producción de otros productos o elementos conectados con las pericias técnicas y la experiencia del oficio. Lamentablemente, las fuentes no nos dejan poner la lupa sobre estos problemas. Fuera por enfermedades de los artesanos u otras razones, la expresiva variabilidad en los ritmos productivos afectó la configuración institucional del ejército. El fondo común de fusiles para 1819 era a todas luces escaso, para 2064 efectivos se contó con 896 armas de fuego y poca munición (Cuadro 1 y 2). Como con las lanzas, la escasez hizo que las autoridades regularan su cuidado y castigaran su mal uso.

Cuando «es insufrible la descomposición de fusiles: se necesita una armería (...) Todo sargento o cabo que tenga descompuesto su fusil [se] le suspenderá del empleo por 10 días, y el soldado será castigado severamente con palo»⁴. Entre suspensiones de empleo y palazos, los altos comandantes estuvieron en la búsqueda permanente por preservar su fondo común. Los comandantes lo expresan con claridad: “se necesita una armería”. Entre la susceptibilidad de los fusiles a la humedad y las lluvias

¹ SYE, II, Doc. 310, Santander a Ramón Nonato Pérez, 16 de febrero 1819, 80.

² Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 94.

³ DDG, XVI, Doc. 721, Soublotte a Bolívar, 24 de julio 1819, 420.

⁴ SYE, Doc. 284, Santander a Sasmajous, 3 de febrero 1819, 57.

frecuentes de los Llanos entre junio y agosto¹, los daños eran inevitables². La efectividad guerrera, junto al papel de los armeros, también incluyó otros oficios y los materiales propios del arma de fuego.

Para que el fusil disparara necesitó de pólvora y papel. La falta de estos ingredientes impidió la construcción de los cartuchos³. Además, la creación de las balas era tarea de los fundidores, quienes para finales de 1819 produjeron balas de metralla en cobre y plomo⁴. La configuración de este variado conjunto de factores era vital para que los ejércitos contaran con herramientas para la muerte. El clima, el descuido de la tropa, los materiales, la producción de los fundidores participaron en los retos de cuidado y preservación de las armas de fuego. Hubo momentos, como en 1818, en los que «muchos fusiles carecían de batería y no servían más que de vista». La carencia de fusiles no sólo redujo la efectividad del ejército, sino que también participó de sus procesos organizativos y formativos en las batallas. Por ello, «los hombres que formaban las últimas filas eran, en tal concepto, los peor dotados; no tenían por toda defensa sino lanzas o bayonetas sujetas a pértigas»⁵. Lo que significa, en últimas, que la efectividad del armero se tradujo hasta en la formación de batalla: entre más combatientes con fusil más amplias eran las vanguardias.

En esta guerra de régimen productivo artesanal, la labor de personas como Pedro Torres o José María Litz —sumados a una cuantía desconocida de anónimos— contribuyó a la consolidación y regulación de los ejércitos. El oficio artesanal atravesó diferentes escenarios de la vida militar, desde la seguridad del prisionero hasta el nivel de efectividad del ejército. La tarea exploratoria que se ha hecho con los herreros y, en menor medida, con los armeros, puede ser extendida a diversos oficios artesanales y trabajos manuales hallados en la Independencia. Se puede probar que en estos ejércitos hubo sastres, talabarteros, fundidores, zapateros, agricultores, plateros, arrieros, guías, cocineros, zapadores, impresores y muchos trabajos u oficios más.

La participación de los sectores populares pudo realizarse en este ramo del ejército: el productivo y laboral. Las armerías, por ejemplo, estuvieron presentes desde febrero de 1819 en Casanare y se cuidó su desarrollo a través de la vigilancia diaria⁶. Hubo artesanos dedicados a las labores productivas y remunerados por ello. En marzo de 1819 se dio la orden de pagar

a los plateros que están trabajando en el cuño ocho reales a cada uno (...) a los herreros, carpinteros y talabarteros ocupados en el servicio del ejército, dará cada uno cuatro reales (...) en adelante, dará cada uno de estos mismos oficiales medio real por día, exceptuando aquel en que no estén el servicio del estado⁷.

Un mes antes de la campaña comprobamos la existencia de plateros, herreros, carpinteros y talabarteros a quienes se les pagó por sus servicios productivos. Si fueron también combatientes escapa a nuestro conocimiento. Lo cierto, su praxis manual hizo parte de la consolidación de los ejércitos que triunfaron en el Puente de Boyacá el 7 de agosto de 1819. Los ritmos productivos cambiantes y la protección de fondo común llevaron a las autoridades militares a regular, castigar, degradar y apalear a la tropa. La disponibilidad de manos hábiles y conocedoras de la herrería afectó instancias diversas de la

¹ Para hacernos una idea aproximada, en Yopal los meses de mayores lluvias son mayo, junio y julio, en los cuales llegan a caer entre 300 y 450 mm. Entre junio y julio, en Tunja la cantidad de lluvias se reduce a 50 y 40 mm. Aunque sean datos actuales, esperamos que sirvan como guía; Instituto Geográfico Agustín Codazzi, *Atlas de Colombia* (Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 2002), 156.

² *Correo del Orinoco*, núm. 3, 11 de julio 1818, 10.

³ CSB, I, Santander a Bolívar, 3 de junio 1819, 98.

⁴ AGN, SR, SGM, L1, ff. 101r, 112r, 117r y 128r.

⁵ Vawell, *Memorias de un oficial...*, 84.

⁶ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 22-23.

⁷ SYE, II, Doc. 360, Santander al tesorero general, 10 de marzo 1819, 122.

vida militar. Desde los grilletes de los prisioneros, pasando por las herramientas productivas, y los herrajes, hasta la efectividad en combate de las lanzas. La reparación de armamento, por su parte, pudo afectar las formaciones de batalla y la efectividad en combate. Es decir, los oficios y trabajos manuales de los sectores populares fueron una de las formas en que su vinculación transformó las posibilidades reales del ejército. Tanto en su consolidación material como en el desarrollo legislativo la presencia de estos trabajadores no puede ser perdida de vista.

3.3. Combatientes artesanos, artesanos combatientes

Las Maestranzas Nacionales de Artillería fue uno de los centros principales de producción artesanal que surtió a los ejército en campaña. En su interior se contó con las manos de sargentos y cabos, aunque también de artesanos que no estaban enrolados en las milicias¹. En estas Maestranzas hubo personas que realizaron los quehaceres soldadescos y simultáneamente emplearon su trabajo calificado dentro de la producción. Con la condición de soldado-artesano muchos individuos del bajo pueblo estuvieron presentes en las contiendas que decidieron el destino de estos territorios². Esta categoría recoge cómo las capacidades manuales tuvieron un destino dual en los ejércitos. Al entrar como bajos participantes, las tareas diarias del trabajo militar fue su responsabilidad. Pero cuando fue posible, entraron en la producción y reparación de bienes. En estas páginas exploramos cómo las manos capaces y trabajadoras son otra esfera de participación plebeya.

En la historiografía sobre la Independencia se ha mostrado que muchos reclutas tuvieron oficios al momento de enrolarse³. Las menciones a este antecedente se limitan a ser simples cifras como las que apreciamos en el Cuadro 10.

Cuadro 10:
Oficios artesanales y trabajos manuales

Oficios	#	Oficios	#
Labrador	583	Minero	5
Jornalero	80	Tejedor	5
Sastre	62	Alpargatero	4
Albañil	38	Chircaleño	3
Carpintero	31	Alfarero	2
Zapatero	19	Bogador	2
Otros*	16	Cocinero	2
Herrero	8	Músico	2
Platero	7	Polvorero	2
Sombrerero	7	Vaquero	2
Talabartero	7	TOTAL	893
Pintor	6		

Fuente: Base de filiaciones (Anexo).

*En otros están todos los oficios y trabajos que sólo contaban con un dato. Desagregados son los siguientes: Aprendiz de talabartero, Agricultor, Calero, Carbonero, Casero, Ebanista, Farolero, Impresor, Latonero, Litógrafo, Maletero, Sereno, Artesano, Labrador y Albañil, Tejedor de Lumbres y Tejedor y labrador.

¹ Esto lo decimos con base en el mostrado testimonio de Martín Fernández, quien no es soldado o militar y es llamado a trabajar en los talleres de herrería de las Maestranzas; AGN, SR, SGM, L1, 188r-v.

² En este punto consideramos artesanos como genérico de trabajador manual. Quizás sería más acertado denominar esta categoría: soldado-trabajador manual, dado que la presencia de trabajadores de campo o trabajadores diversos (palafreneros, guías, cocineros, etc.) fue frecuente. En coherencia con la narración focalizada en los oficios artesanales y por la contundencia del término se ha preferido emplear soldado-artesano como genérico.

³ Thibaud, *República en armas*, 463, Mosquera, *Manuel Sechagua y otros*, 54.

No es novedad mostrar que los bajos participantes tuvieron una abigarrada variedad de oficios en su ingreso al ejército, incluso en las numerosas guerras civiles del siglo XIX¹. Lo que ha quedado por fuera, al menos en el estudio de la Independencia, es cómo este antecedente contribuyó al desarrollo material de la guerra y al proceso de consolidación de aquellos ejércitos.

En el Cuadro 10 observamos una variedad considerable de trabajos manuales y oficios, con un peso indudable de los labradores². Los trabajos manuales y artesanales eran una condición frecuente de los reclutas de las guerras preindustriales. En las Ordenanzas se contempló esta necesidad. Las autoridades militares debieron velar porque cada «compañía tenga un soldado sastre, y otro zapatero». A lo que se agregó un barbero y un rancharo³. Es decir, en las leyes se tuvo en cuenta las dinámicas internas de trabajo para reponer las vestimentas, arreglar los zapatos, cocinar e incluso mantener afeitados a los combatientes. De forma clara establecieron que

al soldado de infantería, que quisiere trabajar en su oficio en la misma plaza, o inmediación del pueblo en que estuviere el regimiento, no se le embarazará (...) pero deberá precisamente el que trabajase en el recinto dormir en su cuartel, y compañía: y siendo fuera del pueblo en labores de campo, quedará al arbitrio del jefe el dispensárselo⁴.

Si partimos de que la mayoría de los reclutas tuvieron oficios y trabajos manuales, estas leyes son más que sugerentes. La regulación legal estipuló mecanismos para que los reclutas pudieran realizar su oficio militar y su oficio artesanal. Con algunas restricciones, el artesano enrolado pudo continuar entre el cuartel y el taller. Aunque debemos dejar espacio para el escepticismo, puesto que estas formulaciones fueron diseñadas para tiempos de paz. Aun así, en los tiempos de guerra de la Independencia hubo oficios útiles para el desarrollo militar que posibilitaron la tarea doble del martillo y el fusil. Ya lo vimos con los herreros, los armeros y trabajos aledaños, aunque no podemos comprobar si en los casos expuestos se trata de soldados-artesanos. Por suerte, esta dualidad sí se ha localizado para otros casos de estudio.

Cartagenero de nacimiento, el sargento Juan Nepomuceno Ayala sirvió en la plaza de esta ciudad por 13 años. Fue propuesto para el ascenso a subteniente poco antes de que Morillo y su ejército llegaran a las costas caribeñas. Frente a este suceso cayó prisionero, perdió su ascenso y fue puesto al servicio del rey.

¹James Sanders, *Republicanos indóciles. Política popular, raza y clase en Colombia, siglo XIX* (Bogotá: Ediciones Plural, S.F.); Álvaro Tirado Mejía, *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia* (S.L.: Editorial Andes, 1976); Mosquera, *Manuel Sechagua y otros...*

²La definición de labrador es compleja y los indicios al respecto son confusos. Si bien nuestra indagación no es por la organización del mundo del trabajo, aprovechamos para precisar la información del Cuadro 10. Si seguimos una pista encontrada en las memorias de Soto, secretario de Santander en 1819, el labrador se dedicó «al cultivo de los campos»; Francisco Soto, *Mis padecimientos i mi conducta pública y otros documentos* (Bogotá: Academia colombiana de Historia, 1978), 33. El sentido común indica el uso del término asociado a lo “campesino”. Así se ha tomado en trabajos que lo mencionan, como Mosquera, *Manuel Sechagua y otros*, 53. Sin embargo, hay dudas razonables para complejizar su definición. Tanto en los diccionarios de autoridades de 1803, como en el de 1817, “labrador” es definido de dos maneras. Por un lado, como trabajador de la tierra; por el otro, como genérico de trabajador o trabajo sin distinción específica; Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española. Quinta edición* (Madrid: Imprenta Real, 1817), 513. Al seguir la segunda definición, encontramos que hubo «labradores de trapiche»; SYE, II, Doc. 316, Santander a Bejar, 20 de febrero 1819, 85. Y también el zambo Buenaventura Pérez que fue labrador de pólvora; Lasso, *Mitos de armonía racial*, 94. Además, al tomar la primera definición, queda el problema de cuál es la diferencia con el jornalero, que bien pudo estar en los ritmos de trabajo y las relaciones de producción o en la propiedad sobre la tierra. A pesar de no poder dar una definición cerrada, la precisión es importante porque este dato puede llevar a la conclusión imprecisa de que la mayoría de los participantes del Cuadro 10 fueron “campesinos”, cuando el dato nos puede estar hablando también de trabajadores diversos que fueron agrupados bajo el genérico de “labradores”.

³Ordenanzas, I, 76 y 160-161.

⁴Ordenanzas, I, 90.

Entretanto estuvo «siempre como un paisano trabajando de su oficio [de] carpintero en la catedral nueva de esta ciudad [Cartagena]»¹. Años antes, había marchado voluntariamente al Magdalena con el cuerpo Nacional de Artillería y en estas campañas combatió como soldado. Ya fuera como artesano para los realistas o soldado para los republicanos, su habilidad manual fue usufructuada por los ejércitos.

Por su parte, Julián de Ávila era otro cartagenero, quizás un albañil o carpintero, que en marzo 1819 ejerció como obrero de fortificación y en marzo de 1824 fue ascendido a maestro mayor de fortificación. «Declarada la guerra á Santa Marta en la época pasada el Señor Ávila fue uno de los que en clase de artillero marcharon á la expedición»². Podemos probar que estuvo en combates porque en uno de ellos «recibió una herida en la cabeza»³. Que ejerció su oficio de forma simultánea lo encontramos en un reclamo suyo de 1833. Allí dijo que durante la Independencia sirvió en «el empleo de maestro mayor de las obras de fortificación de esta plaza por más de diez años»⁴. Su primer rango de ingreso al ejército es diciente: “obrero de fortificación”, rango que no lo libró de participar de los combates y sacar una herida de la que desconocemos los detalles.

Es importante señalar que en Ávila localizamos trabajos específicos de la vida militar: la fortificación, mientras que en Ayala vemos actividades laborales que, a pesar de la importancia de la Iglesia en la época, no son contribuciones directas al mundo castrense. En ambos casos, lo que queremos visibilizar es cómo la participación popular no se limitó a ser carne de cañón, el fruto de su trabajo calificado transformó la producción, la reparación y la guerra misma.

En las páginas sobre deserciones mencionamos al sastre José Díaz. Recordemos que él decidió quedarse en su casa mientras su batallón cruzó el río. Cuando se dio cuenta del “error” mandó a su madre, Feliciano Rivas, a que interceda en su favor. Equivocadamente, el capitán José Guerrero los convenció de no alcanzar su batallón y lo enroló en su propia compañía. Otro de los motivos para permanecer en casa de su madre fue que «ese mismo día que se iba para el otro lado su batallón le dijo el alcalde ciudadano Carlos López que lo tenía apuntado en la lista de los sastres destinados a coser las ropas del estado»⁵. De forma paralela, Díaz fue un soldado de la 2^o compañía del Batallón de Tiradores y un individuo con conocimientos de sastrería, lo que le permitió servir en el ejército como soldado o trabajar para el Estado en la confección de ropas.

En los casos explorados se presentan situaciones diferenciables. Unos, presos por el enemigo, fueron puestos a servir como trabajadores calificados y ese fue el caso de Ayala y, si recordamos, también de José María Litz. Otros, en medio de los azares de la guerra, fueron combatientes en los campos de batalla y productores en los espacios laborales, como fue el caso de Ávila, de Díaz y del citado herrero Torres. No obstante, en la primera situación es muy posible que la reincorporación se tradujera en el reintegro a la producción y al riesgo del combate. Litz luchó en Vargas y Boyacá y fue armero en las Maestranzas de 1819⁶ y hasta 1830 se desempeñó como oficial armero⁷.

¹ AGN, SR, SGM, L1, f. 153r y 154r.

² AGN, SR, HDS, L1, 925v.

³ AGN, SR, HDS, L1, 940r.

⁴ AGN, SR, HDS, L1, 925v.

⁵ AGN, SR, AC, L76, f. 115r.

⁶ Sobre esto no tenemos certeza total, puesto que Litz marchó sobre la Nueva Granada como sargento 2^o, mientras que en la Maestranzas lo encontramos en la rama de armería —como J. M. Lis— con el rango de cabo 2^o. Perfectamente puede tratarse de dos personas distintas. Véase AGN, SR, SGM, L1, f. 91r.

⁷ AGN, SR, HDS, L25, f. 256v.

Estas evidencias demuestran que en el Cuadro 10 no sólo encontramos un dato tangencial de la vida militar —un antecedente nimio sin importancia—. La participación de los sectores populares abrió el horizonte de lo posible, muchos pudieron ser combatientes artesanos y artesanos combatientes. Los trabajos y oficios que localizamos en dicho Cuadro hablan de una institución que contó con diversos trabajos calificados para el desarrollo guerrero. Vimos, por ejemplo, la pertinencia de la herrería en el proceso de consolidación del fondo común y tareas varias de la vida diaria. Contar con sombrereros, talabarteros, albañiles, zapateros, tejedores y el variado conjunto de oficios abre un escenario de reflexión sobre la pertinencia del trabajo calificado en las guerras de sociedades preindustriales.

Ahora bien, las fuentes disponibles no permiten reconstruir las tareas específicas que estos artesanos desempeñaron en el ejército. Además, no todo trabajo calificado se tradujo en el desarrollo de actividades de orden laboral. A pesar de sernos familiares, aquí podemos reivindicar la historicidad de dos conceptos que las evidencias impregnan de semántica propia. La definición de veterano y voluntario, en apariencia, no requeriría mayor esfuerzo definitorio: uno es experiencia y el otro es voluntad. Pero en la perspectiva del mundo del trabajo militar parecen adquirir nuevos significados.

Las fuentes señalan que las clases veteranas «están acuarteladas siempre, de modo que no tienen tiempo de trabajar en sus oficios para proporcionarse algún alivio»¹. Sin apelar a la experiencia, este indicio sugiere una relación con el modo en que se prestó el servicio. Esta definición de veterano ayuda a explicar que hubo individuos que al enrolarse fueron calificados con este adjetivo. Agustín Navarro Vásquez, sastre y trigüeño de 13 años, en octubre de 1819 ingresó como “tambor veterano”². Junto a él, José María Castro era un sombrerero blanco de 22 años que empezó como “cabo 1º veterano”³. Allí es imposible hablar del término veterano como sinónimo de experiencia acumulada, puesto que están apenas ingresando.

Al permanecer acuartelados y realizar tareas exclusivamente militares, los veteranos pudieron solicitar servir como voluntarios y tener tiempo de mejorar su economía por medio del oficio. En septiembre de 1819, Cecilio González solicitó abandonar la condición de veterano para poder realizar su trabajo personal. Como soldado veterano del Cuerpo de Patriotas representó

que hallándose en estado de total pobreza y sin otro recurso que el de su personal trabajo para sostener a su anciana y pobre madre, que se halla postrada en cama; y como no se le deja tiempo para trabajar en su oficio, y cumplir con sus deberes tan de caridad y justicia, por estar ya en cuartel, ya de guardia, ocurre a la superioridad de Usted suplicando se sirva mandar que asista al cuartel en clase de voluntario, que se distingue de los veteranos que hay en el dicho cuerpo, y de este modo asistiré á mi trabajo, al ejercicio y haría el servicio cuando toque la guardia u otras funciones⁴.

El término voluntario también sugiere algo disímil al grado de libertad. Como el antónimo de veterano, significó menor responsabilidad frente a los quehaceres del oficio de las armas. Por ende, los términos voluntario y veterano los podemos definir en función de la carga de trabajo militar. Su semántica propia puede llevarnos a confusiones y deja la duda permanente de qué significan los testimonios que mencionan estos conceptos⁵. Las variadas tareas del oficio de las armas requirieron una inversión considerable de

¹ AGN, SR, SGM, L1, f. 253r.

² AGN, SR, DM, L3, f. 316r.

³ AGN, SR, DM, L3, f. 312r.

⁴ AGN, SR, SGM, L1, f. 193r-v.

⁵ En su trabajo Pita encontró un obstáculo de este orden. Mientras que se indicó que sólo hubo 5 voluntarios en unas fuentes, Restrepo afirmó que «la mayor parte de los solteros eran voluntarios»; Pita, *El reclutamiento de negros esclavos...*, 156. Este

tiempo, al punto que vivir acuartelado se tradujo en la imposibilidad de trabajar por fuera de la institución. Para el estudio del soldado-artesano estas pistas aportan matices pertinente.

Realizar tareas laborales para el ejército necesitó de una descarga de ciertos quehaceres castrenses, aunque ser voluntario no implicó el abandono completo de actividades como la guardia, el ejercicio u “otras funciones”. En tiempo de campaña es posible que los soldados-artesanos fueran priorizados — cuando el oficio era “útil” para la guerra, hubo disponibilidad de materiales y espacios de trabajo— en el campo laboral mientras no hubo combates, pero fueron empleados en las filas de la batalla cuando se presentaron las acciones de guerra.

Durante la campaña de 1819 sabemos que hubo individuos con saberes sobre sus respectivos oficios. Hemos mencionado a Petro Torres, a José María Litz y a José Landeata. Como ellos, el emeritense Domingo Montilla era un carpintero que ingresó en octubre de 1810 como soldado de Maestranza. En dos años, sin recibir ascensos como bajo oficial, fue ascendido a subteniente y en 1817 obtuvo el despacho a teniente, grado con el que combatió en Gámeza, Vargas y Boyacá. En 1829 dijeron que era de modales toscos, de ninguna capacidad o aplicación, pero de valor conocido. Los testimonios de su vida militar quedaron grabados en su cuerpo, puesto que de un balazo quedó con el brazo incapacitado¹. De su oficio sólo sabemos que entró como carpintero y desconocemos si al acceder a la oficialidad abandonó estas actividades manuales.

Hubo también vaqueros, como el alférez Juan Bautista Martínez. Nacido en Casanare sirvió en los ejércitos desde 1813 y para 1816 se retiró por el golpe de los ejércitos reconquistadores. Un año después retomó en la guerrilla del teniente coronel Manuel Ortega y terminó en las filas de los ejércitos que mandó Santander. Para noviembre 1821 había muerto, pero su esposa Josefa Padilla enfatizó que durante la estadía en Casanare y la marcha de 1819 su marido se encargó de «conducir ganados para el ejército que libertó a Cundinamarca»². A pesar de poseer el primer rango de la oficialidad, Martínez pareciera que se dedicó a las labores de juntar y organizar los hatos ganaderos para alimentar al ejército, aunque desconocemos si también contó con el apoyo de otros bajos participantes que lo acompañaron en sus tareas y quehaceres.

Además, podemos individualizar dos labradores de la campaña. Por un lado, encontramos al cabo de artillería José Sánchez, hijo de Quitería Sánchez. Por el otro, está Antonio Galindes, hijo de Francisco y Rosalía. Ambos los mencionamos a lo largo del trabajo, pero aquí los retomamos como posibles soldados-artesanos. Tenemos certeza de que ambos se encontraron en distintas batallas de la Independencia, como también en los encuentros bélicos de la campaña de 1819. Desconocemos si en algún momento realizaron su trabajo de labradores. Si asumimos que aquí se está hablando de trabajo agrícola, durante los meses previos en Casanare se organizó la producción de alimentos y posiblemente estos individuos trabajaron allí.

Es escasa la información sobre los oficios de estos militares de 1819. Todavía más escasas, sino inexistentes, son las referencias a cómo se desarrolló el mundo del trabajo dentro de la vida militar en esta campaña. En todo caso, en el estudio de las marchas y las travesías la ausencia se constituye también como indicio.

desfase en los testimonios bien pudo deberse a la semántica propia del término “voluntario” como forma de servicio y no como grado de libertad.

¹ AGN, SR, HDS, L57, f. 40r.

² BLAA, ACM, Db6367, Doc. 20, ff. 2-3, 6 y 17.

El paso de Pisba se ha memorado como un reto complejo de la campaña. En las narrativas tradicionales es el hito que eleva al heroísmo esta campaña. No obstante, en la reflexión sobre esta travesía no se incluye la carencia de artesanos y materiales. Cuando Tomás Mamby recordó que las «montañas heladas del Pisba pueden atestiguar que yo las atravesé descalzo para venir a combatir con los tiranos y arrancarles este país en las memorables contiendas de Vargas y Boyacá»¹, ¿implícitamente no se está haciendo referencia a la falta de zapateros y materiales para su producción?

Cuando se encontraron escalando las montañas de Pisba, uno de los factores devastadores fue la baja temperatura. «El efecto del aire frío y penetrante fue fatal en aquel día para muchos soldados; en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos expiraban»². Pero, el frío insondable de Pisba no sólo hace referencia al frío mismo, es una sugerencia enmudecida a la falta de producción, de materiales y maestros sastres. Por supuesto, el crudo paso por los Andes muestra otros factores. Allí debemos incluir la falta de comercio³, los desgastes mismos de la guerra o los climas cálidos de la región geográfica de la que se salía⁴. Al cambiar abruptamente de temperaturas⁵, incluso las mujeres se quitaron sus ropas para vestir al ejército o llevaron vestimentas conmovidas por la falta de preparación para el frío boyacense⁶.

Ni lo altos comandantes contaban con vestimenta suficiente. Se ha encontrado una anécdota que es ilustrativa. «¿Coronel, no tiene usted camisa? No, general [Bolívar], le contestó. Entonces llamó a su mayordomo José Palacios i le dio orden que le diera una de sus camisas al coronel Rook. ¿Cuál? repuso el mayordomo. Usted no tiene nada más que dos, la puesta, i otra rota que la están lavando»⁷. Dos días antes de que terminara la marcha del ejército, Bolívar se adelantó con un grupo reducido de oficiales y llegaron a Bogotá. Lo que reportan las personas que los recibieron es congruente con el diálogo citado. El coronel Justo Briceño llegó «con los calzones hechos pedazos, y una chaqueta corta que parecía haber sido en otro tiempo colorada; bien que Bolívar no estaba más elegante: [tenía] el uniforme de grana roto y lleno de manchas por todas partes, y la casaca pegada á las carnes, pues no traía camisa»⁸.

Si en la alta oficialidad se presentó tal precariedad de vestuario, no es absurdo suponer que a medida que bajamos en el escalafón bajó proporcionalmente la disponibilidad de ropas. Esta situación pone de manifiesto la pertinencia de los oficios y en este caso la importancia de los sastres. Las referencias a la sastrería son tangenciales. En Boyacá, las tropas «se hallaban desnudas, y muy poco se podía hacer para

¹ AGN, SR, HDS, L31, f. 175r.

² O'Leary, *Memorias del General...*, I, 568.

³ Encontramos, por ejemplo, que la vestimenta sí se pudo conseguir gracias al comercio. Para noviembre de 1818, Bolívar indicó a Páez el envío de algunas prendas obtenidas por este medio: «en la primera embarcación que suba remitiré á Usted 300 vestuarios completos, compuestos de casaca encarnada, pantalones de cotonía, camisas y zapatos que he comprado á 6 pesos uno á los señores Forsyth y Smith, á cambio de mulas»; DDG, XVI, Doc. 534, Bolívar al General Páez, 17 de noviembre 1818, 172.

⁴ El desgaste de la guerra hizo otro tanto en las vestimentas. Al cruzar Pisba «las tropas en frecuentes operaciones en los llanos habían quedado tan desnudas, que era muy raro el soldado, que conservaba su chupa, o pantalón- Todo su vestuario estaba reducido al guayuco». Esta situación en los Llanos no era tan preocupante, por lo que quienes habitaron estos climas era descritos como personas «que nunca ha recibido un aire templado», pero al cambiar a Boyacá la historia fue otra; Santander, *El General Simón Bolívar...*, 3.

⁵ Las temperaturas de las ciudades nos dan un indicio aproximado. Entre mayo y julio en Yopal la temperatura oscila entre 25 y 25 °C, mientras que en Tunja baja a 12 o 12,8 °C; Instituto Geográfico Agustín Codazzi, *Atlas de Colombia*, 154.

⁶ BHA, núm. 12, 1920, «Páginas inéditas sobre Boyacá [de Andrés Gallo]», 525; DSC, II, Doc. 450, Anzoátegui a su esposa María Teresa Arguindegui, 28 de agosto 1819, 167.

⁷ López, *Recuerdos históricos...*, 5.

⁸ Espinosa, *Memorias de un abanderado...*, 210.

vestirlas, porque **en los pueblos ocupados no había telas**, pues los realistas las habían recogido todas. Desde el general en jefe hasta el último soldado sufrían esta privación terrible en climas tan fríos»¹. En la Provincia de Tunja sucedió que «no encontramos en él una sola pieza de género de que poder hacer un vestuario»².

La ausencia de vestimenta, como también la referencia explícita a la falta de telas, expresa la pertinencia de los oficios y trabajos manuales durante la guerra. No se ha podido individualizar un sastre durante la campaña de 1819, pero a través de la desnudez del ejército y de la falta de materiales evidenciamos la pertinencia de los soldados-artesanos en el proceso de estas contiendas. Dependiente más de las líneas de abastecimiento y producción que del clima en sí, el paso de Pisba figura como un ejemplo predilecto para entender que la participación de artesanos transformó la configuración y consolidación del ejército.

3.3.1. Una dualidad más allá de la Independencia

Aparte de batirse entre las armas y el taller durante la Independencia, una cualidad adicional del soldado-artesano consistió en el hecho de ser y estar militar³. Llamados a cada contienda bélica como veteranos de la Independencia, en las épocas de paz sobrevivían de sus oficios y trabajos manuales. Las quejas por falta de pagos de pensiones no las analizaremos con detalle en estas páginas, pero podemos decir que la institución militar en más de una ocasión fracasó con el pago de sueldos, adjudicación de tierras y cumplimiento de pensiones; muchas veces el coronel se quedó sin quien le escribiera⁴. El incumplimiento de estos compromisos obligó al bajo pueblo a subsistir con trabajo fuera del campo militar. Es decir, estos sectores populares “estuvieron” militares cuando hubo guerra, pero concluida retornaron a sus talleres, azadones y herramientas. Como carrera, en comparación con el ejército contemporáneo, estos individuos no “eran” militares en el sentido estricto, sino que pudieron “estarlo” cuando se necesitó.

Hubo, claro está, individuos que “fueron” militares. Su subsistencia y su vida se construyó en torno a la carrera de las armas. Años después de cruzar Pisba y combatir en la Provincia de Tunja, Aniceto Canales escribió que «he consumido más de los dos tercios de mi vida en la milicia: no tengo otra profesión, ni cuento con otros gajes para sustentar á mi familia»⁵. Cuando se encontró desterrado en Vélez durante la década del cuarenta, dijo que «en aquella ciudad he llevado por muchos meses una vida oscura y pobre, pero honrada sirviendo los destinos de procurador municipal y maestro de escuela»⁶. Si bien Canales se desempeñó en otros trabajos, él mismo se reconoce como militar y sin esta profesión vivía una vida de pobreza y oscuridad.

Su argumentación radicó en que lo único que conocía era la guerra, pues le había dedicado más de dos tercios de su vida. En 1857, en un reclamo por su pensión insistió en que «no he sido otra cosa que

¹ Restrepo, *Historia de la Revolución...*, II, 533. (La negrilla es nuestra).

² Santander, *El General Simón Bolívar...*, 6.

³ Debo agradecer esta idea a Lucas González.

⁴ Estamos haciendo alusión a una de las mejores plumas de este país, quien entre otras genialidades pudo usar sus escritos ficticiales para retratar situaciones históricas y sociales. En este caso, el cuento del coronel que espera que le llegue la pensión es una buena representación de lo que efectivamente más de un veterano de la Independencia esperó cada viernes junto a la oficina de correos; Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba* (Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2012).

⁵ AGN, SR, HDS, L11, f. 858r. Esto lo dice en septiembre de 1849.

⁶ AGN, SR, HDS, L10, f. 281v.

soldado i la patria sólo me enseñó á llevar las armas, i cuando ésta necesitó de mis servicios, yo gustoso se los presté»¹. Su vida como militar es innegable. Participó en las guerras civiles del siglo XIX y en varias batallas de la Independencia. Siendo un viejo, en 1864 se encontró uniformado de gala y con las medallas prendadas en el pecho en una reunión con otros veteranos. Al verlo, Joaquín Paris lo calificó con “visto bueno” como veterano consumado². La exploración del soldado-artesano excluye a los que encontraron en el ejército una forma de vida y que sus capitales, bienes o formas de subsistencia, como dice Manuel María Obregón, se han «adquirido por su espada»³.

No obstante, en ambos casos empezaron como aspirantes y posiblemente fueron pertenecientes a las élites. Hasta dónde el bajo pueblo encontró en el ejército un modo único de subsistencia es difícil de determinar. Para algunos sólo representó un apoyo adicional a su trabajo. La experiencia de Joaquín Molano Galán es ilustrativa. Nacido en Sogamoso, sirvió desde 1813 en la Independencia y con grado de sargento combatió en todas las batallas de la campaña indagada. En el Puente de Boyacá salió herido de una pierna y fue remitido el resto del año a los hospitales de Tunja⁴. Entre retiros y llamadas al servicio participó en la guerra de 1830, en la de los Supremos, en la de 1851, en la invasión de Bogotá en 1854 y en las de la década del sesenta. Después de ser prisionero en 1854, dice Molano,

como recompensa de mis servicios i de mi última herida recibida, [se me otorgó] otra vez mis letras de licencia indefinida, para poder regresar al lado de mi pobre familiar volviendo atrozmente postergado e inútil para **mis trabajos de campo**, que era a lo que me había dedicado antes, para con su producto poder proporcionarle a ésta, una subsistencia mediocre⁵.

La condición del soldado-artesano se extendió como modo de vida a lo largo del siglo XIX. A pesar de que Molano es llamado a las guerras civiles, su trabajo en el campo era una necesidad de sostenimiento. Aunque el bajo pueblo pudo “estar” militar, en sus vidas diarias no fue suficiente su pasado castrense, estuvieron obligados a buscar modos de subsistencia por fuera de las remuneraciones militares. Para 1848 el cabo Ascensión Ramírez dijo que

yo serví en el ejército que combatió por la independencia i libertad de la patria desde el año de 1814 hasta el de 1822, militando bajo las órdenes de varios jefes (...) yo había guardado silencio por mucho tiempo, sin reclamar la pensión que justamente me corresponde porque inhábil para trabajar siempre tenía algunos medios para subsistir: más hoy Señor Excelentísimo, han variado mis circunstancias pecuniarias y estoy a punto de ser presa del hambre i de la miseria»⁶.

Aparece un factor que completa el panorama del soldado-artesano: pudieron quedar incapacitados para el trabajo. Empero, tanto Molano como Ramírez hallaron “otros medios” a pesar de sus heridas. Es decir, entre el oficio de las armas y la subsistencia del trabajo manual, “estuvieron” militares durante las guerras civiles, pero su condición de trabajadores les permitió sustentarse en los intersticios de paz. A pesar de poder vivir de su trabajo y, de forma contingente recibir una pensión, son frecuentes los testimonios en referencia a la miseria material. El cucuteño Fernando Suárez fue enrolado como soldado raso en 1810, ascendido a cabo en 1816 y con este rango combatió en Gámeza, Vargas y Boyacá. En un

¹ AGN, SR, HDS, L11, fol. 786r-v.

² Baraya, *Biografías Militares...*, III, 59.

³ AGN, SR, HDS, L33, f. 921v.

⁴ AGN, SR, HDS, L29, f. 299v.

⁵ AGN, SR, HDS, L29, f. 294r. (La negrilla es nuestra).

⁶ AGN, SR, HDS, L38, f. 364r.

reclamo firmado a ruego se indicó que estaba «reducido al horrible estado de miseria», dado que era extremadamente viejo y se hallaba «enteramente inútil y sin poder trabajar»¹.

Antes de saltar a conclusiones apresuradas debemos incluir el problema de la edad en el enrolamiento. Los escasos estudios sobre artesanos no permiten establecer con qué edad se inició el aprendizaje del oficio artesanal y cómo variaba según los oficios. En la investigación adelantada, el único indicio localizado es un aprendiz de talabartero. Felipe Rincón Saavedra contaba con 12 años cuando fue reclutado y en ese momento era aprendiz². Sin embargo, encontramos personas menores que dijeron tener el oficio “aprendido”. Rafael Guana Molano era un sastre de 10 años reclutado en 1821³ y Pio V Forero Álvarez tenía 10 años cuando dijo ser labrador⁴. Es difícil determinar qué grado de conocimiento tuvieron estos “infantes”. Al declarar su oficio no necesariamente se está haciendo alusión a su manejo total o maestro. En el estudio del soldado-artesano huelga incluir este problema, ya que se relaciona con la posibilidad material de aprender un oficio antes del enrolamiento.

Podemos atajar mejor el problema al explorar a un individuo de la campaña de 1819. Con 8 o 9 años Gavino Gutiérrez empezó su carrera militar como músico del ejército⁵. Baraya lo describe como una persona “caballerosa”, de mediana estatura y de simpáticas facciones⁶. Por su escasa edad al ser reclutado es posible que no haya aprendido un oficio artesanal, al menos de una forma “maestra”. De hecho, aprendió el oficio del músico militar y

después de la entrada en la capital del Reino [en 1819] pasó á la media brigada de Artillería que se formó en aquella plaza en consideración á su poca edad [13 o 14 años] i empeños de su señora madre en donde permaneció hasta el año de 1828 sirviendo constantemente⁷.

Al iniciar con escasos años, sirvió desde 1814 hasta 1828 de forma constante, llegando a ser coronel en agosto de 1854⁸. Si bien empezó realizando tareas manuales como bajo participantes, su edad abrió la posibilidad a que se vinculara al ejército e hiciera su vida en torno a esta institución. Estuvo un tiempo distanciado del servicio y no sabemos de qué subsistió en estos años. Para 1838 fue llamado a servir y combatió por muchos años más, hasta que murió de hambre a los 58 años en la guerra del sesenta⁹. Contó con algunas pensiones y tierras baldías, pero éstas las recibió después de 1846¹⁰. No sabemos a qué se dedicó exactamente entre 1828 y 1838, es una posibilidad que haya vivido de rentas militares o que contó con un oficio que desconocemos.

Lo que sí podemos notar es que sirvió por varios años consecutivos, quizás derivado de su enrolamiento como infante, lo que le dejó construir su vida en torno a la institución militar. Muchos reclutas no tuvieron una edad avanzada al iniciar sus servicios, por lo que esta consideración explorada con Gutiérrez puede tener algún nivel de validez. Por analizar otro caso, José Antonio Salas fue un venezolano que se enroló con 6 o 14 años en 1810¹¹. Como tambor sirvió hasta 1814, fue ascendido a

¹ AGN, SR, HDS, L41, ff. 907r-v y 908r.

² AGN, SR, DM, L3, f. 338r.

³ AGN, SR, DM, L3, f. 336r.

⁴ AGN, SR, SGM, L326, f. 833r.

⁵ AGN, SR, HDS, L21, f. 130r y 155r; respectivamente.

⁶ Baraya, *Biografías Militares...*, III, 56.

⁷ AGN, SR, HDS, L21, f. 147r.

⁸ AGN, SR, HDS, L21, f. 130r-v.

⁹ Baraya, *Biografías Militares...*, III, 56.

¹⁰ AGN, SR, HDS, L21, ff. 159r, 166r, y 128r.

¹¹ AGN, SR, HDS, L62, f. 336r; L42, f. 357r; respectivamente.

soldado y con este rango se encontró presente en las batallas de la Provincia de Tunja. Los datos no nos permiten saber si Salas tuvo un oficio manual, pero se dedicó a ser jefe inspector de milicias en 1831 y hasta 1827 hizo parte de las milicias de Cartagena. En 1827 recibió licencia absoluta y fue llamado una vez más a servir en 1828¹. En sus empleos militares se relacionó con la institución y la vida castrense por fuera de tiempo de guerra, lo que es posible que se deba a que inició con poca edad (6 años si tomamos este registro). Aunque su relación cercana con lo castrense no lo eximió de reclamar por extrema pobreza. En 1848 dijo que estaba muy enfermo y «abatido de mísero»².

Como continuidad durante el siglo XIX, la indagación del soldado-artesano es una reflexión sobre cómo subsistieron los sectores populares que se relacionaron con el ejército en la Independencia. En Gavino Gutiérrez y en Salas intentamos mostrar que pudo haber individuos que ingresaron como “infantes”, lo que produjo que sus vidas se construyeran en torno a la institución; aunque en ambos casos vemos reclamos por miseria. Algunos con toda claridad expresaron que eran militares; los otros sí vivieron en la compleja dualidad de estar y ser militar a lo largo del siglo.

¹ AGN, SR, HDS, L42, ff. 359r y 360v.

² AGN, SR, HDS, L42, f. 354r.

4. Respirando patria y exhalando sangre

Con saldos de sangre propia y arrancada a la fuerza, unas de las consignas que acompañaron la lucha por la Independencia fueron patria, libertad y República. Aproximarnos a sus significados desde abajo es muy problemático. Tratados o disertaciones filosóficas de los plebeyos no existen o en nuestra búsqueda no se hallaron. Suponer que los escritos de las élites son un reflejo fidedigno de sus ideas sería caer en una trampa compleja. La cultura de los sectores populares no es una reproducción pasiva de lo debatido en los círculos de privilegio. La plebe da puntadas propias en el telar del pensamiento. El problema es reconstruir sus sentidos y razonamientos. Para el caso de estas ideas, la evidencia con la que contamos es sus acciones y relaciones recíprocas. En estas páginas concluiremos nuestro estudio indagando qué significado al nivel del discurso y la ideología el enrolamiento de la plebe. Nos guiamos por dudas diversas, sobre todo cómo integraron estos valores del liberalismo, cómo los significaron a la luz de su proceso experiencial y qué significó el afianzamiento de relaciones guerreras para la valoración ideológica.

Es menester advertir que esta aproximación debe acotarse. Sería equivocado hablar de una valoración homogénea dentro de los sectores populares. Nos interesa es cuestionar y seguir a los reincorporados. Si frente a la plebe el gesto arrogante de la época era usarlos como peones en diferentes celadas y gambitos, ¿por qué algunos retornaron y combatieron durante años en los ejércitos? Los valores del liberalismo influenciaron la vida y acciones de parte de los de abajo. En la reincorporación es donde destaca su adopción de los principios que se respiraban en aquellos años. Aunque reconocemos que este comportamiento no puede ser atribuido exclusivamente al bajo pueblo, los casos de soldados, músicos, cabos, sargento o soldados-artesanos reincorporados tienen mucho para decir. Su retorno representa una sugerente actividad que contradice su retrato de víctimas pasivas de las élites criollas.

La libertad, la igualdad y la fraternidad no fueron lenguajes ajenos a la *weltanschauung* plebeya. Ni durante la Independencia ni en las décadas posteriores, el pueblo puede ser considerado ignaro frente a estos principios¹. Historiadoras e historiadores han podido rescatar casos expresivos en este sentido. En noviembre de 1811, los artesanos y trabajadores de Cartagena impusieron «por la fuerza a las élites criollas la declaratoria de la independencia absoluta»². Organizados con líderes propios, con hachas y machetes contradijeron la narrativa paternalista que repetía que fueron las élites las que entregaron la independencia al pueblo sumiso. A raíz de la negación de sus derechos raciales en las cortes de Cádiz, la plebe cartagenera empezó a identificar sus aspiraciones con la Independencia. La vida política no perteneció sólo a los ilustrados criollos. Mulatos, negros y libres de todos los colores tuvieron su propia intervención en defensa de sus proyectos de igualdad social³.

La decisiva participación de estos sectores hizo que paulatinamente el discurso de igualdad racial se volviera un motivo que distanció a los americanos de los españoles. Aunque su uso fue discrecional y manipulado por el poder de los blancos, la incorporación de estos principios en los lenguajes, prácticas y movimientos de los plebeyos hizo que las ideas del liberalismo se cargasen de semánticas sociales propias.

¹ Mario Aguilera Peña y Renán Vega Cantor *Ideal democrático y revuelta popular. Bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia, 1781-1948* (Bogotá: Cerec, 1998).

² Múnera, *El fracaso de la nación...*, 187.

³ Para una revisión detallada de estos sucesos, véase el capítulo VI de Múnera, *El fracaso de la nación...*, 173-215.

En Cartagena, la organización del bajo pueblo en torno a la facción “piñerista” expresa su capacidad de comprender, interpretar y actuar frente a los principios de “igualdad de todos los hombres”¹.

Algunos casos localizados por Lasso permiten profundizar nuestra búsqueda. Juan José Mexía era un campesino de 44 años. En 1819 se encontró en los ejércitos republicanos después de haber servido en los realistas. Parece que no escatimó oportunidad para declararse un ferviente patriota. Entre otros comentarios, reivindicó que con la Independencia «ya tendremos alivio, ya no seremos oprimidos como lo estábamos con el gobierno anterior»². Como sugiere Lasso, su estudio revela que los campesinos pudieron estar familiarizados con el lenguaje y la terminología liberal. Años más tarde, Cornelio Ortiz era un zapatero pobre y honrado de Honda que «usó hábilmente la temprana retórica nacionalista republicana que proclamaba la llegada de una nueva era de igualdad y justicia»³.

Para los esclavos, la revolución también pudo significar un horizonte de sentido renovado. Tomás “Tomasico” Aguirre era un esclavo que denunció su captura e intento de retorno al estatuto de esclavo como una violación a sus derechos de ciudadanía. Junto con su esposa vivió un proceso legal que defendió con el lenguaje renovado del republicanismo. La conclusión de Lasso no podría ser más precisa: el «sistema republicano había afectado radicalmente la manera en la que Tomasico y su esposa entendían la libertad»⁴.

No todas las interpretaciones de la ola republicana fueron tomadas con el mismo “progresismo”. En México, por ejemplo, se dio una rebelión paralela que Eric Van Young interpreta como atávica y conservadora⁵. Para la Nueva Granada son muy conocidas las actitudes y respuestas de los indígenas de la Provincia de Pasto, que combatieron del lado realista con fervientes creencias monárquicas⁶. La concepción de libertad de los diferentes sectores subalternos y productivos tuvo una estrecha relación con su pasado colonial y las dinámicas de cultura política consolidadas a finales del siglo XVIII y principios del XIX⁷. La libertad para los esclavos, por ejemplo, no era una retórica abstracta sino un cambio profundo en las relaciones con la sociedad, lo que pudo constituir un motivante para enrolarse en los ejércitos⁸.

Responder de forma unidireccional el sentido con el que cargaron los valores del liberalismo resulta reduccionista. Empero, entre interpretaciones diversas y antecedentes coloniales igualmente diversos, la plebe no fue ajena a los principios políticos del liberalismo. En algunos casos hizo uso de sus lenguajes a la hora de defender la igualdad prometida. En otros, la avanzada republicana se percibió como amenaza y se apoyó a la monarquía. Su valoración fue tan amplia como sus diferencias experienciales internas, pero el punto es poder rescatar el conocimiento colectivo afianzado y visibilizar que existió una incorporación y resignificación de las ideas que algunos han pensado exclusivas de las élites⁹.

¹ Lasso, *Mitos de armonía racial...*, 84-85.

² Archivo General de Indias, Fondo Cuba, 890B, f.13. Citado en: Lasso, *Mitos de armonía racial...*, 98.

³ Lasso, *Mitos de armonía racial...*, 99.

⁴ Lasso, *Mitos de armonía racial...*, 100-103.

⁵ Eric Van Young, *La otra rebelión. La lucha por la Independencia de México, 1810-1821* (México: Fondo de cultura económica, 2006).

⁶ Jairo Gutiérrez Ramos, *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824)* (Bogotá: Instituto colombiano de Antropología e Historia, 2007).

⁷ Garrido, *Reclamos y representaciones...*

⁸ Pita, *El reclutamiento de negros esclavos...*, 269.

⁹ Javier Ocampo López, *El proceso ideológico de la emancipación en Colombia* (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1983; Guerra, *Modernidad e independencias...*

4.1. Las lógicas de un ejército, las ideas de una lucha

Al interior de la vida militar, el papel de los curas fue parte de los mecanismos de difusión de ideas, principios y consignas. En los archivos se localizó tres curas de la campaña. Uno de ellos fue Joaquín Guarín, un capellán franciscano y comandante de guerrilla que cruzó los Andes con 59 años. Como muchos otros, Guarín sufrió el presidio, retornó al ejército en Pore y sirvió hasta 1821. Aparte de soportar las privaciones del ejército y ayudar a los enfermos y heridos, «con sus exhortaciones patrióticas mantenía siempre llenos de entusiasmo por la causa pública á los soldados de su cuerpo». En sus sermones e interacciones con la tropa predicaba «con tanto entusiasmo al ejército que los movía con su ejemplo y patriotismo á pelear con resignación»¹. Como Guarín, fray Ignacio Mariño también influyó en la difusión del ideario emancipador: «con su influjo mantuvo siempre la opinión en favor de la República en todos aquellos pueblos [de Boyacá]»².

En otros momentos los curas desempeñaron un rol similar. En sus memorias, José María Espinosa escribió como el padre Florido era un capellán y patriota ardoroso que «animaba á la tropa con su palabra elocuente cuando estaba formada para entrar en acción»³. Más adelante, sucedió que

el ilustre Padre Padilla, que se hallaba allí emigrado, dirigió á la tropa un elocuente discurso, exhortando á los soldados á tener presente la justicia de la causa que defendían, pero también la clemencia con el enemigo, y que su sacrificio no quedaría sin recompensa (...) se presentó entonces el coronel Mejía y arengó también al ejército en términos enérgicos: “Somos pocos, decía, comparados con el enemigo; pero les excedemos en valor y en decisión por la más justa de las causas”⁴.

Junto a las exhortaciones de los curas, los discursos de tribunos militares formaron parte de los espacios de movimiento de las ideas. Estos mecanismos son de arriba hacia abajo y sabemos que no siempre fueron efectivos, o de lo contrario la desertión absoluta no hubiera sido un reto permanente. Pero la interacción propia del bajo pueblo frente a estas ideas es difícil de conocer. Las discusiones pudieron presentarse en algunas chicherías, que eran un espacio de interacción importante de los sectores populares⁵. De hecho, las chicherías y los espacios de tertulia fue donde muchas mujeres y hombres fraguaron diferentes acciones políticas⁶. Quizás en aquellos escenarios, “desde abajo”, se significó y se les dio sentido a los idearios liberales. Incluso, de forma hipotética, no es absurdo suponer una conversación de la soldadesca que evaluara y cargara de sentimiento conceptos complejos como libertad, patria o República.

Las fuentes para poder acercarnos a estas interacciones no se han localizado. Con la información disponible no podemos saber de las conversaciones de un herrero blanco, un zapatero pardo y un esclavo liberto días antes de alguna batalla memorable. A pesar de ello, la racionalización de la lucha, tanto en las fuentes de la Independencia como en los reclamos posteriores, tienden a expresarse en la terminología del liberalismo. Después de marchar sobre la Nueva Granada y luchar en diversos combates, en 1829 Juan Antonio Samper afirmó que

¹ AGN, SR, HDS, L22, ff. 687r-v, 692r y 693r, respectivamente.

² BLAA, ACM, Db0305, f. 11r.

³ Espinosa, *Memorias de un abanderado...*, 41.

⁴ Espinosa, *Memorias de un abanderado...*, 127.

⁵ Garrido, *Reclamos y representaciones...*, 307.

⁶ Lux, «Las mujeres neogranadinas...», 189.

mis intereses, mi familia y lo que me debía ser aún más sensible mi anciana y casi desamparada madre, todo abandoné, me olvidé enteramente de todo desde los momentos en que escuché la voz de Colombia en que me persuadí [de] que ella me llamaba y que yo podía serle útil en alguna cosa. Esos días calamitosos de una guerra sangrienta y cruel están felizmente pasados, la patria aumentada con la sangre de sus hijos ya respira independiente¹.

Quince años después de enrolado, Samper dijo que el llamado de la patria lo llevó a combatir contra la monarquía. Este neivano entró como aspirante en enero de 1814 y sirvió como sargento hasta noviembre de 1819. Se batió en numerosas acciones de guerra y cayó prisionero durante tres días. Al fugarse ingresó a una guerrilla en Neiva para hostilizar a los enemigos y sobrevivió a Gámeza, Vargas y Boyacá². Por su parte, Aniceto Canales dijo que «el 19 de marzo de 1817 con el ardor que me inspiró el deseo de ver figurar a mi patria en el catálogo de naciones libres e independientes, tomé las armas sirviendo en el ejército libertador e hice las campañas desde dicho año hasta el de 1824»³.

De hecho, Canales cuenta que la inspiración de los acontecimientos de 1810 lo terminaron conduciendo a involucrarse en la guerra. En una representación hecha en 1857 comentó que

cuando estalló la revolución que proclamó la libertad del continente suramericano de la metrópoli española, fue grande el entusiasmo que en mí germinó, i un vehemente deseo de cooperar á la grandiosa obra emprendida por la salud de mi país (...) en el año de 1817, pudiendo más la idea de libertad i superando ésta á los afectos paternales, abandoné las comodidades de la vida doméstica i pasé á incorporarme á las huestes republicanas (...) sólo **pensaba ver á mi patria constituida en una nación libre e independiente; i así fue que peleamos brazo á brazo, adquiriendo la Libertad de nuestra tierra, palmo á palmo**, desde las ardorosas playas del Orinoco hasta los márgenes de Funza, posteriormente á la gloriosa jornada de Boyacá⁴.

La dificultad con estos testimonios consiste en la distancia temporal entre lo hecho y lo dicho. En otras palabras, no podemos corroborar si estas motivaciones efectivamente estuvieron presentes en el momento mismo del enrolamiento, o si representaron como racionalizaciones posteriores a los hechos. Es posible encontrar incongruencias en este sentido. Mientras era interrogado como prisionero en la guerra civil de 1862, Buenaventura Millán replicó que había salido a combatir por el federalismo porque «defendía los principios que había jurado sostener el 20 de julio de 1810»⁵. No obstante, en su hoja de servicios encontramos que se incorporó en diciembre de ese año⁶. Sucede algo similar con José María Espinosa, quien en sus memorias afirmó haber estado con lanza al hombro en las revueltas del 20 de julio, pero su Hoja de Servicios contradice esta afirmación⁷.

A pesar de ello, hubo varios veteranos que años después recordaban que fue su sangre la que contribuyó a la fundación de la República. Vicente Ramírez, un bogotano de 13 años enrolado en diciembre de 1817, marchó como cabo de infantería a la campaña de 1819 y se encontró en Gámeza, Vargas y Boyacá⁸. Reclamando el pago de su sueldo, en 1879 memoró «haber ayudado a crear esta República, sirviendo y combatiendo por ella»; Colombia era una patria, continuó, «que ayudé a formar»⁹.

¹ AGN, SR, HDS, L43, f. 373r.

² AGN, SR, HDS, L43, f. 371r-v.

³ AGN, SR, HDS, L10, f. 330r.

⁴ AGN, SR, HDS, L11, f. 786r-v. (La negrilla es nuestra).

⁵ AGN, SR, HDS, L29, f. 626r.

⁶ AGN, SR, HDS, L29, f. 607r.

⁷ Espinosa, *Memorias de un abanderado...*, 33; Espinosa, *Hoja de Servicios del militar...*, 4.

⁸ AGN, SR, HDS, L39, f. 763r-v.

⁹ AGN, SR, HDS, L39, f. 785r-v.

Para legitimarse, son múltiples los testimonios que insistieron que durante la Independencia fueron servidores abnegados de la patria y la libertad¹.

En la misma dirección arguyó Joaquín Molano Galán, uno de los trabajadores del campo que para 1819 contaba con el rango de sargento. En 1870 extendió un memorial a la presidencia solicitando que su rango se hiciera efectivo. Empezó por afirmar que la patria es una obra que «con mis cortos esfuerzos i mi sangre había ayudado a formar»². La república, siguió, es el «suelo que ayudé a redimir con mi sangre»³. En su memorial a los representantes del gobierno, les solicitó que si se empinan y dirigen

la vista desde el pie de la estatua del Gran Capitán [Bolívar], que decora la plaza principal de esta ciudad, hasta las costas de Puerto Cabello, i dando un rodeo por los inmensos desiertos que apaciblemente baña el caudaloso Orinoco, contemplen por un momento siquiera, lo que se lee en los campos de Bogotá, Cachirí, Juncal, San Félix, Yagual, Lagunillas, Palmar, Paya, Gámeza, Vargas, Boyacá, Carabobo i Puerto Cabello, donde, sin duda alguna, encontrarán el nombre de un leal i decidido soldado de la República, que hoy no es otra cosa sino infeliz anciano que tocando con una mano las puertas del sepulcro, extiende la otra a vos [Presidente] i a los escogidos del pueblo, para que le proporcionen los medios de morir sin las tormentas de la mendicidad, ya que **lleva en su pecho la noble satisfacción de haber ayudado con su sangre a redimir el suelo que lo vio nacer, i colocarlo como Nación libre, soberana e independiente, entre los pueblos civilizados de la tierra**⁴.

La participación popular representó una sensación de pertenencia y autoría frente a la consolidación de la vida republicana. Hasta donde estas ideas impregnaron los quehaceres durante los combates de la Independencia es difícil de determinar. Lo cierto, las ideas de libertad, patria y República estuvieron presentes en la época. En ellas existió una carga simbólica que tuvo fuerza material en el comportamiento de una parte del bajo pueblo, específicamente en la reincorporación.

Si bien el ideario liberal fue interpretado de forma heterogénea, en la guerra sus definiciones tienen contornos más concretos. El elemento que nos permite conocer sus límites es su contrario: la opresión. El enemigo es una amenaza constante y un peligro permanente. La represión no es una idea, es un contendiente que arremete con intenciones asesinas. Era una época violenta, en la cual «las legiones castellanas degollaban sin piedad a todo aquel que no doblaba su rodilla ante las sangrientas garras de sus leones»⁵.

El espacio de observación de 1819 es particular en este sentido, es fruto de un proceso de maduración de casi una década. La configuración de la actitud popular está atravesada por un suceso cercano en su experiencia: la Reconquista. A pesar de haberse dado de forma desigual en los territorios⁶, la pacificación fortaleció un sentimiento de opresión que alimentó su contrario: la libertad. La opresión simbolizada vívidamente en la monarquía fortaleció la asociación de la libertad con el proyecto de la patria, la República y la Independencia. Este campo simbólico, para el estudio de lo popular y el ejército, pudo llenar de sentido y convencimiento las acciones de los reincorporados. Recordemos que la mayoría cayó prisionero en acciones contra las huestes de Morillo.

Nuestras ideas son provisorias y lo más probable es que este ideario se aunara a las reivindicaciones propias de la experiencia colonial. Sin embargo, no es gratuito que a Morillo se le haya llamado un “hacedor de patriotas”. La entrada de sus ejércitos se tradujo en decenas de personas emigrando y

¹ AGN, SR, HDS, L9, f. 79r; L38, f. 364r.

² AGN, SR, HDS, L29, f. 293r.

³ AGN, SR, HDS, L29, f. 296v.

⁴ AGN, SR, HDS, L29, f. 297r-v. (La negrilla es nuestra).

⁵ AGN, SR, HDS, L29, f. 269r.

⁶ García Estrada y Córdoba-Restrepo, eds., 1816: *El terror y la sangre sublime*.

buscando los ejércitos republicanos¹. Friede, en un intento temprano por rescatar la determinante participación, relacionó esta opresión con la multitudinaria respuesta y enrolamiento en los ejércitos². El mismo Thibaud ha podido develar la relación dialéctica entre opresión y libertad, por lo que paulatinamente los campos nacionales se van consolidando con base en esta dicotomía³.

Sin embargo, visto a ras de suelo, la defensa del hogar, la familia y los espacios vitales fue un proceso experiencial que vivió también el bajo pueblo. En sus vidas, el lugar de la opresión permitió que se desarrollaran mecanismos que identificaron en la Independencia una alternativa de transformación. Frente a las ejecuciones que adelantó el Virrey Sámano, «cada gota de sangre derramada producía centenares de patriotas, que en partidas se dirigían a Casanare a engrosar las filas de los republicanos». Lo que a la postre derivó en que «las familias que había perdido sus padres, sus hermanos, sus maridos i sus hijos sacrificados en los patíbulo, ofrendaban gustosas cuanto poseían en las aras de la Patria»⁴. José Antonio Herrera, dentro de otras razones, explicó su participación porque un hermano menor que tenía «lo pasaron por las armas los referidos godos»⁵. La venganza, sentimiento que hasta hoy nos sigue manteniendo en guerra, influyó en los razonamientos plebeyos. Fueron muchos lo que reclamaron «la muerte de sus verdugos»⁶.

Ahora, los mecanismos sociales que alimentaron el proceso ideológico no sólo bebieron de la venganza. Podemos ampliar el panorama a la defensa de los espacios vitales de vida. Los reclamos de los militares son expresivos en esta dirección. Si bien combatieron con denuedo, algunos priorizaron sus familias sobre el servicio. José Narciso Laiton era un sargento del Escuadrón de Guías de Vanguardia que en 1819 reclamó:

yo he tenido la gloria de haber contribuido en toda la parte que me ha sido posible para la entrada en el reino [en 1819] y quisiera no tener otra cosa en que pensar, sino solamente en seguir en el servicio: si mis enfermedades y lo que es más el haber muerto mi mujer quedando cinco hijos pequeños desamparados en términos de no tener una parte doliente que conocida de su orfandad y miseria los pueda haber acogido, no me estrechará á recurrir para su socorro. Mi mujer murió según se me ha asegurado á causa del estropeo que sufrió por ser una mujer de un credo decidido por la libertad, á la que además de estos padecimientos quitaron cuanto le había yo dejado para la mantención de ella y mis hijos. Esto señor me hace creer que mendigan el pan por todas partes sin tener quien les alimente. No hay duda [de] que la República exige el servicio de todo ciudadano, pero si se atiende al estado de mi desgraciada familia, se verá que me hallo competido del precepto de facilitar subsistencia y educación de mi familia. Por tanto, recurro a la benignidad de Usted para que se sirva concederme licencia absoluta sin por esto se entienda que dejo de tomar las armas siempre que la patria me llame en su defensa⁷.

Por ser de opiniones liberales su esposa fue asesinada y privada de los medios de subsistencia para sus cinco hijos. En vez de desertar, el sargento Laiton solicitó ser descargado del servicio para socorrer a su familia. Un tanto similar a las argumentaciones que expusimos en el estudio de los desertores, la defensa de la familia es una prioridad en las representaciones que levantó el bajo pueblo a las autoridades del gobierno y el ejército. Otro soldado también priorizó a su familia:

¹ Carlos Guillermo Páramo Bonilla, «Pablo Morillo: el villano necesario», en *1816: El terror y la sangre sublime* (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2016), 89-104.

² Friede, «El Ejército Popular, Vencedor en Boyacá».

³ Thibaud, *República en armas...*

⁴ López, *Recuerdos históricos...*, 3 y 18.

⁵ AGN, SR, SGM, L1, f. 204r.

⁶ Santander, *El General Simón Bolívar*, 13.

⁷ AGN, SR, SGM, L1, f. 207r-v.

El ciudadano Basilio Muñoz soldado de la primera compañía de la columna de vanguardia del batallón de Cazadores, ante Vuestra Excelencia con la veneración de mi respeto digo: que ha [sido] más de 6 años que tengo el honor de servir en las tropas republicanas, y en la actualidad en esta capital. En la villa del Socorro existe aún una viuda y anciana madre, careciendo de todo auxilio y socorro. El otro hijo mi hermano Joaquín Muñoz murió gloriosamente en clase de cabo 1º en la acción del Pantano de Vargas. La citada mi madre ciudadana Juana Bautista Acosta gime compelida de la necesidad, ya que no puedo contribuirle por carecer de todo dinero. Por esta circunstancia me veo en la precisión de ocurrir á la protección de Vuestra Excelencia suplicando se digne mandar se me habilite algún socorro para hacerlo a la referida madre; y en caso de que no tenga lugar esta solicitud pido igualmente se me conceda pasar al Socorro á incorporarme en las tropas que allí se hallan, con cuyo motivo tendré á la visa á mi pobre madre¹.

La defensa de la comunidad primaria fue un motivante del enrolamiento y participó del proceso experiencial que cargó de sentido conceptos como libertad o patria. Su hermano quedó tendido junto a la putrefacción de todo campo de batalla y su madre se encontró necesitada de asistencia. A pesar de servir por seis años, su prioridad fue encontrar medios para apoyar a su familia; incluso buscando alternativas en caso de que no se le otorgasen los descargos.

Como consigna enarbolada con frecuencia en la época, la libertad tuvo un respaldo experiencial en los casos complejos de pérdida y muerte. Con esta argumentación queremos mostrar que detrás de la patria estuvo, en principio, la patria. La comunidad, la familia y los espacios vitales, golpeados por los abusos de la guerra, produjo una respuesta que afianzó en el bajo pueblo la idea de la libertad. Incluso familias enteras estuvieron presentes y activas en los procesos militares, como fueron los cinco hijos de la ciudadana Simona Duque.

Esta mujer, actualmente viuda, tiene cinco hijos, los cuales presentó al servicio de las armas en la época anterior de la República. Tres de ellos sirvieron gloriosamente en la campaña, portándose como verdaderos soldados de la patria. A la entrada de las tropas españolas en esta provincia fueron alistados, se desertaron, permanecieron ocultos por largo tiempo y a mi arribo me los presentó de nuevo su madre, con la circunstancia extraordinaria de que hubo entre ellos un combate vivo sobre la elección del que debía permanecer a su lado. Uno de ellos, cubierto de cicatrices, fue destinado a este objeto por los otros y respondió que no, que aún podía militar².

Hermanos, primos, padres, tíos y demás marcharon codo a codo en las contiendas de la época. Fue la comunidad vital aunada a los procesos bélicos. Aparte de ser una idea, la libertad encontró un asidero específico en las relaciones sociales y familiares de la matriz humana. Desde abajo, los conceptos de la Independencia se delimitaron, definieron y fortalecieron con la práctica social de la guerra, la violencia y la muerte. La opresión de los realistas se tradujo en una interpretación sencilla pero contundente: la libertad era la defensa de la patria y la promoción de la República.

¹ AGN, SR, SGM, L1, f. 225r.

² DSC, II, Doc. 552, Córdova a Santander, 16 de octubre 1819, 284.

4.2. La fuerza de la fratria, antesala de la patria

Las ideas precedentes son puntadas para intentar comprender por qué se dio la reincorporación y cómo allí hay evidencias de la interpretación plebeya del ideario liberal. Para comprender este comportamiento exploremos qué pudo significar la patria y cómo su significación permitió la continuidad en el servicio militar. Empezamos por distanciarnos de una idea que ha hecho escuela en la historiografía. Para explorar la participación popular se argüido que el ejército fue un espacio de promoción social. En el estudio de los ascensos expusimos matices a estas ideas, pero aquí la soslayamos por carecer de vinculación con la necesaria incertidumbre que implicó la guerra. Este lugar común de los historiadores es a todas luces retrospectivo. Los actores sociales no pudieron tener certeza de sobrevivir en las batallas o gana la guerra y muchas leyes sobre pensiones, adjudicaciones de tierras o prebendas fueron posteriores a nuestro espacio de observación. Preferimos volver al entramado social y al proceso experiencial para dar respuestas a sus motivantes y razonamientos.

La definición enciclopédica de patria o los grandes tratados del liberalismo los abandonamos en la persecución de su uso contextual y su expresión en los vínculos sociales que se construyeron en medio de esta guerra sangrienta. No es suficiente pensar que los reincorporados lucharon, retornaron, murieron y mataron por los discursos grandilocuentes del liberalismo. Su praxis se desarrolló en el marco de un espacio de posibilidades fraternas (el ejército), en el cual la semántica de estas consignas adquirió fuerza relacional.

Para la época de resistencia en los Llanos, la patria encontró su realización, sustento y continuidad en la fratria. La comunidad fraterna en armas que se consolidó en los primeros años de la guerra cosechó sus frutos y contribuyó a que los ejércitos recibieran combatientes experimentados que huían de los realistas. En una de sus memorias Santander fue contundente al respecto: «no teníamos más patria que el terreno donde vivaqueábamos»¹. De ahí el acertado título de la obra de Thibaud: “República en armas”, puesto que antes de la paulatina institucionalización del Estado no hubo otro espacio republicano que las relaciones que se agregaban y disgregaban en las filas castrenses.

La consolidación de vínculos fratriales se dio en el marco de una experiencia límite compartida: las precariedades existentes, el hambre colectiva, el peligro enemigo, la jovialidad del triunfo, la tristeza de la derrota —la muerte y la vida—; acontecimientos extremos que pudieron fortalecer vínculos singulares entre los involucrados². Como contó Espinosa,

en proporción del encono y venganza que respirábamos contra nuestros opresores, estaba la unión, la fraternidad y la armonía que reinaban entre los patriotas, mirándonos todos como hermanos; y, si pudo haber, y hubo, en efecto, rivalidades y emulaciones personales, había á lo menos desinterés y abnegación, y todo se subordinaba á la grande idea, al único y alto pensamiento de regeneración, que era el norte y el blanco de la aspiraciones de aquellos primeros soldados de la patria; de esos soldados que no pensaban entonces en las recompensas, ni en las pensiones, sino, por el contrario, en sacrificar sus propios intereses, sin esperanza de recobrarlos algún día³.

En los ejércitos de Casanare los pagos fueron contingentes, aunque por lo general no existieron; la comida fue escasa y hubo días sin alimento; la ropa poca; el armamento incompleto; los climas agrestes;

¹ Santander, *Apuntamientos para las...*, 6.

² Debo agradecer a Nicolás Peña por sus ideas y comentarios, como también agradezco por la idea de la guerra como una de las experiencias límites de la historia humana.

³ Espinosa, *Memorias de un abanderado...*, 132.

la lucha incierta; en últimas, todos los indicios apuntan a que la situación era paupérrima. Ahora bien, en medio de este panorama de escasez, los itinerarios de los involucrados establecen un claro compromiso con “la gran idea” en sus servicios y retorno al ejército.

Recordemos la experiencia de Juan Bautista Azula, quien atravesó el camino desde Cali hasta Sogamoso huyendo del presidio realista. Al retornar con el rango de sargento combatió hasta 1822. En su trayecto tuvo que atravesar «la cordillera de Antioquia, el Magdalena i las provincias del Norte»¹. En total, durante la Independencia, su servicio asciende a doce años, sus heridas fueron varias y desconocemos a cuántos mató o vio morir; cuánta hambre pasó o si contó con familiares que defender. Lo que podemos comprobar es que retornó a los ejércitos unos días antes de la batalla del Puente de Boyacá y continuó tres años más en servicio activo.

Junto a él, los archivos nos permiten reconstruir otras experiencias de servicios continuos y retornos imprevisibles. Joaquín Reascos era un caleño de 14 años cuando inauguro su vida militar en octubre de 1813 y como soldado raso acompañó los ejércitos al mando de Nariño en la región del sur. En la derrota de la Cuchilla del Tambo cayó prisionero y permaneció en las prisiones españolas hasta 1818. Logró recorrer los caminos al Llano y ponerse al mando de las autoridades militares de la zona. Para la campaña de 1819 estuvo en Paya, cruzó las heladas cumbres de los Andes y combatió en todas las batallas que se dieron en la Provincia de Tunja.

Más tarde se dirigió una vez más al sur y estuvo en lides conocidas como Genoy, Ayacucho, Bomboná, entre otras². Para 1834, Reascos solicitó el retiro del servicio, sobre todo porque las heridas del soldado empezaban a cobrar factura. El cirujano mayor Joaquín Morril certificó el estado de salud en los siguientes términos:

se halla con una cicatriz circular en la parte superior y externa de la pierna derecha, y otra igual y de la misma figura en la parte posterior de la misma, aunque algo más inferiormente, deduciéndose de ambas, que han sido causadas por un balazo recibido en dicha parte y que al atravesarla dañó los ligamentos comunes (...) Además se halla con otra cicatriz de figura irregular, como de más de una pulgada de larga, [en] la parte lateral derecha del labio inferior cerca de su comisura, lo que indica otra herida que recibió dicho Señor Reascos en la parte expresada y atravesó el labio de parte á parte, por la cicatriz así lo manifiesta por estar colocada en la misma dirección y figura tanto en la parte externo como interna³.

No todas las heridas fueron recibidas en la Independencia, la de la pierna fue causada por un balazo en la batalla del Santuario (oct-1829)⁴. Pero estas cicatrices nacidas de la vida del guerrero dan una idea de algunos padecimientos que implicó haber participado por años en las guerras decimonónicas. Los reclamos de los militares tienden a estar repletos de certificados médicos que señalan cómo quedaron cojos, sin un brazo, con una bala incrustada o diferentes lesiones de sus épocas de lucha. A pesar de ello, sirvieron por años e hicieron parte de los reincorporados.

José Montesuma se enroló en abril de 1813 como soldado raso cuanto tenía 14 años. Tiempo después, acreditó su valor y se le calificó con conducta buena, pero sus modales, talentos y su educación se describieron como regulares. En una fecha que desconocemos recibió su ascenso a cabo y cayó en las prisiones realistas. Por cinco años estuvo en las filas enemigas. A principios de 1819 aprovechó la oportunidad de pasarse a los ejércitos en Casanare y meses más tarde combatió en Gámeza, Vargas y

¹ AGN, SR, HDS, L1, f. 582r.

² AGN, SR, HDS, L40, f. 459r-v.

³ AGN, SR, HDS, L40, f. 468r-v.

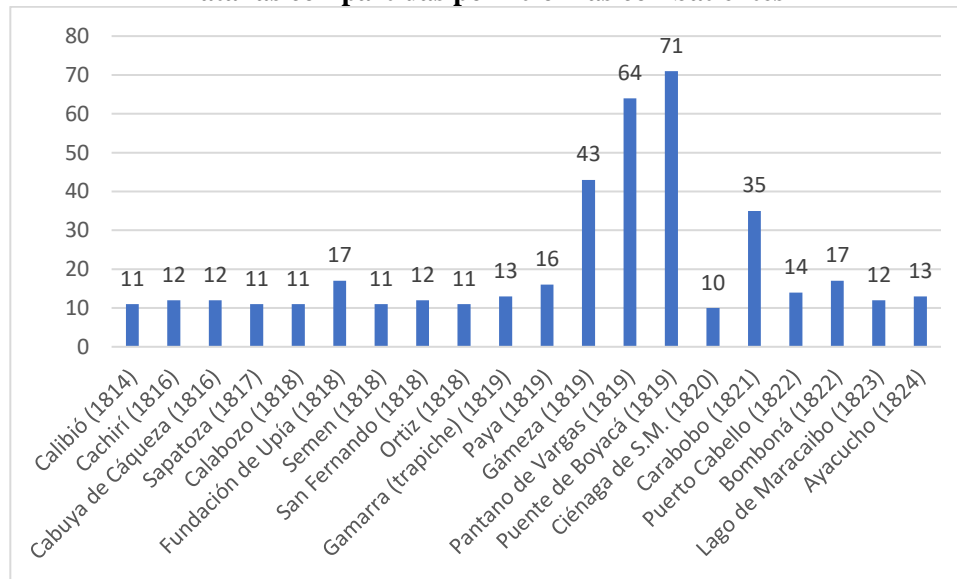
⁴ AGN, SR, HDS, L40, f. 482v.

Boyacá. Con dos heridas recibidas, combatió en Carabobo en 1821 y en 1823 en las fuerzas de tierra de la batalla de Maracaibo¹.

Joaquín Galindo, por su parte, bogotano de nacimiento, se le pagó su sueldo en 1832 «en atención á haber permanecido fiel a los principios republicanos»². Su servicio parece ser congruente con este reconocimiento. Empezó a servir en diciembre de 1815 como soldado raso, estuvo un tiempo prisionero, sirvió en una guerrilla al fugarse, se reincorporó al ejército y combatió en el Puente de Boyacá. Después, posiblemente junto a Montesuma, estuvo en las batallas de Carabobo y Maracaibo³.

No queremos agotar la lectura con la exposición sucesiva de casos, pero fue frecuente que soldados rasos, cabos, sargentos y músicos se reincorporaran y en total sirvieran más de una década. Por la duración de su servicio fue posible construir una matriz que permitiera ver cuántos acontecimientos compartieron entre sí. En el siguiente Gráfico apreciamos cómo los individuos de nuestra muestra tuvieron experiencias compartidas que abrieron el horizonte de encuentro y generación de vínculos.

Gráfico 3:
Batallas compartidas por 10 o más combatientes*



Fuente: Expedientes de la investigación (Anexo), muestra de 112 combatientes.

*Por facilidades de exposición se han discriminado todos los datos menores a 10 coincidencias.

La lectura de fuentes comenzó a surgir el panorama que tangencialmente deja entrever el Gráfico 3. La experiencia de la guerra cruzó los itinerarios de estos combatientes. Tanto antes como después de la campaña tuvieron espacios para conectarse y forjar una relación. Ahora bien, los especialistas de las matrices señalan que el hecho de compartir un acontecimiento no es sinónimo de relación “direccionada”, sino que simplemente es un escenario de posibilidad⁴. En este sentido, para comprender las relaciones forjadas durante la guerra debemos afinar más la mirada. A través de las certificaciones mutuas podemos

¹ AGN, SR, HDS, L56, f. 948r-v.

² AGN, SR, HDS, L18, f. 223r-v.

³ AGN, SR, HDS, L18, f. 211r-v

⁴ Katherine Faust y Stanley Wasserman, *Social Network Analysis: Methods and Applications (Structural Analysis in the Social Sciences)* (Cambridge: Cambridge University Press, 1994), capítulo 7.

hallar un espacio que garantice una relación específica y direccionada. Ya exploraremos algunos casos. Por ahora descongelemos el Gráfico 3 y miremos cómo se presentó la experiencia compartida.

Para empezar, todos compartieron la campaña de 1819 y tuvieron allí una primera posibilidad para el encuentro. En el Gráfico es claro al respecto. Dado que 1819 no fue el único espacio de encuentro, podemos profundizar nuestro análisis con el estudio individualizado. Los bogotanos José María Litz y Juan Bautista Azula compartieron algunas batallas en la llamada “Patria Boba”, marcharon juntos hacia el sur con Nariño y ambos se encontraron en la batalla del Puente de Boyacá. Después Litz se quedó trabajando en las armerías de Bogotá y Azula continuó su actividad militar. Al compartir casi una década de guerra, al ser de la misma ciudad y ambos ocupar el rango de sargento (para 1819) es muy posible que forjaran una relación. Saber qué tipo, no obstante, es imposible con las fuentes disponibles.

Del lado de la Capitanía de Venezuela, Pedro Alvarado entró a servir en abril de 1811 como soldado raso con aproximadamente 10 años¹. Dos años más tarde, José Montesuma se enroló en abril². Por esas épocas iniciales ambos se batieron en las campañas de estos territorios. Mientras Montesuma fue prisionero en 1814, Alvarado contó con mayor suerte y pudo servir de forma continua, lo que le facilitó que para 1816 tuviera el ascenso a sargento 2° y en enero de 1819 sargento 1°; mientras que Montesuma recibió su ascenso a sargento 2° en mayo de 1820 y a sargento 1° en enero de 1821. A pesar de esta diferencia, ambos se encontraron en algunas batallas del Apuré a inicios de 1819, ambos marcharon juntos hacia la Nueva Granada y en calidad de sargentos se encontraron en la batalla de Carabobo en junio de 1821.

En ambas relaciones, tanto Litz-Azula como Alvarado-Montesuma, no podemos saber si se conocieron o si en los acontecimientos compartidos construyeron algún vínculo fraterno. Un factor para considerar es que la poca cuantía de los cuerpos militares pudo facilitar los procesos relacionales.

Cuadro 11:
Estado de fuerzas del 8 de junio de 1819 de cuatro cuerpos militares

Compañía	Oficiales	Bajos oficiales	Soldados	Músicos	Totales
Zapadores	4	3	29	0	36
Cazadores	20	63	242	21	346
Línea	22	38	382	9	451
Carabineros	1	3	38	0	42
Total	47	107	691	30	875

Fuente: DSC, II, Estado que manifiesta la fuerza que tienen en esta fecha ..., 89.

En el Cuadro 11 la división por rangos es importante porque en teoría la vida diaria tuvo una estricta organización a partir del escalafón militar. El 9 de junio de 1819 el Estado Mayor proclamó la siguiente máxima: «está prohibida toda familiaridad que pueda alterar hasta las clases y jerarquías de la milicia»³. Dentro de la cadena de mando, los rangos pudieron presentar claros límites a la sociabilidad.

En principio, la distribución de los espacios para pernoctar, alimentarse, marchar y demás sí estuvieron atravesados por la división del escalafón militar. Una semana después del combate de Gámeza el ejército avanzó hacia el cuartel de Bonza. Para ese momento, las autoridades del ejército decidieron que

¹ AGN, SR, HDS, L50, f. 866r-v.

² AGN, SR, HDS, L56, f. 948r-v.

³ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 54.

«cada división nombrará un oficial aposentador que se adelantará en las marchas a las ciudades, o villas, donde deba hacer mansión el ejército y proporcionará los alojamientos de los jefes de ella, oficiales y cuarteles»¹. Un día más tarde se estipuló «que desde las 8, hora en que se tocará la retreta, en adelante, la tropa esté en sus cuarteles, y que los comandantes y oficiales duerman en ellos»². Que se haya hecho explícita la orden de dormir juntos es un indicio sobre la frecuencia con la que se jerarquizó los espacios del sueño. Pero esta evidencia indica algo todavía más relevante. En la sociabilidad diaria, las necesidades de la guerra mezclaron al ejército y rompieron las distinciones marcadas de la jerarquía.

La construcción de vínculos pudo no sólo estar atravesada por los títulos castrenses. No por nada, al final de su vida, Joaquín Molano Galán (sargento en 1819) y José María Gaitán (teniente en 1819) mantuvieron una relación significativa. Tan significativa que, en 1860, después de varios malestares con el ejército, Molano se fue a la guerra por el llamado de Gaitán y, en parte, por el vínculo guerrero forjado desde la campaña que estamos estudiando. Después de participar de la toma de Bogotá en 1854, Molano comentó su experiencia en los siguientes términos:

un poco más de 5 años había permanecido en mi retiro, lleno de desgracia i pesares, al recordar la ingratitud con que se me había tratado por parte de esta Patria tan querida para mí, después de que le había sacrificado a ella, como la primera deidad de mi corazón lo mejor de mis años de fuerza, mi juventud i todo el entusiasmo de mi alma; cuando tronó por todas partes la formidable revolución de 1860, i aunque había hecho resolución de no volverme a mezclar más en estos asuntos, tanto por mi avanzada edad como por el estado casi de inutilidad completa en que me hallaba i por el [mal] pago que había recibido después de dedicar al servicio de las armas lo mejor de mi vida, en vez de consagrárselo a mi infeliz familia, no pude ser indiferente al llamamiento que hicieran de mis pobres esfuerzos, mis antiguos Jefes y Camaradas i en tal virtud fui a ponerme a las órdenes directas de uno de estos, del Ciudadano General José María Gaitán, a cuyo lado había tenido el honor de combatir, en Vargas i Boyacá, en 1819, i en Cerinza, en 1830³.

Cuarenta años después de combatir juntos, las expectativas y relaciones recíprocas con sus jefes y camaradas condujeron a Molano a salir a luchar una vez más. Allí recibió una herida en la cabeza, cuya bala quedó incrustada en el cráneo y perdió dos hijos que condujo a la matanza⁴. La sociabilidad militar de estos individuos pudo tener continuidad a lo largo del siglo, pero el hito inaugural se derivó de su servicio en los ejércitos independentistas. Que hubiera divisiones entre rangos en las tareas diarias y los espacios asignados para el sueño, la comida y demás, no impidió el vínculo duradero de este campesino sargento y del empresario de carruajes y teniente Gaitán⁵.

En los archivos fue posible localizar más de estas relaciones que se consolidaron con la práctica de la guerra. Ambos músicos del ejército y bogotanos, Gavino Gutiérrez y Francisco Castañeda compartieron la batalla de Cachirí en 1816 como parte del batallón Patriotas, del cual hicieron parte desde finales de 1814. El primero cayó prisionero en Cachirí, mientras que el segundo combatió por tres meses más hasta sufrir el presidio en Cáqueza. En puntos distintos, ambos retornaron al ejército y marcharon sobre la Nueva Granada. Después prestaron su servicio en las Brigadas de Artillería de Bogotá hasta 1828. Para 1836, Castañeda se encontró como muchos más reclamando el pago de su pensión, lo que lo obligó a presentar testigos que certificaran sus servicios. Dentro de otros, Gavino comentó que efectivamente se conocieron

¹ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 68-69.

² Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 69.

³ AGN, SR, HDS, L29, f. 294r.

⁴ Sobre la herida véase: AGN, SR, HDS, L29, f. 312v. Y sobre sus hijos véase: ff. 294r-297v.

⁵ AGN, SR, HDS, L22, 8r y 108v.

desde 1814 y, con diferentes espacios en que se separaron, estuvieron codo a codo hasta 1828¹. La certificación mutua es una señal sobre las dinámicas de su relación. Allí se mencionó que desde el inicio del servicio se conocieron y después de veintidós años mantuvieron el contacto suficiente para incluirse en la lista de testigos.

La relación entre el músico José María Cárdenas y el soldado José Antonio Salas también fue alimentada por la experiencia compartida de la guerra. Cárdenas era de la capilla de Tensa y Salas de Carora en Venezuela. A pesar de sus procedencias distantes, sus itinerarios los cruzaron en el Apuré en un cuerpo que mandaba José Antonio Páez. Ambos marcharon sobre la Nueva Granada y lucharon en la Batalla de Boyacá, para luego compartir la contienda de la Ciénaga de Santa Marta (nov-1820) y la de Carabobo un año más tarde. Para 1847 Salas figura como testigo de los servicios de Cárdenas y el certificado corrobora que su relación se afianzó sirviendo durante la Independencia².

Con estos casos expuestos queremos visibilizar un elemento frecuente que nos topamos en los archivos: la guerra de Independencia fue una experiencia compartida que forjó lazos de hermandad militar. Su estudio nos permite considerar que, si bien los discursos de libertad, patria y república pudieron mediar los vínculos entre los combatientes, la patria encontró un asidero material en las relaciones desarrolladas en el ejército. Relaciones que no sólo se dieron durante la campaña de 1819, sino que antes y después existieron vínculos entre los diferentes veteranos de esta cruenta guerra. Incluso, como vimos con Molano y Gaitán, esta relación guerrera pudo repercutir en los periplos que cada uno siguió en el devenir del siglo.

No queremos sugerir un ambiente de armonía en las relaciones militares. En la campaña de 1819 hubo conflictos de naturalezas diversas. El 6 de abril de 1819, el sargento 2° Tadeo Samacá fue condenado a muerte por haber asesinado al sargento Asensio Mauricio. Ambos eran de las milicias de Ten y desconocemos la razón por la que se dio este conflicto³. Lo que podemos saber es que entre los bajos participantes se pudo llegar al extremo del asesinato. La procedencia pudo también ser razón de desavenencias, por lo que la historiografía ha insistido en la pugna entre venezolanos y neogranadinos⁴. También se ha resaltado la pertenencia a la caballería o la infantería como fuente conflictiva. O'Leary al respecto escribió que

el llanero, hombre de a caballo, mira con marcado desprecio al soldado de a pie y este sentimiento se aumenta y cobra las proporciones de absoluto disgusto, cuando ve que está obligado a sostener al peón su camarada, con sus fatigas y trabajo personal. Para vengarse, el ganado que destinaba para la Infantería era generalmente de peor calidad, el infeliz infante tenía que contentarse por toda ración con 2 libras de esta miserable carne⁵.

El ejército dista de ser un escenario democrático, por el contrario, su estructura jerárquica y autoritaria produjo desencuentros. La persecución de desertores engendró conflictos y, como en otras regiones de Hispanoamérica, las autoridades ofrecieron recompensas que separaron las lealtades de los plebeyos⁶. En otras palabras, es falso asumir que la armonía reinó en las relaciones internas del ejército. Los fusilamientos, palazos y demás castigos son un buen indicio que riñe con esta apreciación. Además, la llegada de los sectores populares no siempre derivó del libre albedrío, lo que claramente señala una acción

¹ AGN, SR, HDS, L9, f. 394r-v.

² AGN, SR, HDS, L9, ff. 22r-v y 23r-v.

³ Ibáñez (comp.), *Diarios de Campaña...*, 37.

⁴ Riaño, *La Campaña Libertadora...*

⁵ O'Leary, *Memorias del General...*, I, 536.

⁶ Di Meglio «Soldados de la Revolución...».

violenta y un posible conflicto por indisciplina, desertión o insubordinación. Sin embargo, el estudio de las relaciones sociales debe tener en cuenta un elemento de equidad incuestionable: la naturaleza.

El conflicto entre caballerías e infanterías, por ejemplo, se ve matizado por las marchas hacia la Nueva Granada. El panorama climático y geográfico nos habla más de «un pequeño mar, que [de] un terreno sólido»¹. Sin distinciones de cuna, procedencia o pertenencia militar estuvieron forzados a atravesar las llanuras anegadas del Casanare. «Durante 7 días marcharon las tropas con el agua a la cintura, teniendo que acampar al raso en los sitios o lugares que el agua no había alcanzado a cubrir»². Sobre ello, Anzoátegui escribió a su esposa una carta en donde reiteró estas ideas:

debo contarte cómo se hizo esto, porque ni tú ni nadie pueden suponerlo (...) dejamos Angostura en marzo y fuimos al Apure, en donde no estuvimos un solo día en un mismo campamento: solo en Rincón Hondo estuvimos algunos días (...) El 14 de mayo dejamos esa población y llegamos el 21 al Mantecal (...) ¡Figurarse lo que fueron esos tres días caminado entre el agua, nadando a trechos, será cosa imposible! Los Llanos estaban inundados; parecían un mar literalmente (...); había que vadear y pasar a nado los ríos, los caños y los esteros; y sobre todo el Cachicamo, que tiene como dos leguas³.

En movimientos constantes, la igualdad de la naturaleza produjo dinámicas sociales de apoyo mutuo. Por supuesto, cuando fue necesario construir puentes o balsas de cuero eran las manos de los bajos participantes los que realizaban estas tareas. Las distinciones humanas perduraron hasta en estas condiciones acuíferas abundantes. Pero algunos conflictos, como el de caballerías e infanterías, pudo ser contingente. En esta travesía, «pronto fue necesario que la caballería se encargarse de llevar las armas y el equipo de los infantes, y estos tuvieron que formar dos líneas, agarrándose fuertemente de la mano cada tres soldados, porque el ímpetu de los torrentes era tan grande, que a menudo derribaba a los hombres y a veces los arrastraba»⁴. Además, como ya hemos dicho, el paso de los Andes dejó al ejército sin caballos para sus marchas sobre la Provincia de Tunja, lo que indica lo cambiante que pudo ser la pertenencia a cada cuerpo militar.

Después de padecer las marchas por Casanare, Pisba y la Provincia de Tunja, Buenaventura Millán comentó que los soldados de la Independencia «no sólo han luchado contra el enemigo, el hambre, la desnudez, y demás fatigas anexas a toda campaña, sino aun con la misma naturaleza, que en cada uno de los diferentes climas ha puesto un abismo á los humanos»⁵. Estas palabras son ilustrativas sobre los retos que pudieron construir afinidad y cargar de sentido relacional los conceptos más bien abstractos del liberalismo. Los reincorporados consolidaron vínculos guerreros en situaciones tan extremas que floreció la solidaridad y el apoyo mutuo.

José María Cancino al reincorporarse al ejército unos días antes de la batalla de Boyacá, dijo que su retorno fue donde sus compañeros con los que continuó su vida de combates⁶. Esta pista es determinante puesto que nos ayuda a pensar, como dijo Santander, que la patria estaba en los campamentos militares. La antesala de la patria fue, entonces, esta fratria de relaciones entre combatientes que se construyó en el proceso de la Independencia. La significación de conceptos como libertad tuvo un asidero concreto en relaciones y vínculos militares que fueron alimentados por años extenuantes y sucesivos de guerra. Las

¹ Santander, *El General Simón Bolívar...*, 3.

² O'Leary, *Memorias del General...*, I, 555.

³ DSC, II, Doc. 450, Anzoátegui a su esposa María Teresa Arguindegui, 28 de agosto 1819, 166.

⁴ Vawell, *Memorias de un oficial...*, 149.

⁵ AGN, SR, HDS, L29, f. 592r.

⁶ AGN, SR, HDS, L7, f. 531r.

acciones dicen más que las palabras. Si bien es casi imposible reconstruir el pensamiento exacto de lo popular frente a los conceptos grandilocuentes del liberalismo, en su acción de retorno localizamos un compromiso indudable con la causa del ejército. El estudio de sus relaciones recíprocas, como de la defensa de la patria, permite considerar que las ideas de patria, libertad y República se desarrollaron al calor de la experiencia bélica y se significaron a la luz de lo relacional.

Conclusiones generales

*El joven Alejandro conquistó la India.
¿Él sólo?
César venció a los Galos.
¿No llevaba siquiera a un cocinero?
Felipe II lloró al saber su flota hundida
¿No lloró nadie más?
Federico de Prusia ganó la guerra de los Treinta Años
¿quién ganó también?*

(Bertolt Brecht)

Las narrativas de la campaña de 1819 tienden a comenzar con unas pocas palabras de Bolívar en agosto de 1818 y la comisión un año después de Santander. Encargado de organizar los ejércitos del Llano, Santander es expuesto como protagonista indudable de un triunfo que en retrospectiva parecía seguro. La genialidad de estos “grandes hombres” se reitera como el catalizador del proceso histórico. Empero, estas narrativas tienen el gran defecto de ignorar por completo que el devenir humano es necesariamente colectivo.

Desde abajo, esta historia rivaliza con el retrato de pasividad en el que se ha encerrado a los sectores populares en la lucha militar por la República. Su participación no se limitó a ser carne de cañón. En la consolidación de aquellos ejércitos su lugar fue determinante. Sus manos construyeron las armas, barrieron los cuarteles, cuidaron los campamentos, mataron y murieron. Hasta desertando participaron de la configuración al forzar la regulación, sistematización y formalización paulatina de la institución. En su ingreso no contaron con privilegios, lo que los llevó a ser las personas que recibían entrenamiento para batirse en las diversas contiendas decisivas. Sin privilegios en sus ascensos, el camino que siguieron para escalar fue extenuante. A pesar de ello, los valores enarbolados del liberalismo no les fueron ajenos y los afianzaron en el proceso experiencial y relacional. Sus acciones y comportamientos revelan que una parte del bajo pueblo encontró en la revolución una causa para dar sus vidas.

Los itinerarios de los participantes, su elección imprevisible, su necesaria incertidumbre y sus acciones demuestran que ese ejército fue fruto del esfuerzo multitudinario y colectivo de sus integrantes. Las evidencias resaltan cómo la fundación de las Repúblicas fue posibilitada por la intervención de los plebeyos. Al volver la mirada a un hito fundacional como la Independencia, poder comprobar la decisiva participación popular abre incógnitas sobre el devenir del siglo XIX y la actualidad, porque si sólo los de arriba pueden cambiar la historia el futuro actual es incierto.

Como algunos veteranos lo expresaron, haber sangrado por la patria construyó sentido de pertenencia y autoría sobre la obra republicana. La patria no era una referencia exógena y distante, para los militares consumados era el resultado de años de padecimientos, escasez y combates. Aunque invisibilizados, los soldados rasos, los cabos, los músicos y los sargentos se involucraron por largos años en las penurias que cualquier guerra acarrea. ¿Cómo afectó en sus vidas el haber sido cofundadores de la República? No es acaso posible que las guerras civiles puedan comprenderse mejor en el estudio de estas personas que “fueron” y “estuvieron” militares durante el siglo. Incluso en la tardía guerra de la década del sesenta había veteranos plebeyos de la Independencia. Más que sólo peones arrastrados por los “grandes” hacendados, fue posible salir a combatir en defensa de esa obra originaria que dejó cicatrices y experiencia.

Con el golpe de 1854 puede suceder algo similar. La alianza aparente entre militares y artesanos ignora que muchos de los integrantes de ambos bandos podían ser, de hecho, soldados-artesanos. Además, ¿habrá alguna correspondencia entre los bandos políticos del siglo y las sociabilidades forjadas durante la guerra? En otras palabras, ¿es pura coincidencia que José María Melo y José María Gaitán (otro dirigente del golpe) marcharon juntos a las campañas del sur en la década del veinte? Quizás la matriz fraternal derivada de esta guerra posee insospechadas pistas sobre el devenir político y social de la República.

Por supuesto, estas dudas son simples caminos abiertos que estas páginas no pueden cerrar. Sin embargo, ampliar la cartografía histórica desde la base posibilita reevaluar cimientos y lugares comunes afianzados con facilismo. Ha sido poca la atención que ha recibido el bajo pueblo en la historia decimonónica. Si no se retiran por completo del panorama analítico, se tiende a asumir sus vidas, sus acciones y sus motivantes. En el mejor de los casos, el pensamiento de la élite se extrapola al de la plebe. Existen excepciones y sus avances son notorios. Pero para profundizar el lugar de lo popular en el pasado todavía queda trabajo, especialmente para el siglo XIX.

Anexo

Base de Filiaciones:

Fue construida con los siguientes acervos del AGN:

SGM de SR el legajo: 326

SGM de AA-II, caja 1, carpetas 3 y 4

DM de SR el legajo 3

AC de SR los legajos siguientes: 5, 12, 29, 68-71, 73, 75-77, 77, 79, 81, 83, 85, 88, 90, 92, 94, 95-96, 98-100 y 102-104

La base tiene las siguientes entradas por años: Sin fecha: 26 (2.7%); 1819-1825: 613 (64.1%); 1825-1829: 30 (3.1%); 1830-1839: 119 (12.4%); 1840-1849: 152 (15.9%); 1850-1855: 13 (1.4%); 1861: 1 (0.1%); 1880-1884: 2 (0,2%).

Expedientes de la investigación:

Fue construida con los siguientes acervos:

AGN:

HDS de SR, legajos 1-62

SGM de AA-II, caja 1

Enrique Ortega Ricaurte de Sección Colecciones, HDS, Caja 112, Carpeta 4

BLAA:

ACM

Fuentes inéditas:

Archivo General de la Nación:

Sección República
Fondo Asuntos Criminales
Fondo Documentos Militares
Fondo Hojas de Servicios
Fondo Secretaría de Guerra y Marina
Sección Archivo-Anexo II
Fondo Secretaría de Guerra y Marina
Sección Colecciones
Fondo Enrique Ortega Ricaurte

Biblioteca Luis Ángel Arango:

Archivo Casa de la Moneda

Biblioteca Nacional de Colombia:

Fondo Especial Anselmo Pineda

Archivo Digital del Libertador: (www.archivodellibertador.gob.ve)

Fuentes editadas:

- Arciniegas, Germán. *Cartas Santander-Bolívar*. Vol. I. Bogotá: Casa de la Moneda, 1990.
- Baraya, José María. *Biografías Militares: o, historia militar del país en medio siglo*. 3 vols. Bogotá: Imprenta de Gaitán, 1874.
- Caballero, José María. *Diario*. Bogotá: Compañía Colombiana de Seguros S. A. - Colseguros, 2000.
- Carlos III. *Ordenanzas de su Majestad para el regimen, disciplina, subordinación, y servicio de sus exercitos*. Madrid: En la Oficina de Pedro Marín, impresor de la Secretaría del Despacho Universal de la Guerra, 1768.
- Espinosa, José María. *Hoja de Servicios del militar de la Independencia José María Espinosa*. Editado por Anónimo. Bogotá: Imprenta Medardo Rivas, 1874.
- . *Memorias de un abanderado. Recuerdos de la patria boba, 1810-1819*. Bogotá: Imprenta Banco Popular, 1971.
- Friede, Juan. *La batalla de Boyacá -7 de agosto de 1819- a través de los archivos españoles*. Bogotá: Banco de la República, 1969.
- Ibáñez, José Roberto, ed. *Diarios de Campaña, Libro de Órdenes y Reglamentos Militares, 1818-1834*. Bogotá: Casa de la Moneda, 1988.
- López, José Hilario. *Memorias del General José Hilario López antiguo presidente de la Nueva-Granada. Escritas por él mismo*. Vol. I. 2 vols. París: Imprenta de D'Aubusson y Kugelmann, 1857.
- López, Manuel Antonio. *Recuerdos históricos del coronel Manuel Antonio López ayudante del Estado Mayor Jeneral Libertador, Colombia i Perú, 1819-1826*. Bogotá: J. B. Gaitán, Editor, 1878.
- Montaña, Andrés. *Santander y los ejércitos patriotas 1819*. Vol. II. Bogotá: Biblioteca Presidencia de la República; administración Virgilio Barco, 1989.

- O'Leary, Daniel Florencio. *Memorias del General Daniel Florencio O'Leary. Narración*. Vol. I. Caracas: Imprenta Nacional, 1952.
- . *Memorias del General O'Leary. Documentos*. Vol. XVI. Caracas: Imprenta de la «Gaceta Oficial», 1881.
- Obando, Antonio. «Autobiografía de Antonio Obando». Editado por Ibáñez, Pedro María. *Boletín de Historia y Antigüedades de la Academia Nacional de Historia* 8, núm. 93-95 (abril de 1913): 529-54, 593-613, 657-73.
- Páez, José Antonio. *Memorias del general José Antonio Páez. Autobiografía*. Madrid: Editorial América, 1925.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española. Quinta edición*. Madrid: Imprenta Real, 1817.
- Restrepo, José Manuel. *Historia de la Revolución de la República de Colombia*. 11 vols. Paris: Librería Americana, 1827.
- . *Historia de la Revolución de la República de Colombia*. Vol. II. Bezanson: Imprenta de José Jacquin, 1858.
- Rivas Moreno, Gerardo, ed. *Correo del Orinoco. Angostura (Venezuela) 1818-1821 (Edición Facsimilar)*. Bucaramanga, Bogotá: Fundación para la Investigación y la Cultura, 1998.
- Rodríguez Plata, Horacio, y Alberto Lee López, eds. *Documentos sobre la campaña libertadora de 1819*. 3 vols. Bogotá: Editorial Andes, 1970.
- S.A. *Diccionario militar, ó recolección alfabética de todos los términos propios al arte de la Guerra. Explicación y práctica de los trabajos que sirven al ataque y defensa de las Plazas, sus ventajas y defectos, según sus diferentes situaciones, con un detalle histórico del orden y naturaleza de diferentes especies, tanto de empleos antiguos y modernos, como de las armas que se han usado en diferentes tiempos*. Madrid: En la oficina de D. Gerónimo Ortega y herederos de Ibarra, 1794.
- Sala de Negocios Generales del Consejo de Estado. *Codificación Nacional de todas las leyes de Colombia desde el año 1821*. Vol. 7. Bogotá: Imprenta Nacional, 1926.
- Santander, Francisco de Paula. *Apuntamientos para las memorias sobre Colombia i la Nueva Granada*. Bogotá: Imprenta Lleras & comp., calle de la carrera, 1827.
- . *El General Simón Bolívar en la Campaña de la Nueva Granada de 1819. Relación escrita por un Granadino, que en calidad de aventurero y unido al Estado Mayor del Exército Libertador, tubo el honor de presenciarla hasta su conclusión*. Santafé: Imprenta del C. B. E. por el C. Nicomedes Lora, 1820.
- Soto, Francisco. *Mis padecimientos i mi conducta pública y otros documentos*. Bogotá: Academia colombiana de Historia, 1978.
- Tovar Pinzón, Hermes, Jorge Andrés Tovar Mora, y Camilo Ernesto Tovar Mora. *Convocatoria al poder del número. Censos y Estadísticas de la Nueva Granada (1750-1830)*. Bogotá: Archivo General de la Nación, 1994.
- Vawell, Richard. *Memorias de un oficial de la Legión Británica*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1974.

Bibliografía:

- Academia Nacional de Historia [comp.]. *La Campaña Libertadora de 1819*. Vol. II. Caracas: Publicaciones de la Academia Nacional de la Historia, 1970.
- Afanador-Llach, María José. «Estrategias de guerra, territorio y economía política durante la restauración española en el Nuevo Reino de Granada y Venezuela, 1815-1819». En *1816: El terror y la sangre sublime*, de García Estrada, Rodrigo de J. y Córdoba-Restrepo, Juan Felipe. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2016.

- Aguilera Peña, Mario, y Renán Vega Cantor. *Ideal democrático y revuelta popular. Bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia, 1781-1948*. Bogotá: Cerec, 1998.
- Aguirre, Indalecio Liévano. *Bolívar*. Medellín: Editorial la Oveja Negra, 1971.
- . *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1968.
- Annino von Dusek, Antonio. *Silencios y disputas en la historia de Hispanoamérica*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia; Taurus, 2014.
- Arias Barrera, Yurly A. «Una mirada historiográfica a las mujeres tunjanas en el período de la Independencia, 1810-1819». *Historia y Sociedad*, núm. 28 (2014): 143-65.
- Barreira, Darío G. «Después de la Microhistoria. Escalas de observación y principios de análisis: de la microhistoria al microanálisis radical». En *Ensayos sobre microhistoria*, 7-38. México: Jitanjáfora, 2002.
- Bonilla, Heraclio, ed. *Indios, negros y mestizos en la Independencia*. Bogotá: Editorial Planeta colombiana S.A., 2010.
- Brown, Matthew. *Aventureros, mercenarios y legiones extranjeras en la Independencia de la Gran Colombia*. Medellín: La Carreta Editores, UPTC, 2010.
- Bushnell, David. *El régimen de Santander en la Gran Colombia*. Bogotá: Facultad de Sociología, Universidad Nacional, 1966.
- Caballero-Escorcia, Boris, y Urrego-Ardila, Miguel A. «Aporte al estudio de la participación popular en la Independencia. Una revisión historiográfica». *Ciencias sociales y Humanidades* 4, núm.2 (2017): 99-110.
- Cerruti, Simona. «Microhistory: social relations versus cultural models?» En *Between sociology and history: essays on microhistory*, editado por Anna-Maija Castrén, Markku Lonkila, y Matti Peltonen, 17-40. Helsinki: SKS, 2004.
- . «Proceso y experiencia: individuos, grupos e identidades en Turín, en el siglo XVII». En *Juegos de escalas. Experiencias de Microanálisis*, editado por Revel, Jacques. San Martín: UNSAM EDITA de Universidad Nacional de General San Martín, 2015.
- Cherpak, Evelyn. «Las mujeres en la Independencia. Sus acciones y sus contribuciones». En *Las mujeres en la historia de Colombia*, de Velásquez Toro, Magdala [direc.], Vol. I. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1995.
- Clausewitz, Karl von. *Arte y ciencia de la guerra*. Ciudad de México: Editorial Grijalbo S.A., 1972.
- Colmenares, Germán. «La “Historia de la Revolución”, por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica». En *La Independencia. Ensayos de historia social*, de Germán Colmenares, Zamira Díaz de Zuluaga, José Escorcia, y Francisco Zuluaga, 7-23. Bogotá: Instituto colombiano de Cultura, 1986.
- Delgado Nieto, Carlos. *Maza y Padilla. Dos héroes colombianos*. Bogotá: Ediciones Espiral Colombia, 1964.
- Di Meglio, Gabriel. «Soldados de la Revolución. Las tropas Porteñas en la guerra de Independencia (1810-1820)». *Anuario IEHS* 18 (2003): 39-65.
- . *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el Rosismo*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2006.
- Díaz Díaz, Oswaldo. *La reconquista española. Contribución de las guerrillas a las Campaña Libertadora, 1817-1819*. Bogotá: Ediciones Lerner, 1967.
- Faust, Katherine, y Stanley Wasserman. *Social Network Analysis: Methods and Applications (Structural Analysis in the Social Sciences)*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- Friede, Juan. «El Ejército Popular, Vencedor en Boyacá». *Revista de la Universidad Nacional*, núm.4 (1969): 99-105.

- García Estrada, Rodrigo de J., y Juan Felipe Córdoba-Restrepo, eds. *1816: El terror y la sangre sublime*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2016.
- García Márquez, Gabriel. *El coronel no tiene quien le escriba*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2012.
- Garrido, Margarita. *Reclamos y Representaciones: Variaciones sobre política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815*. Bogotá: Banco de la República, 1993.
- Ginzburg, Carlo. *El queso y los gusanos*. Barcelona: Atajos, 1999.
- . *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A., 2008.
- Gribaudo, Maurizio. «Escala, Pertinencia, Configuración». En *Juegos de escalas. Experiencias de microanálisis*, editado por Revel, Jacques, 135-66. San Martín: UNSAM EDITA de Universidad Nacional de General San Martín, 2015.
- Guerra, François-Xavier. *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: Ediciones Encuentro, S. A., 2009.
- Guillén Martínez, Fernando. *El poder político en Colombia*. Bogotá: Planeta colombiana editorial, 1996.
- Gutiérrez Ardila, Daniel. *1819*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2019.
- Gutiérrez Ramos, Jairo. «Actores subalternos: grupos étnicos y populares en la Independencia de la Nueva Granada». *Anuario Historia Regional y de las fronteras XI* (2006): 205-15.
- . *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824)*. Bogotá: Instituto colombiano de Antropología e Historia, 2007.
- Hamnett, Brian R. «Popular Insurrection and Royalist Reaction: Colombian Regions, 1810-1823». En *Reform and Insurrection in Bourbon New Granada and Peru*, de Fisher, John R., Kuethe, Allan J., y McFarlane, Anthony, 292-326. Louisiana: Louisiana State University Press, 1991.
- Helg, Aline. *Liberty & Equality in Caribbean Colombia, 1770-1835*. Londres: The University of North Carolina Press, 2004.
- Henao, Jesús María, y Arrubla, Gerardo. *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*. Octava Edición. Bogotá: Talleres Editoriales de la Librería Voluntad, 1967.
- Ibáñez Sánchez, Roberto. *Campaña Libertadora de la Nueva Granada de 1819. Narración y análisis histórico militar a la luz de los documentos patriotas y españoles*. Tunja: Academia Boyacense de Historia, 2009.
- . *Coronel Juan José Rondón*. S/L: Imprenta y Litografía de las Fuerzas Militares, 1972.
- Instituto Geográfico Agustín Codazzi. *Atlas de Colombia*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 2002.
- Jaramillo Mejía, William. *Real Colegio Mayor y Seminario de San Bartolomé -Nobleza e hidalguía-colegiales de 1605 a 1820*. Bogotá: Instituto colombiano de Cultura hispánica, 1996.
- Kalmanovitz, Salomón. *Economía y Nación. Una breve historia de Colombia*. Bogotá: Editorial Norma, 2003.
- Kaye, Harvey J. *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*. Zaragoza: Prensas universitarias de Zaragoza, 1989.
- Kuethe, Allan J. *Military reform and society in New Granada, 1773-1808*. Florida: The university presses of Florida, 1978.
- Lasso, Marixa. *Mitos de armonía racial. Raza y republicanismo durante la era de la revolución, Colombia 1795-1831*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2013.
- Levi, Giovanni. *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*. Madrid: Editorial Nerea, 1990.
- Loriga, Sabina. *Soldats. Un laboratoire disciplinaire: L'armée piémontaise au XVIII siècle*. París: Éditions Mentha, 1991.
- Lozano Cleves, Alberto. *Campaña de 1819*. Bogotá: Academia colombiana de Historia, 1977.

- Lux, Martha. «Las mujeres neogranadinas en el proceso de pacificación de 1816». En *1816: el terror y la sangre sublime*, editado por Rodrigo de J. García Estrada y Juan Felipe Córdoba-Restrepo, 179-94. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2016.
- Marchena Fernández, Juan. *Oficiales y soldados en el ejército de América*. Sevilla: Escuela de estudios Hispano-Americanos, 1983.
- Marín Leoz, Juana María. «La élite rectora de la capital. Composición de las instituciones político-administrativas de Santafé de Bogotá durante el gobierno del virrey Pedro Mendinueta y Múzquiz, 1797-1803». Tesis Doctoral, Universidad de Navarra, 2007.
- Medina, Medófilo, y Rigoberto Rueda. *Bolívar y San Martín. La Independencia como proceso continental*. Bogotá: Ediciones Aurora, 2019.
- Medófilo, Medina. «En el bicentenario: consideraciones en torno al paradigma de François-Xavier Guerra sobre las “revoluciones hispánicas”». *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 37, núm.1 (2010): 149-88.
- Mosquera Riveros, Juan Carlos. *Manuel Sechagua y otros o del diálogo individuo-institución*. Cali, Bucaramanga, Bogotá: Fundación para la Investigación y la Cultura, 2014.
- Múnera, Alfonso. *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*. Bogotá: El Áncora Editores, 1998.
- Nieto Ortiz, Pablo Andrés. «¿Subordinación o Autonomía? el Ejército colombiano, su relación política con el gobierno civil y configuración en la violencia, 1953-1965». Tesis de Maestría, Universidad Nacional de Colombia, 2010.
- Ocampo López, Javier. *El proceso ideológico de la emancipación en Colombia*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1983.
- . «El proceso político, militar y social de la Independencia». En *Nueva Historia de Colombia*, editado por Jaramillo Uribe, Jaime, Vol. 2:9-64. Bogotá: Planeta colombiana editorial, 1989.
- Páramo Bonilla, Carlos Guillermo. «Pablo Morillo: el villano necesario». En *1816: El terror y la sangre sublime*, de García Estrada, Rodrigo de J. y Córdoba-Restrepo, Juan Felipe, 89-104. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2016.
- Peñuela, Cayo Leónidas. *Álbum de Boyacá*. Vol. I. Tunja: Imprenta Departamental, 1969.
- . *Álbum de Boyacá*. Vol. II. Tunja: Imprenta Departamental, 1970.
- Pérez O. Eduardo. *Guerra irregular en la Independencia, 1810-1830*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1982.
- Pita Pico, Roger. *El reclutamiento de negros esclavos durante las guerras de Independencia de Colombia 1810-1825*. Bogotá: Academia colombiana de Historia, 2012.
- . «El consumo de bebidas embriagantes durante el proceso de Independencia de Colombia: aliento, festejo y conspiración.» *Historia y Memoria* 7 (diciembre de 2013): 227-68.
- Rabinovich, Alejandro M. *Ser soldado en las guerras de Independencia*. Buenos Aires: Suramericana, 2013.
- Raphael, Ray. *A people's history of the American Revolution: how common people shaped the fight for independence*. Nueva York: The New Press, 2001.
- Rausch, Jane M. *Una frontera de la sabana tropical. Los llanos de Colombia, 1531-1831*. Bogotá: Banco de la República, 1984.
- Revel, Jacques. «Microanálisis y construcción de lo real». En *Juegos de Escala. Experiencias de microanálisis*, de Jacques Revel, 19-44. San Martín: UNSAM EDITA de Universidad Nacional de General San Martín, 2015.
- Reyes Cárdenas, Catalina. «Balance y perspectivas de la historiografía sobre Independencia en Colombia». *Historia y Espacio* 5, núm.33 (septiembre de 2012): 15-40.
- Riaño, Camilo. *Análisis histórico-militar del combate del Pantano de Vargas*. Tunja: Departamento de extensión cultural de Boyacá, 1969.

- . *Historia Militar*. Vol. I. Bogotá: Ediciones Lerner LTDA., 1971.
- . *La Campaña Libertadora de 1819*. Bogotá: Academia colombiana de Historia, 1969.
- Rodríguez, Jaime E. *La independencia de la América española*. México D.F.: Fondo de cultura económica, 1998.
- Rudé, George. *La multitud en la historia. Los disturbios en Francia e Inglaterra, 1730-1848*. Ciudad de México: Siglo XXI editores, 1998.
- Sæther, Steinar A. *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850*. Bogotá: Instituto colombiano de Antropología e Historia, 2005.
- Samuel, Raphael. «Historia popular, historia del pueblo». En *Historia popular y teoría socialista*, editado por Samuel, Raphael, 15-47. Barcelona: Editorial Crítica, 1984.
- Sanders, James. *Republicanos indóciles. Política popular, raza y clase en Colombia, siglo XIX*. Bogotá: Ediciones Plural, S.F.
- Suárez Tangarife, Frankly Alberto. «Sangre y violencia en el caso de la primera república». En *1816: El terror y la sangre sublime*, de García Estrada, Rodrigo de J. y Córdoba-Restrepo, Juan Felipe, 163-79. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2016.
- Thibaud, Clément. «Guerre et Revolution. Les armes Bolivariennes dans la guerre d'Independence. Colombie-Venezuela, 1810-1821. Volume I: Texte». Tesis Doctoral, Université de Paris I Pantheon-Sorbonne, 2001.
- . «Guerre et Révolution. Les armes Bolivariennes dans la guerre d'Independence. Colombie-Venezuela, 1810-1821. Volume II: Annexes documentaires». Tesis Doctoral, Université de Paris I Pantheon-Sorbonne, 2001.
- . *República en Armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*. Bogotá: Editorial Planeta colombiana S.A., 2003.
- Thompson, E. P. «La Economía “Moral” de la Multitud en la Inglaterra del siglo XVIII». En *Costumbres en común*, de Thompson, E. P., 213-93. Barcelona: Editorial Crítica, 1995.
- . *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. 2 vols. Barcelona: Editorial Crítica S.A., 1989.
- Tirado Mejía, Álvaro. *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. S.L.: Editorial Andes, 1976.
- Tovar Pinzón, Hermes. «Tras las huellas del soldado Pablo». En *Memoria de un país en guerra. Los Mil Días 1899-1902*, editado por Sánchez, Gonzalo y Aguilera, Mario, 143-72. Bogotá: Editorial Planeta colombiana S.A., 2001.
- Tzu, Sun. *El arte de la guerra*. Barcelona: Ediciones Brontes, 2009.
- Valencia Llano, Alonso. «Indígenas, plebe, sectores populares y afrodescendientes en la Independencia de la Gobernación de Popayán». *Historia y Memoria*, núm.1 (2010): 87-112.
- Valencia Tovar, Álvaro. *Historia de las Fuerzas Armadas de Colombia*. Bogotá: Cordillera Editores, 1993.
- Van Young, Eric. *La otra rebelión. La lucha por la Independencia de México, 1810-1821*. México: Fondo de cultura económica, 2006.
- Vanegas, Isidro. *La revolución neogranadina*. Bogotá: Ediciones Plural, 2013.
- . *Las batallas de Boyacá. Hombres, mujeres, experiencias*. Tunja: Ediciones Plural, 2019.
- Verna, Paul. *Vida y muerte de Leonardo Infante*. Caracas: Ministerio de Educación, 1972.